



El Oro del Inti

Oscar Vélez Mora



VEBECTAMODS
INVESTIGACIÓN
GESTIÓN DEL
CONOCIMIENTO
Y POSGRADO

EL
ORO
DEL INTI

Oscar Alberto Vélez Mora



VICERRECTORADO DE
INVESTIGACIÓN
GESTIÓN DEL
CONOCIMIENTO
Y POSGRADO

El Oro del Inti

Primera edición: Noviembre de 2017

Autor: Oscar Vélez Mora

Revisión técnica:

El presente texto fue sometido a revisión y aprobación por pares ciegos externos

Edición y diagramación:

Edición

Equipo Editorial
Dirección de Investigación
Vicerrectorado de Investigación, Gestión del Conocimiento y Posgrado.
Universidad de Guayaquil.

Diagramación:

Carrera de Diseño Gráfico
Facultad de Comunicación Social
Universidad de Guayaquil.

Registros:

Derecho de autor IEPI-2018-6230

TIONAL STANDARD BOOK NUMBER: ISBN: 978-9978-59-129-1

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones en las leyes, la producción o almacenamiento total o parcial de la presente publicación, incluyendo el diseño de la portada, así como la transmisión de la misma por cualquiera de sus medios, tanto si es electrónico, como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien de fotocopia, sin la autorización de los titulares del copyright.

Guayaquil-Ecuador 2017

Dedicatoria

Esta obra se la dedico a Dios y a todas las personas que yo amo, incluidas las ausentes, mi mamita Rosita y mi madre Hildita , que han sido y son el motor de arranque de los logros conseguidos hasta ahora, seguiré inspirado en ellos para no tropezar en el camino que aún falta por recorrer.

También, para mis amigos de verdad, que de una u otra manera han creído en este humilde servidor, un fuerte abrazo para todos.

Prólogo

El Oro de Inti, es una novela que como pocas, se constituye en el retrato de una época y una forma de vivir particular: la de los cuarteles en la época de la dictadura; sin embargo y de manera contraria a la que se pensaría, evita el tinte político y no se interna en el criticismo o en el porqués de esa forma de vida, si no que la fotografía desde una perspectiva alegre descomplicada, contándonos los avatares de la oficialidad y la tropa, así como también la de sus familias y las relaciones que surgen en ese contexto castrense que a los del común de los mortales es extraño e incomprensible.

Oscar Vélez Mora, logra con pluma magistral, adentrarnos en la selva ecuatoriana y en uno de sus batallones, hacernos vivir una aventura trepidante, espontánea siguiendo la pista del famoso Tesoro de los Incas. Realidad o ficción, las tradiciones orales ubican en los Llanganates el lugar en el que el General Rumiñahui depositara El Oro de Inti, que debía pagar el rescate por la libertad de Atahualpa.

Es un extranjero quien consigue aparentemente la prueba plena de la existencia de aquella riqueza ancestral y con la ayuda de la milicia comienza una serie de periplos que buscan recuperar para el estado ecuatoriano o para unos cuantos esa fortuna inconmensurable.

La novela está llena de personajes entrañables que se mueven en medio de un cierto realismo mágico

casi garciamarquiano y que se delata en los pasos del fantasma de Eva Garza, dejando sus huellas después de la llovizna por ejemplo.

Vélez nos sumerge de a poco en un cuento maravilloso y versátil que logra cautivarnos desde la primera página y que nos amarra a la obra para querer terminarla de un solo envión. Juega con muchos elementos reales y que efectivamente ocurrieron en los años setenta del siglo XX y con un imaginario de hechos que salen de su imaginación prolífica y febril, nos lleva a conjugar con el encanto de la palabra, lo místico, lo fabuloso, lo histórico, lo vivencial, lo anecdótico y aún lo cotidiano en un relato por sobre todas las cosas ameno y desprovisto de rimbombancia.

En un país como el nuestro en el que desde hace tiempo no se hace novela de calidad El oro de Inti es un canto cristalino que nos devuelve la fe en nuestros escritores y en su talento.

La novela es por antonomasia uno de los géneros menos trabajados en la literatura ecuatoriana porque demanda esfuerzo, tiempo, coherencia, hilación, investigación y no dejar ningún tipo de cabos sueltos en un texto más o menos extenso y que cuenta varias historias paralelas.

Bien por Oscar Alberto y esta consecución que denota su inteligencia prístina, su claridad meridiana para utilizar los recursos idiomáticos, sin rebuscar nada, sin complicarse; pero más que nada sin dejar de cautivarnos con una historia imponente que merece el mejor de los destinos dentro de lo que será en el futuro la antología de la novelística de Ecuador.

Que de la pluma de estos nóveles autores salgan nuevas obras para enriquecer nuestras bibliotecas y regalarnos el privilegio de una buena lectura.

En algún momento, nuestros escritores se olvidaron de contar historias a través de la novela y se encapsularon ya sea en los perfiles psicológicos de los personajes; ya en el análisis sociológico del entorno novelado; ya en la búsqueda de diálogos que contuvieran un fuerte carga de intelectualidad forzada; ya en el discurso social o político; pero Oscar Alberto Vélez no. Allí radica precisamente el valor más importante de su estupendo e importante trabajo. Él si se atreve a narrarnos una verdadera historia al mejor estilo de las novelas de aventuras de época; pero la contemporiza, le da un tinte de actualidad, le genera un valor agregado al evitar los héroes de la literatura caballerescas y dibujarnos a seres humanos corrientes, sencillos, llenos de defectos y virtudes que los tornan asimilables, estimables, queribles.

Es tiempo de comenzar a disfrutar de una buena novela, El Oro de Inti lo es. Vamos a remontar los Llanganates en pos del tesoro inca más buscado de la historia y posiblemente podamos encontrarlo en las páginas de este texto brillante que nos propone Oscar Alberto Vélez Mora.

A más de uno del final lo sorprenderá.

Dr. Alberto Vélez León
Junio de 2016.



CAPÍTULO
1

EN LA SELVA ECUATORIANA, 1974

Hombre de ciudad, sabía del asfalto y de los edificios; pero desconocía por completo los secretos de la naturaleza espléndida de la espesura oriental y los animales que la poblaban. Por eso estaba lleno de curiosidad. Era oficial de Servicios, de la Fuerza Terrestre y había sido destinado, como sucede con frecuencia en la milicia, al destacamento de Shell, una Brigada de selva, en el Cantón Mera en plena Amazonía.

El Capitán Rodrigo Vela, frisaba los 35 años, rostro ovalado, cabello ligeramente ondulado, ojos pardos, nariz aguileña clásica, cejas muy pobladas y una pequeña cicatriz en el labio, que un caballo le dejara en un accidente, tiempo atrás. De carácter alegre y bromista. Era la antípoda, de lo que cualquiera se puede imaginar de un militar. Las mujeres decían que era bien parecido y lograba impresionarlas con su temperamento generoso y festivo.

Tocaba la guitarra con un bordoneo especial y sus canciones eran parte obligatoria de cualquier reunión. Sus dedos solían bailar sobre el encordado mástil y su voz brotaba profunda y grave para encantar a quienes solían

escucharle.

Solterón empedernido, amaba dormir en cama diferente cada noche. Había intentado casarse una vez. Su matrimonio fue anulado, al ser la novia menor de edad y no contar con el consentimiento de sus padres.

Vivía por esos tiempos en Guayaquil, a orillas del río, disfrutando de la calidez del clima y fingiendo ser estudiante de medicina, para que una tía rica le enviase dinero para gastarlo en las noches de bohemia.

Conoció a una encopetada y pudiente muchacha, que frecuentaba los círculos más altos de la ciudad. Su padre era el gerente de una importante línea aérea y quería para su hija el mejor de los galanes.

Él, pobre como un perro, contaba nada más con la mínima renta proveniente de su tía; pero su audacia y buen porte le llevaron a conquistarla lentamente. Ella tenía quince años, que parecían veinte, por sus formas bien delineadas y la protuberancia de sus caderas y senos.

Rosa Irene, cedió a los requiebros amorosos de Rodrigo, entregándose a sus brazos fuertes y ávidos de caricias.

Bastó poco, para que entendieran que había nacido el uno para el otro. Debían continuar la vida juntos y empezaban a madurar una idea, que no tardarían en ejecutar.

El destino parecía sonreírles.

Cada esquina, cada calle. Desde las Peñas, al Salado.

Cualquier lugar era válido para demostrarse el cariño arrollador que los embargaba.

En las fiestas, la gente murmuraba, lo bella que la pareja lucía.

Un lazo profundo los iba apretando.
Era hora de culminar lo que ya estaba preparado.

Sin que lo supieran los padres y en compañía de un par de amigos íntimos, partieron a casarse por lo civil; mas la necesidad de consentimiento, impidió que lo hicieran en la ciudad. Debieron escapar a un pueblo cercano: a Pascuales, en el que resultaría fácil, y mediando una suma de dinero, realizar la boda.

Después de mucho insistir, lograron su objetivo. Desde ese momento consideraban ser marido y mujer legalmente y estaban seguros de que nada conseguiría separarlos jamás.

La autoridad, que celebró la unión, les felicitó y deseó, cien años de dicha.

Apenas hubo tiempo para un abrazo con los acompañantes y testigos; luego, ella debía volver a casa para que nadie sospechara. Entonces prepararía maletas ligeras y estaría lista para partir, conforme se había convenido.

Al día siguiente, saldrían a su luna de miel y a una vida llena de felicidad en la que se esforzarían por tener una familia numerosa y próspera.

En sus furtivos encuentros habían hablado de lo que

harían una vez que se hubiesen casado. Trabajarían arduamente para reunir algún dinero con el que montarían un negocio y lo harían crecer. Tendrían hijos sanos que, con los genes de tan apuestos padres, serían tan hermosos como ninguno.

Algún día comprarían una finca con banano, cacao, café, muchas vacas que pastasen libres y tendrían perros grandes y mansos que retozarían en un pasto de verdor primaveral. Allí entre Samanes, Naranjos, Guayacanes y Ficus, inventarían un refugio en el que el tiempo pase con pereza y sin lastimar a nadie.

Siempre se vieron con rubias criaturas de cabellos ensortijados correteando por los iluminados pasillos de una gran casa y ellos prodigándose besos y caricias mirando el fruto de su amor y de su esfuerzo. Caminarían así por los senderos de la vida, tomados de la mano compartiendo una vejez plácida, a la que accederían después de muchos años de bienaventuranza.

Nada de lo planificado se dio.

En la madrugada, enviaron a Rosa Irene a estudiar en Norteamérica. Se trató de una operación relámpago, tipo comando. Un infidente la había delatado y así, expuesta y luego de una sonora bofetada, se vio obligada a partir, entre las admoniciones terribles de su desencajado padre y las lágrimas sinceras de una madre avergonzada por la afrenta recibida de una hija, para la que había pensado un mañana de holgura y opulencia junto a un marido de renombre que, con sonoros apellidos y una abultada cuenta de banco, hiciera honor a tan delicada y bella

florequilla.

Sus padres se habían enterado del matrimonio de boca del delator, un frustrado enamorado de la grácil dama, y sabiendo que no existía su consentimiento para efectuarlo y siendo éste indispensable para los menores de edad; procedieron a la anulación, con la frustrada novia ya en el extranjero en una época en que las comunicaciones eran pobres y escasas, lo cual era igual a que la hubieran trasladado a otro mundo, uno en el que estaría aislada y afligida sin oídos que escuchasen sus clamores o sus lamentos de desamor y nostalgia.

Rodrigo Vela, libó tres días seguidos con sus noches y varios meses con intermitencia, en medio de lágrimas y remembranzas, por la que fuera su mujer, apenas unas horas.

Rosa Irene, la de cabellos mecidos al viento.

Rosa Irene la de la falda a cuadros al salir del colegio, con la enorme sonrisa como una ventana de luz.

La de ojos de mirada penetrante y dulce, la de las manos livianas como hojas de seda china.

La de la boca, de delicado carmesí, húmeda y hoy ajena.

Ahora podría visitarle únicamente en los sueños, en el claroscuro de su delirium alcohólico o a través de la fotografía desportillada que no abandonaba su billetera.

Su voz sonaba en todas partes y era común que Vela

tornase la cabeza con la esperanza de encontrarla, que hubiese retornado así como se fue, repentina; pero no. Su mente era la que le jugaba chascarrillos crueles inventándola en las esquinas, en los parques, en los cines y en el balcón en el que ya no estaba ni estaría más.

Por eso huía de una relación seria.
No quería ser herido, ni lastimado otra vez.

Era tiempo de que el juego del amor se jugara con sus reglas y medidas. No se iba a morir de tristeza lo había jurado y debía comenzar a trabajar en ello aunque de antemano sabía que no sería sencillo y que Rosa Irene su breve esposa martillaría su cerebro de tarde en tarde, quizás por siempre.

Para colmo de males, la tía encargada de la manutención del supuesto estudiante de medicina supo, por las malas lenguas que abundan; que su sobrino, al que con tanto orgullo nombraba ante todos como el futuro doctor, no había pisado un aula, ni un anfiteatro. Cada centavo que ella había enviado, se evaporó en medio del alcohol, la música y las mujeres de cualquier procedencia.

Ya sin mecenas que costeara sus excesos de noctámbulo abandonado, tendría que trabajar o ingeniárselas para sobrevivir y defenderse.

Pero como iba a lograr mantenerse y cuidarse, si era de los que echaba a perder un huevo duro, jamás se había planchado una camisa ni había ganado un céntimo para poder decir que con su esfuerzo había pagado el café que bebía en el Flamingo o en cualquiera de los sitios de

moda.

Mientras tanto seguiría su trasiego entre lechos distintos, lo mismo en humildes colchones de paja, que sobre sábanas satinadas que olieran a perfume francés y es que Rodrigo no hacía distinciones a la hora de elegir compañera para una noche y se daba fácil, a quien solicitare su presencia y atenciones. Su prioridad era que fuesen – buenas yeguas- como él mismo decía, mujeres opulentas de cuerpo y generosas con él a la hora de obsequiarlo. Puro principio de reciprocidad. Vela no se complicaba, ni quería alguien que se complique.

Durante el día, seguía cortejando a las señoritas decentes, que no habían dejado de mirarlo coquetas, pese a su fracasado intento de matrimonio. Entonces era el galán delicado que hacía buen uso del Manual de Carreño y que vestía a la moda, frecuentando los sitios chic. Les regalaba flores, chocolates, escribía cartas impregnadas de agua fina de colonia. Trabajaba tanto en su imagen como en su verbo elocuente, atildado y convincente. Para todas tenía la palabra justa, el halago preciso, el detalle sutil. ¿Cómo no enamorarlas? ¿Cómo fallar en la conquista? Mas, al terminar la jornada, al amparo de las sombras, encontraba en mujeres más experimentadas y fáciles, alivio para sus deseos intensos. En ese momento era otro, díscolo, grandilocuente, provocador, alegre y desbocado. Aquel era su reino, su hábitat natural, el espacio en el que ahogar al fantasma de Rosa Irene, que aunque difuso, se seguía presentando a su cita de evocaciones.

De boca en boca las mujeres comentaban, que era un

buen amante y un pésimo prospecto de marido. No podía ser fiel, su sangre hervía.

Pero... al acabarse la pensión de la que gozaba, también terminó la buena vida.

Debía replantear la existencia, a partir del cero absoluto. Desde ese momento, si quería comer tendría que, muy a su pesar, trabajar.

Sus buenas relaciones en el medio, consiguieron que pudiera alimentarse al fío unas semanas. Entonces, las puertas comenzaron a cerrarse y su crédito, dejó de valer un pepino.

Intentó ser cobrador en un banco, vendedor de seguros y aun proxeneta, oficio rentable pero peligroso.

Cómo olvidar aquella ocasión en que Toña, una morocha descomunal cuyo trasero era un monumento, le pidiera que la acompañara a su habitual sitio de labores, el cabaret Noches de París, para que velara por ella manteniendo a raya a los ebrios habituales que buscaban propasarse.

De la puerta a la cama una puta y de la puerta a la calle una dama repetía con convencimiento la escultural trigüeña dueña de unos labios que parecían inyectados con silicona en una época en que ésta aún no existía.

El ambiente olía a cigarrillo, sudor, caña fuerte y esencias aromáticas de dudosa procedencia.

La Sonora Matancera golpeaba boleros íntimos para

bailar pegado y guarachas que extraían de los hábitos sus mejores habilidades para la contorsión y la voltereta.

Ellas con las bocas rojas como guindas se ofrecían, aburridas a la clientela deseosa de probar los cuerpos exuberantes y las cavidades lubricadas a fuerza de vaselina barata o simple saliva.

El licor que corría a borbotones las mostraba más lindas de lo que eran y por eso el refrán de los visitantes de esos antros era: La diferencia entre una mujer fea y una atractiva, son tres tragos y tenían razón.

Toña salió a la pista llevada de la mano por un corpulento negrazo. Comenzaron a moverse al ritmo de la música.

Desde una mesa cercana y acompañado por una cerveza fría. Rodrigo observaba, tratando de cumplir con su nuevo oficio.

El grandulón de ébano comenzó a hablar al oído de Toña y a ella parecía no gustarle lo que escuchaba, por la mueca en la boca y el fruncir de nariz que la caracterizaba cuando no se sentía cómoda.

De repente el hombretón puso sus dos manos en las altivas nalgas de Antonia como en realidad se llamaba y recibió por respuesta una sonora cachetada.

Sin darse cuenta cómo, Vela estaba en medio de la pista de baile, dispuesto a hacer respetar con los puños a la beldad.

La gente había hecho una especie de círculo alrededor

de los contrincantes y se oían voces mezcladas, unas animando al valiente muchacho y otras empujando a Bimbé sobrenombre del atrevido.

Los dos hombres caminaron en círculos sin sacarse la mirada, como estudiándose.

Rodrigo para ese entonces ya había recapitado en el hecho de que Bimbé medía casi dos metros y él apenas uno con setenta y en ese momento ya el miedo se le había apoderado de la garganta dejándolo mudo y las piernas le habían comenzado a temblar.

-¡Ven blanquito que te voy a matar! tentaba el negrazo, invitándolo a acercarse con una señal del dedo índice que flexionaba, con la palma hacia arriba.

Bimbé sonreía, parecía realmente contagiado de un humor que a Vela se le hizo macabro.

Los dientes blanquísimos brillaban, cuando de la parte posterior del cinturón surgió un cuchillo que daba la impresión de relampaguear al reflejar las luces del salón.

Era plateado, de enorme hoja. Arqueado en la punta y con un costado de dientes como los de una sierra de leñador. La empuñadura apenas asomaba entre las manos enormes.

-¡Tienes miedo blanquito!

Seguían caminando en círculos.

El grandulón con la fluidez de un tigre de bengala y el delgado de piel clara, arrastrando los pies como si pesase cada uno una tonelada.

No habrán transcurrido veinte o treinta segundos desde el inicio de las escaramuzas; pero a Vela le parecieron horas.

De repente un lance a profundidad con el cuchillo. El agredido logró sin que nadie sepa cómo- esquivar el embate que fue a dar en una viga de madera que reforzaba la pared, con tanta fuerza, que a Bimbé se le hizo difícil extraerlo. Ese tiempo de oro fue aprovechado por su contendiente quien se encaramó a su espalda tomándole del cuello; pero no consiguió causarle ningún estrago.

En ese forcejeo el blanquecino muchacho recibió un golpe en la cara que lo mando a volar dejándolo medio inconsciente. Hasta tanto el negro tenía otra vez el control del cuchillo y avanzó determinado a concluir aquella riña, ensartando al osado alfeñique.

Bimbé dio uno o dos pasos y cayó de bruces a poca distancia del atontado Rodrigo. Estaba noqueado completamente.

Toña le había propinado un violento carterazo en plena cabeza partiéndosela. Un camino de sangre corría por la cara del negro, que dormía ajeno al mundo y a su finalizado combate en el “Noches de París”.

Es de suponer que Rodrigo Vela no volviera a desempeñarse como “cabrón” de oficio y que la vergüenza pasada aquella noche no se le quitara durante largo tiempo.

- ¡Mijito a aprender a limpiarse el culo! le había dicho Toña desilusionada. ¡Esto de cuidar putas es para los hombres de verdad, no para los niños!.

En ese ritmo, tan pronto iniciaba un trabajo ya estaba buscando otro.

Cada proyecto era nada más de un día, al mismo tiempo de debut y despedida.

Ningún oficio le era grato y decidió volver a su tierra, allá donde el frío reinaba y donde las calles eran silenciosas y recoletas en medio de decenas de iglesias de la época republicana.

Esta ciudad que albergaba a gente recatada y de modales parsimoniosos, era muy diferente a la Guayaquil movida y bullanguera, de costeros y costeras abiertos y comunicativos con quienes había vivido.

Lejos de las fiestas de sociedad, de los cafés del Bongo y del Flamingo, de las piernas de mujer frontalmente exhibidas sin medias de nylon, de las uñas pintadas, del desparpajo de las meretrices, de la vocinglería de los comerciantes, creyó que tampoco encajaría.

Su tía Anahí, la engañada pariente que había financiado sus aventuras sin saberlo, le recibió con cierta molestia aunque con resignación y le inscribió en la facultad

de jurisprudencia, donde casi a diario constataba personalmente la asistencia, del esquivo alumno. Si no eres doctor en medicina, lo serás en leyes había sentenciado.

Fue líder estudiantil de izquierda discreta y aceptada forma de pasar los años académicos sin mayores presiones.

Pronunciaba discursos inflamados y alguna vez se tomó la universidad. El propio rector un hombre prominente y docto le había espetado:

Señor Vela si usted quiere dirigir los caminos de la universidad, aquí están las llaves y se las había entregado, recibiendo la negativa del aludido, impactado por la frontalidad y aplomo del catedrático de vieja data, molesto por las revueltas provocadas por el indisciplinado estudiante.

Ni Bembé le había infundido tanto respeto.

Algunos romances se le conocieron durante ese lustro; pero ninguno como el que tuviera con Rosa Irene.

En qué lugar estás mi adorado tormento. Piensas aún en tu Rodrigo. Guardas todavía el anillo que te regalé divagaba.

A tirones de oreja terminó la carrera.

Hubo una fiesta para celebrarlo, en la que Anahí tomó la palabra y al tiempo que le deseaba parabienes, le

conminaba a valerse por sí solo.

Para ella su obligación había terminado. Se había propuesto poder llamarlo “doctor” algún día y lo había conseguido.

Ya no contaría, con el apoyo de nadie, que no fuera él mismo.

Obligado a buscar un cuarto y empleo, hizo todo lo que sus conocimientos permitían. La profesión, no daba garantías, sin embargo ayudaba. Tener un título abría puertas y cerraba espacios para la diversión y la flojera.

Fue amanuense, secretario de la gobernación y comisario encargado. Sueldos bajos y muchas labores que realizar.

Mientras estuvo a cargo de la comisaría, un día, mandó a arrestar a todo su grupo de amigos. Sí, a los íntimos, a esos que se reunían todas las tardes y noches en el Parque Central para chismear o simplemente ver pasar a las muchachas. La propia policía los tomó por sorpresa en esa misma plaza a la que no faltaban y esposados, tal cual corresponde a criminales, los condujeron a los calabozos por haber alterado el orden público, ante la mirada atónita de los pasantes que no se explicaban el porqué de ese atropello a jóvenes de buena familia. Otros en cambio justificaban la medida haciendo notar que ya era tiempo de que alguien pusiera coto a los desmanes de esa gavilla de pelafustanes que no permitían cruzar el parque en paz y tranquilidad.

Al presentarse ante la autoridad el comisario, el Doctor Vela, les impuso 24 horas de arresto.

Obviamente Rodrigo fue amenazado por los miembros del grupo.

¡Hijo de puta! ¡Malnacido! ¡Ya verás cuando salgamos! ¡Y así te haces llamar amigo, desgraciado! repetían encolerizados.

Si me siguen hablando en ese tono los dejaré más tiempo por desacato y ofensas a la autoridad en la persona del Comisario de Policía respondió Vela con una seriedad impropia en él.

¡Has acabado con tus amigos, maldito! ¡Nunca más, uno de nosotros volverá a dirigirte la palabra! ¡Ya se te acabará el cargo y ahí nos veremos, canalla! vociferaban.

Una vez que hubieron entrado a la celda, encontraron una mesa dispuesta con un pernil de cerdo, ensaladas, patatas, aguardiente y músicos que los recibieron entre acordes de guitarra y notas de acordeón. En efecto estaría 24 horas detenidos bebiendo con el comisario que había preparado el festín.

Pero el Doctor Rodrigo Vela era un hombre honrado y al serlo, la función que desempeñaba no conllevaba mayores atractivos económicos. Siendo tan generoso, como lo era, gastaba siempre más de lo que ganaba y vivía en medio de deudas.

Un antiguo compañero de clases, le habló de la milicia. La gallarda institución armada a la que los más conspicuos prohombres de la patria habían honrado.

Eran los tiempos en que las familias pretendían que

alguno de sus hijos fuera cura o militar.

Si quieres asegurar el porvenir, uniforme hay que vestir comentaban con fundamento por la calle.

Hermosas casaquillas, jinetas, charreteras y condecoraciones en el pecho. Una reluciente pistola al cinto, buena paga, prebendas especiales... ¿Qué más se podía pedir?.

La necesidad es la madre de la inventiva y se inventó una vocación castrense, que no tenía.

Sin mayores problemas, recibió los despachos de Teniente de Justicia.

No eran muy de su agrado las órdenes incontrovertibles y la disciplina férrea; mas había compensaciones. Se era respetado, bien visto y en el bolsillo el dinero podía no abundar; pero no faltaba.

Hoy, ya siendo capitán, obligatoriamente tendría que cumplir su año de selva, requisito indispensable para futuros ascensos.

Sentía algo de temor y mucha emoción aunados.

La espesura verde le atraía como un imán.

Animales exóticos una fronda majestuosa e inconmensurable que se extendía desde las postrimerías de los andes orientales hasta el amazonas y su desembocadura en el atlántico. Una enorme mancha de savia viva que casi atravesaba el continente. La sangre de Sudamérica, hubiera sido correcto decir.

Todo un océano de jungla agreste. El pulmón del planeta. El famoso bosque húmedo conocido por los extranjeros como “rain forest”, cuna de especies endémicas y flora insustituible. Tierra de historias pretéritas, de magia y belleza indómitas Tribus misteriosas en las cuales todavía se trabajaba con sabiduría milenaria el arte de la reducción de cabezas o Tzanzas.

Estaban los Huaorani, los Shuar, los Achuar y tantas otras etnias irrepetibles y especiales, dueñas de su propia cosmovisión.

Vela pese a ser lector voraz poco conocía de la zona oriental y selvática. Únicamente manejaba referencias de los escasos libros que hablaban del tema en su lengua natal el español. Era más fácil encontrar publicaciones en inglés escritas por norteamericanos o europeos, que estudios vernáculos sobre esa gran riqueza todavía desconocida, puertas adentro.

Sin embargo, la jungla ecuatoriana no era un concepto que se podía conocer a través de criterios escritos. Era una realidad desbordante y latente, que vibraba, en cada flor única; en cada etnia viva; en ritos y costumbres; en su universo diferente y especial; en su ritmo trepidante y sincrónico.

Al llegar a ese lugar deslumbrante en el que la belleza natural apabullaba, comenzó a entender el lenguaje propio de su espíritu salvaje y por eso quería con ansías rebosadas, conocer los misterios del espesor selvático, la vegetación tupida y los ríos caudalosos. Era la

oportunidad de compenetrarse con la majestuosidad grandiosa del oriente, lleno de especies desconocidas y secretos inenarrables, que sus shamanes y yachacs dominaban, entre ellos el manejo de las plantas sagradas o de poder como la ayahwasca y la awhacolla o chamico y sus capacidades narcóticas e iluminatorias, capaces de convertir a un hombre en jaguar o dotarle de visión ampliada para que pudiera percibir sensaciones más allá de sus límites físicos o más aún conseguir el don de la ubicuidad.

El clima, para quien no estaba acostumbrado, era terriblemente duro y había nada más que dos estaciones.

La de lluvia y la de diluvio solían bromear los nativos.

En época de estío, una garúa lenta y constante caía sin aviso en el suelo seco ensombreciendo la tierra marrón de las calles de Shell. El bochorno se sentía en los termómetros que querían estallar. En un abrir y cerrar de ojos los baches de las calles polvorientas se convertían en charcos, ojos de agua achocolatada que simulaban un enorme queso gruyere que se hubiera sumergido en lodo.

En la temporada de invierno, los aguaceros densos, hacían caer gotas enormes sobre los techos de cinc, que batían como tambores. Era imposible hablar cuando llovía. La cantinela sin fin de aquellos goterones tenía voz propia, algo así como un ritmo marcial, como un millón de pies marchando por las rutas anegadas, que llegaban a ser un solo todo con los ríos desbordados.

El verdor intenso de la vegetación humedecida, brillaba aunque el sol no saliese.

Fronda hiperbólica de historias y leyendas.

Quién no hablaba en el pueblo sobre la vida de Eva Garza, la escultural mulata que viajaba en avioneta a los rincones recónditos de la selva, para entregar su cuerpo a los reclutas hambrientos de mujeres en esas tierras de soledad.

Decían, que podía tener relaciones con 100 hombres o más, en un solo día y que al retorno a su base de operaciones: Shell, el dinero no le cabía en una gran maleta, que siempre la acompañaba y que en el viaje de ida, no llevaba otra cosa que unas cuantas trusas provocativas y sujetadores, que prefería fueran de color blanco, para contrastar con su piel curtida de sexo, sol y sufrimientos callados.

Nadie supo si su nombre verdadero era Eva; pero como la original y bíblica mujer, representaba la encarnación del pecado y la lascivia.

Lo que sí se sabía es que el sobrenombre de La Garza, se lo puso Rodrigo Vela, por las piernas largas como las de un ave elegante, dispuesta a emprender el vuelo a cualquier lecho en el que hubiera un dinero de por medio y quizás algo de licor cuando estaba de ánimo para recordar o narrar su historia.

Rara vez se quedaba con un cliente más allá del tiempo

necesario para demostrar sus dotes amatorias. No se supo de alguien que pudiera contenerse por más de cinco minutos sin eyacular, rendido ante las habilidades gimnásticas y el ritmo demencial de la morena, de la que se especulaba, podía retener el pene de un hombre, inclusive contra su voluntad, con los músculos potentes de su vagina.

La regla tenía su excepción. Si un hombre le caía bien y se mostraba educado, caballeroso y sensible con ella, pese a saber que era la más grande de todas las putas, que habían hollado esa tierra; le ofrecía al afortunado, una maratón de amor que jamás volvería a probar.

Eva, podía volver loco de placer a un hombre. Después del obligatorio aguardiente que bebía a pico de botella iniciaba el ritual.

Los pocos que tuvieron esa oportunidad Vela uno de ellos narraban que, primero se contorsionaba provocativamente, recordando con su memoria genética raíces de candomblé y tambores batá, mostrando el ser intrínseco del yoruba atávico que aún habitaba en sus venas mulatas.

Cuando danzaba, parecía desconectarse del universo, cerraba los ojos y movía sus caderas, como un molinillo, mientras sus manos recorrían frenéticamente su busto bañado de sudor y su sexo abierto como rosa húmeda. Llegaba al éxtasis, bailando música esmeraldeña que reproducía en un pequeño toca cintas.

La marimba con su percutida cadencia, se unía a su

cuerpo volviéndose uno. Se arrodillaba y su espalda se iba acercando poco a poco al piso, hasta rozar el inicio de su curvatura con las plantas de los pies. Luego sus dedos hacían maravillas jugueteando en el interior cálido de su pubis de vellos ensortijados y negrísimos. No dejaba de estremecerse, con gestos posesos.

El observador de la orgiástica danza, quería a esas alturas y a como diera lugar, penetrarla. Ella lo apartaba delicadamente, sabiendo que las neuronas del observador hervían, para explotar después como una bomba en el cerebro palpitante. Muchos se derramaban sin tocarla, ni tocarse. Los más fuertes, los que resistían al embrujo de sus movimientos sin venirse; eran recostados en el lecho, para recibir caricias que aun el Kama Sutra, en su sapiencia milenaria, ignoraba.

Al fin, cuando se dejaba poseer, empleaba el poder de succión de entre sus piernas y llevaba al afortunado, al paroxismo, al nirvana del placer.

Un mismo hombre, nunca recibió dos veces ese servicio. Era la regla... ¡Quién vio su baile, no volvería a tocarla!

Había jurado no amar y no amaba.

Prefería mantener el corazón impermeable.

Su cuerpo era un arma y la usaba.

Cada parte de su piel destilaba una esencia lúdica y embriagante, que le servía de herramienta para un fin:

La dominación.

La lengua de serpiente experta de aquella mujer, podía obrar milagros, tanto que algunas damas del pueblo, cuyos maridos ya no respondían a la hora del amor, los llevaban, para que fueran curados, por las habilidades mágicas de La Garza.

Haber estado con ella, aseguraba una jornada de pasión a las abandonadas y poco atendidas mujeres.

Es que Eva, se quedaba en la mente, grabada en las células. Su recuerdo atormentaba y excitaba. Era una obsesión anclada, que se manifestaba irguiendo los flácidos miembros, de esos esposos desinteresados, que por el breve espacio de una noche, recuperaban el vigor.

Terapeuta sexual la bautizó un cliente ilustrado y a ella le agradó que le endilgaran un nombre que sonaba al de una profesional decente y estudiada.

Soy una especie de médico que cura la impotencia, porque la impotencia no es otra cosa que falta de provocación, insuficiencia de estímulos, letargo, costumbre gustaba de explicar dotándole al tema de una seriedad y una lógica que asombraba, máxime al provenir de alguien que apenas había cursado el segundo grado de educación básica y que con limitaciones, sabía escribir.

¿Por qué, se había dedicado a la vida airada? preguntaban. ¿Siendo tan bonita? ¿Con ese cabello largo, brillante y repleto de ondas azabache, esos labios gruesos y sensuales, los dientes de marfil, las piernas torneadas y

el vientre plano?... ¿Qué la llevó a perderse?.

¿Cómo, con esas nalgas altivas, el busto perfecto, la picardía en los ojos de pestañas rizadas?... ¿Cómo pudo hacerse ramera?

La negra de nariz fina, respondía...

Todas las mujeres somos putas. Algunas cobramos en dinero, otras reciben pago distinto. Acaso la que vive con un marido al que no quiere, sólo para que la mantenga: ¿No es puta?... La secretaria que recibe de su jefe, obsequios de valor para acostarse con él: ¿No es puta?... La que quiere conseguir trabajo; la que intenta ascender; la que espera una invitación a comer y las sábanas limpias de un hotel mejor que su casa de caña; todas ellas, si hacen el amor por esos motivos u otros semejantes, son definitivamente putas. ¡Putas solapadas, escondidas, clandestinas, ocultas tras un membrete, que las pinta de honorables! Soy otra del montón, posiblemente con mayor clientela. Simplemente una puta más, de las tantas que vemos pasar frente a nuestras casas. ¡Soy Eva, orgullosamente, puta!.

Muchas envidiaban a Eva, por su desparpajo; su soltura para llamar las cosas por su nombre. Le temían también, porque creían que practicaba la magia negra, el vudú haitiano. Que confeccionaba muñecos a los que insertaba alfileres, que causaban grandes dolores en el destinatario.

Que preparaba pócimas comentaban en baja voz.

Que se aplicaba ungüentos extraños para no perder su encanto se cuchicheaba puertas adentro, en las casas del

lugar.

La verdad era otra. Su vida nunca fue sencilla. Desde muy niña aprendió a sobrellevar el asedio de los hombres y a levantarse de la pobreza.

¡Si Dios, me ha dado este culo para defenderme, lo usaré! repetía incesantemente.

La Garza, no necesitaba seguir trabajando, pero lo hacía, para vengarse de alguna forma, de quienes abusaron de ella.

De niña, fue sometida y vejada por los hombres, mas aseguró, que un día ellos, serían sus esclavos; que harían cuanto les pidiera, y lo cumplió.

No podía olvidar que, cuando apenas frisaba los doce años, un conviviente ocasional de su madre también de vida disoluta, la había violado una noche, en que la negra Celina, se había dormido profundamente, por tanto beber. El agresor, le desgarró sus partes íntimas, a tal punto, que no dejó de sangrar por tres días... No iba a ser la última vez que ocurriera.

Su madre, llegaba con frecuencia a la madrugada con hombres distintos, siempre ebria. Blancos, negros, mestizos, amarillos. Una lista interminable de ocupantes del lecho materno vio desfilasr Eva y varios de ellos, también pasaron por su propia cama.

Forzada, herida, ultrajada; despertaba continuamente la pequeña mulata, que llegó a pensar que ese era el destino

de todas las mujeres de tez oscura.

De ese infierno aprendió algo: Un hombre es capaz de cualquier cosa por el orificio de una mujer.

Un pelo de la entrepierna de una hembra bien puesta, puede tirar de un tractor comentaba en alusión al poder del sexo femenino basado en la oquedad de la que Dios les había provisto.

Así era y ella estaba clara en el hecho: La mujer era débil de cuerpo, floja de músculos, pequeña, frágil; no obstante podía poner al orbe "patas arriba" con tan solo una cosa. El coño.

Su madre no era la mejor de las madres; pero la amaba, con ese sentimiento fuerte que nada más puede nacer de la sangre y que resiste los golpes, el descuido, incluso la ausencia.

Celina se iba debilitando y hacia el final, dejó la vida de las calles y llevó a vivir a un zafrero fornido y bronco con ella. Hacía que Eva, le diga Papá.

Ese hombre, de miembro desproporcionadamente grande, fue quien más la hizo sufrir; porque su cuerpo pequeño y delgado no toleraba el tamaño de aquella herramienta, que como un gran taladro le carcomía las entrañas.

Cuando su padrastro la violaba, al principio se resistía, pataleaba y luchaba como un animal herido. Luego aprendió a medir sus reacciones, a presentir su compor-

tamiento, a provocarlo deliberadamente, sentándose en su delante con las piernas abiertas y sin ropa interior.

A veces le decía Papá, me duele aquí y llevaba la mano del mestizo hacia sus pechos que apenas despertaban. Pronto se dio cuenta de la turbación que causaba en el hombre y aprendió a obtener algo a cambio, cada vez que admitía que la tuviese íntimamente.

Así, un vestido, algunos dulces o unos pequeños aretes de oro que vendiesen en el pueblo.

Un día la negra Celina se fue a olvidar sus miserias, al otro lado de la vida, presa de la malaria. Pero el hombre quedó. Ya estaba algo viejo y poco tenía. Igual, Eva se lo quitó todo, hasta dejarlo en la indigencia.

Comentaban que, loco de deseo por la muchacha, el ex amante de su madre, gemía y de hinojos lloraba, para que ella le dejase tenerla.

¡Dame tu televisor! pedía La Garza. ¡Dame tu reloj!
¡Entrégame todo el dinero que lleves en el bolsillo!

Cuando nada tuvo, ni pudo conseguir más; le pidió los zapatos y el único traje que guardaba en el ropero, para echarlo a la calle, vuelto una piltrafa humana.

¡Murió de inanición! rezaba un diario local de corte sensacionalista. Se murió de amor decía el pueblo, entre dientes.

Así era Eva Garza.

Una tarde un oficial le pidió atención, en uno de los cuartos calurosos de la pensión local. Ella llegó a servirle como acostumbraba.

El militar le exigió, que realizara la danza de la que tanto había escuchado; pero ella se negó, aduciendo que estaba reservada para personas especiales.

El uniformado montó en cólera y la golpeó, hasta que los ojos se le perdieron en el fondo de las fundas amaratas de sus párpados. Las botas le quebraron las costillas. Ella se negaba a emitir una queja. Él insistió queriendo el tratamiento especial, tan famoso en el pueblo de Shell; pero eso no estaba en venta.

El hombre indignado, enarboló su pistola, disparó un proyectil, que pegó cerca de sus pies, y ni aun así.

Mi danza es un gesto, que reservo para gente a la que considero diferente habría dicho Eva.

El segundo tiro se le clavó como un doloroso alfiler en el vientre. Un pequeño manantial de sangre manchó la blusa blanca que la infortunada llevaba. El militar se asustó y salió corriendo sin socorrerla. Murió desangrada. Muchos sabían quién fue pero nadie dijo nada, era época de dictadura y ¿qué podía importar una triste zorra pueblerina?, si en juego estaba el honor de un apergaminado oficial.

Pocos acudieron a su entierro, nadie quería reconocer, que era amigo de la prostituta; pero esos mismos, se

encargaron de volverla mito a partir de un inocente relato de una amiga, que la conocía de cerca...

Una ramera, que también servía en los destacamentos alejados y a ciertos clientes de la población, comentó, que a la difunta, le encantaba bañarse desnuda cuando llovía. Allí comenzó la leyenda. De boca en boca, los avatares de Eva Garza y sus comentadas apariciones desde el más allá, se contaban en las charlas de los portales, al caer las tardes. La gente aseguraba verla cuando caía un chaparrón, caminando sin ropa en medio de la espesura oriental.

Alguno se atrevió a decir que le había hecho el amor a la muerta, que lucía tan bella como en su mejor día; pero que cuando estaba en el fragor de la batalla amoratoria, su rostro se convertía en el de una calavera huesuda y desdentada, con escasos cabellos, saliéndole del cráneo descarnado.

Los valientes que vencían el miedo, competían por encontrar a Eva durante el temporal, para saber si era cierto lo que se decía, de la belleza de su cuerpo perfecto y con suerte, de su baile frenético e insinuante.

De repente, cualquier jovencito, para probarles a los demás que ya era un hombre, se internaba en la densidad verde y allí permanecía, empapándose de los aromas inenarrables, de las plantas multiplicadas por doquier y la tierra, casi siempre mojada, en la que Eva Garza, dejaba la huella de sus pies descalzos y menudos.

Al salir, parecían haber perdido la razón y sus cuerpos mostraban huellas de sugilaciones y mordiscos. Más de uno, perdió el habla para siempre y los cabellos se le blanquearon.

Varias veces le siguieron el paso. En grupo, para abordarla; mas el chubasco, único espacio en que ella aparecía, iba borrando con nuevas gotas, los dibujos de sus plantas en los lugares que había pisado.

Nadie pudo explicar los moretones y dentelladas en las carnes, de los muchachos, envalentonados, que se sumergían en el encantamiento de la vegetación.

A Rodrigo Vela, le cupo el honor de ser observador directo del baile de Eva y no faltaba, ahora, alguno que le preguntase ¿Verdaderamente, cómo fue?

Él, siempre decía, que las palabras eran insuficientes para describir la maravillosa estampa de la mulata, desplegando su embrujo envolvente, que enardecía a cualquiera.

Le interrogaban también ¿Si creía, que Eva, podía retornar de entre los muertos, para mezclarse con los aventurados, que se atrevían a buscarla?.

No tenía respuesta. Sin embargo, creía que solo un fino hilo separaba, la vida de la muerte y que a veces... solamente a veces, era posible dar un paso entre esas dos dimensiones diferentes de la existencia.

Era doloroso que se hubiera marchado trágicamente; pero dejaba su estela misteriosa, en los coloquios que la recordaban diciendo:

¡Fue puta, sí, y la mejor puta, que hayan conocido estas latitudes!

¡El cielo tenga en gloria, su culo divino!



CAPÍTULO
2

El Pastaza, enorme río de aguas con color del café con leche y gran caudal, serpenteaba con sus remolinos y espirales, escupiendo espuma al chocar con las piedras. Estaba cerca del campamento militar y se llegaba a él, descendiendo por una pendiente suave que representaba diez minutos de caminata.

Al iniciar ese camino estaba la llamada Villa de Oficiales.

Rodrigo Vela, vivía en una de las piezas de ese lugar destinado a militares de rangos medios. La vivienda era una construcción de madera y cemento, de unos cuantos dormitorios, que quedaba casi enfrente del Casino de Oficiales. Se hospedaban en el sitio, los militares que no estaban con los suyos en el lugar, por lo inhóspito y distante, y los residentes ocasionales, que por algún motivo realizaban trabajos o facilitaban servicios de algún tipo, en el campamento.

Cuando Vela llegó, prefirió quedarse un tiempo en casa de otro Capitán, compartiendo con su familia. Luego, no quiso molestar y se decidió, por la villa de los solitarios.

Le asignaron la pieza número dos.

Su cuarto era franciscano, con apenas una cama; una radio antigua, que a la música la volvía ruido; un ventilador bullicioso y un armario, donde guardar la ropa y los zapatos. Junto a la cama, un pequeño velador, complementaba el mobiliario. A un costado del cuarto, un baño austero, con retrete y lavamanos.

Una ventana de tamaño regular, daba a un corredor, cubierto únicamente por techado. Al asomarse, se podía mirar la calle y hacia el frente, parte de la edificación, que servía como Casino, que traducido del lenguaje militar, significaba, comedor; sala de juegos; espacio de reuniones y local para cuanto evento social se organizara en la Brigada.

Si se tomaba el camino principal que pasaba por la puerta frontal del casino, luego de transitar medio kilómetro, se llegaba a la pista de aviación un mediano aeropuerto lastrado que se tenía que atravesar para acceder al sector del Casino de Tropa, con funciones similares al anterior y destinado a los hombres que no ostentaban rango de Oficial. Allí descansaban, un juego de billar, mesas de ping-pong y espacios para una partida de naipes. Se servía buena comida y se tenía la oportunidad de estar con gente más sencilla y agradable.

A Rodrigo, le parecía buena forma de matar la tarde de un domingo, departiendo con los Soldados, Cabos y Sargentos, que solían tener temas divertidos de conversación y sabían las novedades del pueblo, anexo al campamento.

Dejando atrás el Casino de Tropa, unos cien metros al sur, quedaba el llamado Servicio Social, que no era otra cosa, que una surtida tienda, con enlatados, alimentos y licores extranjeros, a precios subvencionados para la milicia. Allí se encontraba también, ropa de buena marca, cosméticos y perfumes, que las esposas de oficiales de un mismo nivel jerárquico, peleaban y arranchaban, ante la primera noticia de una nueva remesa. Las mujeres, de los hombres de mayor rango, tenían derecho a comprar primero y llevaban tanto, que a nadie quedaba duda, de que aquello, servía para ser negociado posteriormente en el Puyo o en el mismo Shell, a quienes no tenían la opción de entrar al recinto del ejército. Ese ya tradicional negocio, proporcionaba jugosas ganancias a las comerciantes eventuales, que invertían ese dinero, en hacer nuevas compras en el mismo lugar, dejando al personal de tropa, con lo que no servía o lo que a ellas no les gustaba.

En el borde del campamento y a escasos metros del pueblo, se ubicaban las instalaciones del Comando de la Brigada. Se trataba de un edificio de dos pisos, de construcción mixta entre madera y cemento. La segunda planta correspondía a las oficinas del Comandante de la Brigada, el Coronel Pablo Guerrero Santistevan, oficial agrario y cortante, que se preciaba de ser el militar más duro y recto que hubiera pisado la región del Pastaza.

La oficina de Rodrigo Vela quedaba en la planta baja y en ella se leía un pequeño rótulo que rezaba: Juzgado de Instrucción.

En las filas del ejército, los abogados se limitaban a instruir a su Comandante y por ello, se les denominaba Jueces de Instrucción. Era por tanto, el jefe del campamento, el Juez de Derecho, encargado de dirimir y sancionar, las causas militares que se presentaren.

No había excesivo trabajo, limitándose la labor, a contados casos de insubordinación o disposición arbitraria de dinero en alguno de los destacamentos.

La jornada, arrancaba a las ocho en punto con la lista y terminaba a las seis de la tarde, con un acto similar.

Vela, cenaba en el Casino y más tarde prefería leer en su habitación.

Los vecinos eran contados, como los cuartos de la villa. En la pieza número tres, residía un encapotado y neurótico sujeto que maldecía todo el tiempo: al cielo, al Ecuador y a su propia madre.

Un comemierdas, a tiempo completo decían los encargados del mantenimiento y arreglo de la residencia.

El viejo porque aparentaba serlo, aunque no tuviera más de 55 estaba paralítico, Sus piernas perdieron movilidad en algún accidente indeterminado y no volvieron nunca a funcionar. El Gringo, como todos le decían, se avergonzaba de su limitación física y ella parecía ser la fuente de su eterno mal genio. Sobre la silla de ruedas, que lo movilizaba, en sus escasos paseos, tenía colocada una manta, una frazada escocesa con cuadros en los que predominaban el rojo y el negro.

El americano, tenía escaso pelo y éste se limitaba a cubrir los costados y la parte posterior de su cabeza, no así el resto, que el sol había quemado dándole un tono rojizo. Utilizaba una poblada barba prematuramente blanca y tenía la frente arrugada, por el tiempo y la expresión ceñuda.

Los antebrazos y el dorso de las manos, estaban plagados de nervaduras. Algún día esas extremidades fueron fuertes y acostumbradas a trabajar duro, las palmas conservaban todavía las callosidades, que lo evidenciaban.

Vela estaba solo y en la noche las horas se extendían inexplicablemente haciéndolas eternas. A veces la diversión se limitaba, a salir a ver las estrellas y constelaciones. Orión, Andrómeda, Casiopea, brillaban en el cielo, garabateando con líneas imaginarias la bóveda oscura.

En el campamento militar, la luz eléctrica se cortaba a las doce salvo en fiestas especiales-, cuando sonaba una sirena, indicando que se apagaría el generador.

El gringo, hablaba español correcto, pero detestaba utilizar el idioma local. Cierta ocasión, Rodrigo Vela le saludó en inglés y el extranjero, que tantas veces lo había visto, sin siquiera intentar un ademán de cortesía, se animó a contestar en su lengua natal.

- ¡Vaya! Por fin encuentro alguien que hable inglés.
Apenas, conozco unas cuantas frases contestó el oficial.

- No importa, serán suficientes. Hace tanto que no hablo en mi idioma, que me temí, haberlo olvidado.

- ¿Pero habla español?

- Sí, si es indispensable.

- ¿Por qué no lo usa a diario?

- No es un idioma culto.

- ¿Cómo dice? ¡Olvida a Cervantes, Unamuno, Rubén Darío!...

No le hablo de escritores. ¡El castellano, es el idioma del tercer mundo y detesto al tercer mundo!

¡Debería irse de aquí, entonces! endureció el tono el militar.

- Espero, por lo que es mío...

- ¡Qué yo sepa, no hay nada por aquí, que pudiera ser suyo!

- ¡Se equivoca! Hay demasiado, que me pertenece y deben encontrarlo.

- ¿Encontrarlo, quiénes?

- Disculpe, estoy cansado, me voy a dormir.

- ¡Espere! ¡Termine lo que ha comenzado!
Olvídelo, los viejos hablamos demasiado... Mejore su inglés, le falta poco para hablarlo con propiedad.

-¡Lo haré!

No se despidieron, no hacía falta.

La silla, se fue chirriando, por las baldosas hasta la puerta de la habitación, que se abrió sumergiendo al Gringo en su refugio.

Afuera, los vehículos verdes del ejército pasaban muy esporádicamente, provocando el único ruido que se podía escuchar en medio de los sonidos quietos de la selva, que eran otra forma de silencio.



CAPÍTULO
3

¡Mera! ¡Villagrán! ¡Sánchez! Al terminar el parte de novedades del día, quiero que suban a mi oficina, hay algo confidencial de lo que quiero hablarles ordenó el Coronel Guerrero a su oficialidad cuando pasaban lista a las 6 de la tarde.

Una veintena de subtenientes, tenientes, capitanes y mayores, formaban una línea espaciada, que se aprestaba a terminar sus labores frente a las oficinas del comando, lugar en que diariamente se reunían con el mismo fin, informar al superior jerárquico de los eventos de la jornada, e instruir consignas para el día siguiente.

Los hombres vestían uniforme de camuflaje en los destacamentos selváticos. Con los rigores atmosféricos, el traje y corbata, habituales en los soldados de ciudad, resultaba incomprendible e intolerable.

Las botas eran negras y los pantalones y chaquetas verde oliva, veteados por franjas y manchas de colores que emulaban el entorno de la jungla. El objetivo era no ser vistos fácilmente por el enemigo, en situaciones de combate.

En Shell nunca se había combatido, ni había el menor síntoma de que pudiera darse una refriega en términos

cercanos; pero así era el ejército, con sus normas y reglamentos, incomprensibles para la comunidad civil.

Nadie fuera de la órbita castrense, por ejemplo, entendía por qué se decía mi Capitán, mi Coronel, mi Mayor. Ese pronombre posesivo que se antepone al rango, denotaba una relación de pertenencia que no tenía razón de ser.

Tal vez era parte de la tradición armada y no cambiaría.

A la hora de la lista y con la caída del sol, los insectos se alborotaban. Gigantescas hordas de voraces mosquitos, emergían de su encierro vegetal, para sobrevolar encima de las cabezas de los descuidados transeúntes y caer en picada, como kamikazes japoneses en Pearl Harbour, para encontrar un centímetro desprotegido de piel, y clavar sus infectos aguijones.

La oficina del Coronel Guerrero tenía aire acondicionado. Dentro, se estaba cómodo y de una nevera personal, extraía gaseosas importadas que pedía al comisariato de oficiales.

Brindó una lata a cada uno de los convocados.

Abrieron sus envases con deleite. En el país, aún no se fabricaban recipientes de aluminio para bebidas y se estaba obligado a retirar las corcholatas de las botellas con un destapador metálico, parecido a una llave de ruedas.

Sírvanse señores – pidió el Comandante.

¡Gracias mi Comandante! repitieron todos, intentando

sonar lo más serviles que pudieran, sonriendo de modo exagerado y notoriamente fingido.

Loshellamado, porque debemos enviar a nuestros mejores hombres, los que mayor grado de entrenamiento tengan, a cumplir una tarea vital para el desarrollo y crecimiento de las gloriosas Fuerzas Armadas de nuestra nación. Es nuestra obligación invocando el sacrosanto nombre de la patria, preparar un contingente de búsqueda y rescate de un rico y abundante filón, hasta ahora desconocido, de la heredad nacional. Si lo encontramos, el futuro del Ecuador y su integridad territorial, estarán garantizados, pues los réditos que esta campaña pueda generar, serán invertidos íntegramente en renovar el armamento del ejército en especial, sin descuidar a la marina y la aviación militar, que se nutrirán y vivificarán, modernizándose. Obuses, cañones de largo alcance, tanquetas, morteros, tanques, fusiles de asalto, sub ametralladoras, han entrado en etapa de obsolescencia y por ello se requiere de nuestra intervención mediando el hallazgo- para poder ser cambiados por modelos de última tecnología. Está en la certeza y éxito de nuestra intervención, tener un ejército preparado para encarar los retos del mañana.

Los oficiales superiores escuchaban con detenimiento a su jefe, sin saber aún, de que se trataba la larga perorata. Era el mismo discurso cansino que utilizaba siempre y las frases de cajón eran la especialidad de ese coronel pequeño, de bigote espeso y bien arreglado, algo pasado de peso y cabellera corta e hirsuta.

Los oficiales que nos encontramos acantonados, en esta centinela sin relevo de la nacionalidad continuó, después

de beber un trago de coca cola , creemos que hay un reto por delante y que es nuestra obligación asumirlo - sentenció carraspeando al final, en tanto los oficiales escuchaban su uso obsesivo de la primera persona del plural -. Hemos decidido, que en el lapso de dos días, destaquemos treinta comandos de élite para el desarrollo de la operación. ¿Está claro señores?.

Nadie se atrevió a decir que no. Los tres asintieron con la cabeza y apuraron sus latas de la bebida norteamericana, pues sabían que debían despedirse.

Se cuadraron golpeando los tacones de sus botas y llevaron la palma de la mano abierta y con los dedos unidos, al filo de la visera del quepis del uniforme.

¡No lo olviden, los mejores hombres! ¡Ah... y mantengan el sigilo necesario! insistió Guerrero.

¡A su orden mi Coronel! recitaron de memoria.

Villagrán era el encargado de la logística, Mera manejaba la parte táctica y Sánchez dirigía al grupo de elite de los soldados, las Fuerzas Especiales en las que se destacaban, los hombres rana, las tropas de asalto, los francotiradores, los expertos en explosivos, y algunos que lo eran todo a la vez, y que habían acumulado cursos de selva, montaña y supervivencia, sin contar al menos diez o doce especializaciones más. Esos hombres sin cuello y de fortaleza a toda prueba, serían los destinados a la glorificante misión, que lamentablemente los tres oficiales en jefe, no terminaban de comprender cuál era.

Al salir de la reunión, Mera comentó.

De toda la oficialidad, sólo los tres hemos sido tomados en cuenta ¡qué gran honor!

Imagínate se alegró Sánchez. Delgado, Dávila, Andrade y los demás, se van a morir de la envidia. No se diga cuando les contemos a nuestras mujeres. En el Té Mensual de las Señoras de Oficiales van a ser el centro del comentario y las otras viejas van a palidecer del coraje. ¡Piensen en la cara de Elisa, Vilma y Fanny, que son las más presuntuosas! ¡Tienen complejo de Miss Universo, caminan como si estuvieran posando en una pasarela!

Tienes razón intervino Villagrán, se pondrán verdes del coraje al saber que ¡somos lo más granado del ejército y los oficiales más destacados de Shell!

Mañana temprano debemos coordinar todos los detalles para que tan importante encomienda se lleve a cabo sin contratiempos advirtió muy solemnemente Mera, sin querer que sus amigos se enterasen que no había comprendido la alocución del superior.

Ventajosamente, estamos relevados de pasar lista y tendremos tiempo para ultimarlo todo corroboró el también ignorante Villagrán con su cara morena y de ancha nariz. Lo llamaban el mono, por su parecido al antropoide, del que también tenía su forma de caminar simiesca.

¡Bueno camaradas! Es hora de que descansemos, nos espera un largo y agitado día opinó sabiamente Sánchez,

que en la noche repetiría mentalmente el discurso de Guerrero, a ver si lograba comprender.

Se despidieron con el típico saludo militar y se dijeron alguna broma ligera, para tomar sus autos y dirigirse a las residencias de la oficialidad, situadas a unas cuantas cuadras del Casino.

Demóstenes Mera estacionó su Morris Marina y ni siquiera cerró la portezuela del coche, para raudo ingresar a su vivienda.

- ¡Nolfa! ¡Nolfa! ¿Dónde estás mi amor?

- Aquí, Demo querido, te estaba esperando, quiero que me regales cien sucres para una tela. He visto un modelo de vestido... ¡Soñado! Tengo que ir bien trajeada al té de señoras...

- Toma mi cielo, te doy doscientos, ocúpalos si acaso te llega a faltar. Ese día tienes que estar espectacular. ¡Con lo criticonas que son esas mujeres!... Debes lucir impecable. La señora del jefe, se ha mandado confeccionar el vestido ¡en Quito!.

- ¡No te preocupes! He encontrado en el Puyo, una costurera que trabaja precioso. Al ver un vestido suyo, no notas la diferencia con los legítimos americanos...

- Me alegro mi vida, ahora ven para contarte la última novedad. Ven, sentémonos en la sala.

¡Vamos!

Caminaron tomados de la mano y ella le lanzaba besos volados, emitiendo un sonido porcino.

- Mi reina, el Coronel Guerrero me ha encomendado una misión ¡peligrosísima!

- ¡No me asustes, por favor!

- No es mi intención; pero... parece que va a haber guerra y yo voy a comandar un grupo avanzado, que incursionará en las líneas enemigas.

- ¡Mi rey, te pueden matar!

No lo creo, yo dirigiré las tropas. ¡El jefe siempre se queda en la retaguardia!

- Lo que no comprendo es ¿cómo habiendo oficiales más antiguos, te han elegido a ti?

- Es por mi conducta y desempeño sobresalientes. Mi Coronel Guerrero ha revisado mi hoja de vida impecable y luego de cotejarla con la de otros oficiales, me prefirió.

- Erasmo Sánchez y Demetrio Villagrán, también son Mayores ¿qué pasará con ellos?

- Yo los comandaré, pero es información confidencial militar de clase uno. Es decir ¡ultra secreto! Si llegas a decir algo a alguien, seré arrestado y me iniciarán un consejo de guerra, remitirán mi expediente a Quito y será el propio Auditor General el que me juzgue

y sentencie. Mi carrera estaría acabada y con ello perderé la cesantía ¡qué tanto hemos esperado!.

- Descuida vida, jamás pondría en juego algo tan delicado. Yo sé guardar como una tumba, un asunto de tal delicadeza.

- Estoy seguro, mi florcita, por eso me atrevo a contarte y para que te alegres de que tú marido haya sido tomado en cuenta, al fin... con sobra de merecimientos...

Cuando Sánchez llegó a casa, su esposa Iselda, no estaba. Corrió al cuarto de la empleada, que se encontraba planchando y así sin moverla de lugar, le levantó la falda, hizo a un lado la diminuta ropa interior y bajándose cierre de la bragueta, le hizo el amor como lo hacen los gallos, tardándose apenas 30 segundos.

- Ay, don Erasmo, usted es el mismo diablo, ni bien doña Iselda sale al pueblo, usted hace de las suyas, picarón dijo Domitila, pellizcándole las mejillas. Si la señora Iselda lo supiera ¡le da un infarto!.

- ¡Pero no lo va a saber, ni nos va a ver! ¿Verdad?

- ¡Este... no! Pero me da miedo. ¿Por qué no me arrienda un cuarto y me visita cuando quiera? Así podemos estar tranquilos y puedo hacerle cosas, que nunca hemos hecho.

- No te preocupes preciosa, me han dado una misión bien importante y eso puede representarme la

oportunidad de ganar más dinero.

- ¡No le puedo creer!

- Si, es en serio. Voy a ser el jefe de un comando, formado para desbaratar una banda terrorista que está operando aquí en el oriente ecuatoriano. Se dice que han tomado cautivos para pedir rescate. El gobierno colombiano, estará cooperando en la operación ¡y yo estaré sobre los mismos oficiales del vecino país! ¿Te das cuenta? ¡Seré famoso! Me lloverán entrevistas y hasta podría escribir un libro. Imagínate, si hay tanto burro que se las da de escritor ¿Porqué no podría yo, un oficial que ha recibido cursos y con cultura sólida, escribir una obra?... Sería un best seller.

- ¿Qué es un best seller?

- Es un libro que se vende mucho y que deja ¡cantidades de plata a quien lo ha escrito!

- ¿Y me alquilará un cuarto bien lindo?

- ¿Cuarto...? ¡Todo un departamento!

De repente se escucharon voces, Iselda había llegado con alguien más.

- ¡Erasmus! ¿Erasmus?

- ¡Voy! ¡Le pedía a Domitila, que me planche una camisa!

- ¡Bueno, pero apúrate!

Domitila recibió un gran beso en la boca y vio caminar de modo chaplinesco a su patrón, que se iba, subiendo el cierre del pantalón.

- ¡Hola!

- ¡Mua!

- Mua

- Tus besos enloquecen – dijo Sánchez luego del saludo.

- ¡Gracias, coqueto!

- No hay por qué darlas

- Mira mi cielo, he debido pedir un concripto en la prevención, porque con el montón de paquetes, no me daba abasto. ¡Gracias joven! dijo queriendo ofrecer unas monedas al recluta.

- ¡No señora! ¡De ninguna manera! ¡Estoy para servirle!. Contestó el soldado-niño, negándose con un ademán, a recibir el dinero ¡Buenas noches mi Mayor!... ¡Señora!...

Buenas repuso sin énfasis el oficial.

El concripto cruzó por la cocina, atravesó la sala y salió por la puerta, perdiéndose de vista.
¿Cómo te ha ido, Erasmo? preguntó la esposa,

acomodando lo comprado.

- Te tengo maravillosas noticias. Hay un grupo de terroristas, los vamos a atacar y yo seré el que dirija las acciones. ¡Pero es algo que no puedes contar a nadie!

- ¿Yo? Soy incapaz de traicionar tu confianza...

El Mono Villagrán fue el menos apurado, compró leche, botellas familiares de refresco, pan y unos embutidos en la tienda del chino Wang en el pueblo. Allí tenía cuenta abierta y podía fiar lo que fuera necesario. El Mono era de esos hombres a los que ningún sueldo les alcanza, ganaba cien y gastaba mil. Su existencia era un eterno pedir, de adelantos y préstamos que luego se veía obligado a pagar con nuevos compromisos económicos que adquiriría en otra parte.

Las pocas veces que tenía algún dinero, se enloquecía desapareciéndolo. Invitaba a los amigos, compraba varias botellas de licor. La comida se preparaba para el consumo y el desperdicio.

A Wang, ya le debía el equivalente a tres meses de sueldo.

Agradeció por el fiado y se despidió del chino que ya presentía que esa cuenta sería difícil de saldar.

Llegó al hogar y besó en la frente a su esposa, una agraciada dama de ojos verdes y nariz aguileña y menuda que tenía un ligero problema: Un aliento de los

mil demonios.

En todo el campamento se preguntaban ¿cómo puede el Mono, besar a su mujer? Pues nunca lo hacía, al menos, no en la boca.

La historia comenzó cuando Villagrán, que había tenido poca suerte con el sexo opuesto, se sintió necesitado de pareja que lo acompañase de por vida. Buscó e hizo muchos intentos. Nadie lo quería.

Pareces un orangután le gritaban las menos consideradas. Aun, las feas lo rechazaban. Cuando entró a la milicia, pensó que el uniforme ayudaría a que se viera mejor. No lo consiguió. Sus mismos compañeros, utilizando el refrán popular, le gritaban desde la época de cadetes - La mona, aunque se vista de seda, mona se queda - Él sentía que el corazón se le deshacía, pero fingía disfrutar de las bromas. Estaba seguro de que, aprender a reírse de uno mismo, ayudaba para poder reír con los demás. Lo cierto es que él rió poco de los otros y no así lo otros de él.

Cierta ocasión, escuchó en la fila de tropa que alguien hizo un comentario de su apariencia. Ese momento descargó sobre el pobre soldado toda la ira acumulada a lo largo de sus años de existencia.

- ¡Cien lagartijas! ordenó
- Una, dos, tres, cuatro...
¡Cien flexiones de pecho!
Una, dos, tres...

Cien saltos de rana!

Y así, hasta que el hombre se desmayó.

¡El jefe es jefe aunque tenga piojos! espetó.

Sabía que él era un hombre decididamente feo, pero no deseaba que los demás se lo repitiesen a cada momento, menos aun sus subalternos.

Un día desde un balcón, una mujer, al parecer falta de vista, le regaló una sonrisa de agrado. Era bastante atractiva. Le hizo señales para que bajara y al rato, descendió. Él le dijo que le gustaba mucho y ella al responder, casi le hace caer de espaldas. La fetidez proveniente de su boca era insoportable. Él hizo una mueca y se resignó.

Le realizó varias visitas prefiriendo siempre que ella estuviera sentada en un mueble distante.

Pese a su defecto le pidió matrimonio, ella aceptó.

La boda se realizó en la capilla del cuartel, con arco de acero incluido. La recepción, fue en el propio Casino de Oficiales.

En la noche y llegada la hora del deber conyugal, Villagrán le recorría todo el cuerpo con los labios. Los pies delicados, las piernas níveas, las nalgas pequeñas y formadas. Al llegar a los senos, volvía a descender sin explicación, mientras ella esperaba con su boca lista, para que él la llenara de besos. Milena, era pequeña y de

apariencia frágil. Llevaba el cabello hasta los hombros y desnuda lucía bastante apetecible. Todo iba bien, pero cuando ella musitaba palabras de amor, el aire de sus pulmones parecía el desfogue de un inodoro, entonces el miembro empalmado del oficial, que en ese entonces ostentaba el rango de Teniente, se venía abajo y no resultaba fácil volverlo a ponerlo erecto. Ella preguntaba qué sucedía y él debió mentirle, para no herir su corazón enamorado.

- ¡Amorcito, sufro de impotencia temporal!

- ¡No te preocupes, mi amor, ya se te pasará!

Al día siguiente y sin haber consumado su matrimonio, salió temprano a buscar una tienda en la que compró cantidades suficientes de goma de mascar con fuerte olor a menta.

En la farmacia adquirió un líquido para hacer gárgaras y se sintió preparado, para cumplir con sus obligaciones conyugales una vez efectuado el tratamiento.

Volvió al hotel y se enteró de que a su esposa no le gustaba el chicle y que por ningún motivo lo ingería pues dañaba la dentadura.

El Mono no se atrevía a sugerir que se enjuagara con el líquido antiséptico de sabor extremo; de modo que se lavó los dientes cuidando de que ella lo viera y efectuó enseguida las gárgaras.

Milena Duarte, la novia, interrogó ¿Para qué es ese líquido?.

¡Aleluya! Pensó Demetrio ¡Salvado!

¡Odio los líquidos para hacer enjuagues! completó, sin esperar la respuesta a la pregunta anterior, la recién casada.

¡A la mierda! gritó encolerizado el Mono. ¿Qué no te das cuenta de que tu aliento huele a rata muerta?.

Ella se puso a llorar y se negó a salir del hotel durante el resto de la luna de miel. Ni siquiera se dejaba tocar y a no ser porque él lo impidió, Milena, hubiera llamado a sus padres, para pedirles que anularan el matrimonio por falta de consumación.

Al cuarto día de encierro y cansado de pedir la comida a la habitación, Demetrio Villagrán se armó de valor para decir:

Yo voy a comer fuera... y no volveré. Empaca tus maletas. Te dejaré dinero para que regreses a tu hogar. Así no podemos vivir.

Ella presintió que hablaba en serio y estaba consciente de amarlo. Si se iba no regresaría, era hombre de palabra.

¿Monito? pronunció cariñosamente. ¡Debemos hablar! Pero de lejos dijo él, queriendo ser hiriente. Estaba

ganando la batalla y aunque su especialidad era la logística, conocía mucho de estrategia.

- Demetrio, haré las gárgaras por ti... si todavía me quieres.

- Claro que te quiero tontita. ¡Anda bebe del frasco!

Por un breve momento la boca de Milena despidió un olor a limpio, algo parecido al aroma de los hospitales.

Él aprovechó ese efecto temporal y se le fue encima.

Lástima, era el último día de la luna de miel.

El Mono no descansó. Debía recuperar los días perdidos. Ella gritaba encantada. Tuvieron tres orgasmos y el frasco salvador en el velador de la cama.

Esa noche, ya sosegados, hablaron y decidieron que se amarían, aunque estuvieran condenados a no darse jamás un beso.

En reuniones, Milena debía excusarse cuatro y cinco veces para ir al baño a realizar los enjuagues que le permitían vivir en sociedad. Pese a los cuidados, no había pareja que no comentase sobre el terrible problema de la señora de Villagrán.

El Mono, no podía dejar de recordar. Ella, lo sabía igual y agachaba la cabeza, para recibir de labios de su esposo... apenas un beso en la frente.

Dejando las evocaciones de otro tiempo, el Mono pidió a su mujer que le preparara un sándwich y le sirviera algo de gaseosa...

Ven pronto, que debo contarte una buena nueva pidió a la de los ojos verdes. Ella se apresuró y pronto estuvo sentada y atenta.

- Querida hoy me asignaron para realizar un encargo muy importante. Debo ser el comandante de un batallón especial, que ayudará a desterrar un foco guerrillero de la provincia de Pastaza. Son marxistas asesinos. Su líder, el camarada Iván, es un experto en insurgencia, ha hecho cursos en Cuba, la Unión Soviética y Bulgaria. Están preparando cuadros, para una arremetida contra el palacio de Carondelet. Inteligencia nos ha avisado a tiempo. Mi Coronel Guerrero considera que soy el mejor hombre y ha dejado de lado a compañeros con Mayor antigüedad.

- Te felicito Monito ¡Tienes que cuidarte, eh!

- ¡Sólo dirigiré! ¡No olvides que seré el comandante de la operación!

- Vaya no pensé que Guerrero te tuviera tanta consideración y...

¡Debo advertirte! ¡Guarda el secreto! interrumpió el esposo.

Al día siguiente, las historias difundidas la noche

anterior se ventilaban en cada rincón del pueblo. Aun en la ciudad del Puyo, distante a unos cuantos kilómetros, era ese el escenario de la comidilla del día.

¡Guerrilleros! ¡Secuestradores! ¡La guerra con el Perú! Cada persona, que vivía o pasaba por la zona, opinaba sobre la catastrófica situación que se estaba viviendo.

¡Pensar que Pastaza era una ínsula de paz! decían los moradores antiguos.

¡Pero el mayor Mera, nos va a salvar! aseguraban unos cuantos.

¡Villagrán es un héroe! certificaban algunos.

¡Erasm Sánchez, nuestro libertador! coreaban otros.

Los más temerosos, pensaban en abandonar la región, seguros de que males tan grandes como la guerra o el terrorismo, asolarían de manera inminente, ese plácido remanso que otrora fuera refugio para los amantes de la vida serena y tranquila.

Las cosas fueron creciendo a tal punto, que rápidamente se habían formado brigadas de defensa y la gente había agotado las provisiones de las despensas, especulando sobre lo que pudiera pasar.

En el comando de Shell, la situación era otra.

El Coronel Guerrero, despotricaba contra tres de sus oficiales, que a horas de iniciar una misión de importancia,

ni siquiera habían comenzado.

¡Inútiles! ¡Buenos para nada! ¡Inservibles! ¡Torpes! vociferaba el alto oficial . ¿No les había dicho, que la misión era importante? ¡Los hombres que requiero, ni siquiera están pertrechados! ¡Les hablaré claro y sin engañar - bajó el tono - Aquí hay dinero para todos. No se los dije para evitar que lo divulguen; pero veo que el único lenguaje que son capaces de entender es el de la utilidad personal. ¡Nos vamos a hacer ricos! ¡Los cuatro!.

¡Tienen dos horas, solamente dos horas, para disponer que 30 comandos preparados para tareas de montaña, estén listos con todas sus vituallas! volvió a gritar ¡Tres helicópteros Puma, los transportarán mañana a los Llanganates! ¡Es una zona de montes difíciles y selvas impenetrables, neblina constante y una vastedad tal que se requieren conocedores verdaderos! ¡Ya tenemos prestos para la expedición a guías especializados, nuestros hombres deben hacer el resto! ¡En estos sobres están las instrucciones pormenorizadas ¡No fallen esta vez! ¡Un error adicional y yo personalmente, me encargaré de sacarlos del recinto militar!... ¡A patadas! ¿Oyeron?.

- ¡Sí mi Coronel!

La reunión era reservada, pero los gritos de Guerrero se escucharon a media cuadra fuera de su oficina. Por lo tanto, cada oficial presente, se había enterado, al menos en parte, de que una misión secreta se estaba organizando y que sus compañeros Villagrán, Mera y Sánchez, eran

un trío de mulas, que habían sido amonestados, por su falta de entendimiento.

Los tres hombres, salieron de la oficina del Coronel, abochornados y mirando hacia el piso. Dávila, un irreverente oficial, contemporáneo de los hombres a quienes Guerrero llamó la atención, se les burló en la cara.

¡Oigan! ¿A dónde van con los rostros gachos? Según supe, sus mujeres llamaron por separado a la mía, para decirle, que los habían ascendido, que eran ya Comandantes en jefe, que eran cabecillas de la contra insurgencia, que intentaban liberar al país de un complot internacional... ¡Disfrutaré tanto, contarle a mi esposa, como salieron, con el rabo entre las piernas!

Cállate idiota- respondió Sánchez

¿Acaso es una orden, jefe? - asedió Dávila, intentando punzar.

¡Métete tus opiniones en el culo! intervino Mera.

- ¡Oye Sánchez! Veo que necesitas niñera.

¡No tomen en cuenta a este resentido! comentó Villagrán.

Le hicieron caso y se fueron los tres, dejando atrás al oficial provocador, que no paraba de reír.



CAPÍTULO
4

Owens, el gringo, mantenía su ostracismo. Era un ermitaño impenetrable, hasta que el destino lo sorprendió desvalido, en ese cuarto alejado y sin poder moverse a libertad, confinado a una silla de ruedas.

Un fuerte dolor atacaba una de sus muelas gastadas. Al principio lo toleró.

La molestia seguía, cada vez más insistente. El dolor subía, hasta el oído y se diseminaba. Parecía multiplicarse en cada terminal nerviosa. Una especie de gusano eléctrico le recorría las venas, amplificando los niveles de sufrimiento.

Empezó a quejarse.

Hurgó en los cajones, en busca de cualquier medicina calmante.

Ni una aspirina.

Tan fuerte era el padecimiento, que olvidó su obstinación de no hablar español.

Golpeó la puerta del cuarto adjunto.

- ¡Ayúdeme por favor!

Debió tocar dos veces más.

El Capitán Vela, somnoliento y en calzoncillos, abrió.

- ¡Ah, es usted! Dígame, en que puedo servirle.

- No quisiera importarlo, pero necesito algo para el dolor. Tengo una muela, que no me deja dormir.

- Debería extraérsela.

- A esta hora no podría encontrar un odontólogo.

- No lo posponga de mañana. Mientras tanto, me parece que tengo unas cápsulas que son muy buenas, las utilizaba en mis problemas de litiasis renal.

- ¡Oh, los terribles cálculos!

- Sí, el dolor es intolerable.

Vela entró un momento y regresó con un frasco marrón, en cuyo fondo se veía un lecho de algodón, sobre el que reposaban los medicamentos bicolors.

Tome una cada 6 horas recomendó el militar.

Gracias dijo sinceramente el viejo Owens. Agarró el frasco, dio media vuelta a su silla y se dirigió a la puerta,

que estaba abierta.

¡Si necesita algo, no dude en llamarme! se ofreció el Capitán alzando la voz para ser escuchado.

¡Lo haré! ¡No dude que lo haré!
contestó el viejo desde dentro.

El Capitán Rodrigo Vela, desde el día en que lo vio, hosco y distante, se preguntó, qué haría ese extranjero paralítico en Ecuador. Si se trataba de un técnico o un experto en el ámbito petrolero, militar o agrícola, lo más natural hubiera sido, que realice sus labores en las áreas de su incumbencia y no como sucedía; que permanecía sin salir de la habitación a la que se le llevaban los alimentos y los diarios de Quito.

Era un hombre tan enigmático, tan misterioso y con un celo terrible. Parecía esconder algo. Su actitud nerviosa y tensa, era la del ladrón ante la proximidad de alguien, cerca del lugar en el que guarda el botín.

Rodrigo Vela, se quedó dormido, pensando en el norteamericano. ¿Cuánto, sería el dolor, para que lo hubiera buscado?

En sueños lo vio, en su silla que chirriaba.

Iba descendiendo un empinado declive.

La silla iba ganando velocidad.
La cobija a cuadros era elevada por el viento.

Al final un despeñadero y una larga caída, en la que se escuchaba un grito prolongado por el eco.

Segundos infinitos...

Vela despertó sudoroso y angustiado. Llamaban a la puerta otra vez.

Nuevamente el gringo, ojerudo y demacrado.

Las cápsulas no me han servido. Aminoraron el dolor unos instantes y luego volvió, más fuerte. Es un latido agudo y penetrante ¡no doy más, ayúdeme! gimió.

El sol estaba saliendo y la penumbra del amanecer iba comenzando a perfilar el entorno con colores grises, después rosados.

Lo llevaré en mi vehículo al hospital de la Brigada. No sé si en emergencia se encuentre un dentista disponible, pero lo intentaremos.

¡Gracias! respondió, con una voz diferente, como si tuviera un algodón en la boca. La cara se le había inflamado.

El gringo, fue llevado en brazos hasta el jeep. Con los dedos sujetaba su manta cuadriculada. Parecía un amuleto o una forma de ocultar por vergüenza sus miembros inservibles.

Atravesaron la pista de aterrizaje. Una nube de polvo quedaba atrás. Esos días no había llovido.

El sol ya era una moneda de oro al este del cielo.

El pueblo se desperezaba y las matronas de los hogares, lanzaban el contenido de sus bacinillas de noche, a la calle desde las ventanas. Algún borracho desprevenido fue cubierto por el amarillo líquido de olor punzante.

Los gatos regresaban al hogar después de la juega nocturna. Un gallo retrasado, dejó oír el reloj descalibrado de su pecho.

Llegaron al hospital y estaban de suerte. Al odontólogo, le había tocado guardia y estaba por salir. Vela pidió al doctor Nevárez, que atendiera al dolorido paciente. El dentista, aceptó por ser una solicitud de un superior. Se lo veía cansado y bostezaba.

- ¿Por qué no vinieron antes? Esta inflamación me indica que debe haber dolido desde hace rato.

- No creímos que estuviera, en la madrugada - repuso el Capitán.

- Lo importante es que me encontraron. Bien... veamos.

Owens, estaba aferrado al sillón, con una cara de susto indescriptible y la boca exageradamente abierta. Los ojos cerrados con fuerza, le marcaba aún más, las arrugas que se formaban entre sus cejas y la base de la nariz.

¡Hombre de dios! ¿Es que nunca va a un dentista?
-preguntó el doctor.

El gringo no contestó, por el tubo de la escupidera sujeta a la comisura de los labios, pero hizo movimientos con la cabeza, que confirmaban la sospecha. No era amigo de los dentistas. Quizá no era amigo de nadie.

No hubo demora. En cuestión de minutos el profesional, levantaba con la pinza, la pieza ensangrentada y maltrecha.

¡Listo! se ufanó con aire triunfalista. ¡Pero debe volver, para arreglarle toda la dentadura! ¡La tiene muy descuidada y la va a perder, si no se preocupa! ¡Tiene más de diez caries!

Mmjumm -gruñó el gringo, con el apósito inserto. Debió haber querido decir ¡Gracias!.

Va a tomar ampicilina, para la infección y naproxén sódico que ayudará con el dolor de la intervención y desinflamará culminó el hombre de blanco y le dio al enfermo una palmada en la espalda, que pareció no gustarle.

Vela lo volvió a llevar en brazos y retornaron a las habitaciones.

Owens, se notaba aliviado.

El oficial estaba impresionado por el poco peso del

extranjero. Sentado parecía un ser imponente, robusto, fuerte; mas al levantarlo, estaba poseído por alguna fórmula de ingravidez. Vela tuvo la sensación de tener en los brazos a medio hombre.

Cuando lo recostó en su cama, la figura de una pequeña alpaca que sobresalía de entre un sucio pañuelo sobre el velador del gringo, le llamó poderosamente la atención.

¡Oh, esto es muy bello! comentó parece de oro.

El gringo tomó rápidamente, la figura dorada y con muestras de disgusto, guardó el objeto sin dar explicaciones.

Vela, sintió la desatención y se dispuso a salir molesto.

Disculpe, es un recuerdo se dio modos de pronunciar el gringo a pesar de la gasa que había dejado el dentista.

No pretendí contrariarlo. He invadido su privacidad añadió todavía ofendido, el militar, caminando hacia la puerta.

Le prometo que cuando pueda hablar, le contaré la historia ofreció Owens a modo de resarcimiento.

Estaré esperando respondió Vela, tratando de esbozar una sonrisa, que expresase que todo estaba bien.

Era sábado y por lo tanto los oficiales y la tropa que no estaban de guardia, gozaban de franquicia.

Vela decidió dormir unas horas, porque su sueño había sido poco reparador y escaso.

Una hora y media después, de que se despidiera de su vecino, escuchó ruido de botas y agitación fuera de su pieza. Corrió un poco las persianas que protegían su ventana que daba al corredor y observó que un grupo de comandos, conducían a Owens, a un vehículo de la Brigada.

Se le antojó raro que el viejo, sin haber dormido y con la cara inflamada, fuese a salir, cuando usualmente no lo hacía.

Los hombres de camuflaje se fueron y con ellos el parálítico. El reloj marcaba, ocho y treinta de la mañana.

Diez minutos después el familiar sonido de los helicópteros, traspasó los vidrios de su ventana.

Había dos en el aire.

El ajetreo de las máquinas le cortó el sueño.

La regadera lo relajó con su lluvia de gotas refrescantes y permitió que el jabón le diera un masaje profundo, dejándose estar un buen tiempo, con el chorro intenso sobre su cabeza.

Se decidió a trotar unos minutos, pues su físico no era el ideal para un oficial de la milicia. Había aumentado mucho de peso, recordaba con pesar el día de su matrimonio anulado, cuando registraba 130 libras en

la balanza. Ahora, tenía 50 libras más y la barriga, se le notaba prominente a través del uniforme.

Se enfundó una sudadera roja y amarilla, se calzó zapatos para deporte y salió, con paso lento y sincopado, para realizar el ejercicio poco usual.

Los oficiales de arma, tenían un entrenamiento constante y mantenían su cuerpo, por la regularidad del trabajo al que lo sometían; no así quienes se desempeñaban en áreas administrativas. Asimilados, les decían, en el argot militar u oficiales de servicios. Rodrigo Vela era de aquellos. Como Oficial de Justicia, permanecía en su sillón, casi estático y su cuerpo se había acostumbrado a esa inmovilidad diaria, pagando las consecuencias.

Siempre deseó poseer un gran despacho y manejar su propia clientela. Ser de aquellos jurisconsultos que se mueven mucho, entre los juzgados, las comisarías y estaciones de policía; pero la necesidad lo forzó a enrolarse.

A punto de ser Teniente, estuvo por arrepentirse, pero el destino está escrito y ahora un grado después continuaba, con esa vida de gitano.

El cargo de consciencia por el sobrepeso, le hizo no desayunar ese día, como acostumbraba en el Casino de Oficiales, con huevos, varios panes, un jugo y café.

Se iba alejando despacio de su habitación, manteniendo el ritmo y llegó al aeropuerto, donde el esfuerzo le hizo

detenerse para secar el sudor de su frente con un pañuelo.

Miró sin querer con dirección a los hangares y observó un movimiento inusual.

Varios soldados, con pertrechos de montaña, vistiendo gruesas chamarras y mochilas repletas, esperaban la salida de un nuevo helicóptero.

A un conscripto que pasaba en bicicleta, Vela le preguntó.

- ¿Qué está sucediendo en los hangares?

- Maniobras, mi Capitán, dicen que es un simulacro.

Al oficial que trotaba, le disgustó que a los hombres de servicios no se les comunicase nada y continuó con el jogging.

En el camino, su amigo el Mayor Eliécer Dávila, pasó a su lado con la familia, iban a nadar al Pindo, un río cercano.

Dávila le saludó con la mano en alto, pero Vela lo obligó a detenerse.

¿Sabes que pasa en los hangares? le interrogó. Tú eres oficial de arma.

No lo sé. Es un asunto secreto, para el que mi Coronel Guerrero, ha instruido a Mera, Sánchez y Villagrán.

Mmmm, sí. Algo escuché en el griterío del otro día.
¿Pero a dónde van los helicópteros?

He tratado de averiguar, pero ni los pilotos lo saben. Tienen un plan de vuelo en sobre cerrado y están autorizados a abrirlo una vez que estén en el aire. Lo que está claro, es que van a hacer labores de montaña.

Vaya, la cosa es seria, nunca he visto de parte de Guerrero, tanto hermetismo.

Algo se traerán entre manos. Si Mera y los otros están metidos, todo se puede esperar.

Guerrero no es de esos...

No lo conocemos, dejemos que el tiempo nos aclare las dudas.

Pienso que en los próximos días, la información se filtrará; si no es por el lado de los protagonistas, por el de sus mujeres será.

- Tienes razón.
- ¡Ya nos veremos!
- ¡ Hasta pronto!



CAPÍTULO
5

¡Hemos gastado una fortuna en gasolina! ¡Ocho vuelos en nuestros helicópteros y nada...! ¡Los mejores hombres! ¡Cursos en el exterior, instructores de Israel, los Estados Unidos, Chile! ¿Para qué ha servido tanta preparación? ¡Si a la hora de la verdad los resultados son nulos! No sé qué falló ¿La logística? ¿La preparación y las órdenes impartidas? ¿La estrategia de rastreo y búsqueda? ¿Acaso nada estuvo bien?...

- ¡Es que mi Coronel!...

- ¡No hay excusas que valgan! Los tres han fallado. Lo presentí el día de ayer. ¡Maldita necedad la mía! Tengo a Dávila, a Delgado, a tantos otros. ¿Y qué hago? ¡Escojo a tres zopencos, tres badulaques, que no saben ni siquiera mear sin mojarlo todo!.

- Mi Comandante Guerrero, yo le puedo explicar se animó Mera, explorando el terreno.

- ¿Qué me va a explicar usted? ¡Qué son tres alcorques! ¡Ya escuche el chisme, que sus esposas propagaron! ¡Por suerte, sus mujeres son tan cortas de entendimiento como ustedes, pues en caso contrario

estaríamos acabados! ¡Mentir, que han sido ascendidos, que ahora son comandantes! ¿Comandantes de qué? ¡Ni en sus casas pueden mandar!.

Mi Coronel, recién es el primer día se justificó Sánchez, flaco y pelado, pidiendo con la mirada el apoyo de sus compañeros.

Sí mi Coronel, mañana tendremos resultados se sumó Villagrán, moviendo los cartílagos de su achatada nariz.

Sí, mañana intervino poco imaginativo, Mera.

- ¿Y cuántos días quieren desgraciados?
¿10? ¿20? ¿Un mes?

- No señor, mañana o pasado mañana, llegaremos al lugar deseado anotó Sánchez.

- ¡Eso espero por su propio bien! No quiero, que esto trascienda. Inclusive los pilotos creen que es un simple ejercicio, en búsqueda de un sitio hipotético. Los comandos igual. Todos buscan el sitio marcado por la capucha de color intenso. Si llegan al lugar, no permitan que nadie acceda a la cueva. Den por concluido el simulacro de búsqueda y anoten las coordenadas con exactitud. Hagan marcas visibles, planten las banderas de señalización, de modo que no puedan desprenderse por el viento. Son bastante altas y visibles, no serán cubiertas por la espesura. Marquen también un sendero, establezcan puntos referenciales. Una vez establecida la localización y si se hace como lo indico, volaremos nosotros mismos,

con unos cuantos soldados y un piloto de confianza.

¿Y el gringo? -preguntó Villagrán, acomodándose por encima del pantalón y con la mano, el calzoncillo, que se le había metido en la línea de las nalgas.

¿Richard Owens? ¡Ese no es más que un loco, para la gente! ¡Nadie le hará caso! Por otro lado, un paralítico puede sufrir cualquier accidente, una caída... No lo sé.

¡Eso sería un crimen! volvió a opinar el Mono inquietándose por las palabras de Guerrero.

Para que exista crimen, debe haber un juicio, un veredicto; y para que se inicie un proceso, debe haber sospecha de que la muerte no ocurrió de modo natural.

El Mono calló.

Tiene razón secundó Sánchez . A nadie le importará el fallecimiento de un viejo en silla de ruedas, que estuvo en coma cuatro meses en el hospital y no recibió la visita de nadie. ¡Ni una tarjeta! ¡Ni una llamada telefónica preguntando por él! ¿Lo ven? Owens, prácticamente no existe.

¡Perfecto! ¡Ya se han dado cuenta que tengo razón! comentó con voz paternal Guerrero, sacándose la gorra del uniforme, intentando peinar con la mano su espinoso e indomable cabello.

Así es mi Coronel, lambisconeó Mera.

A mi todo me parece bien, pero lo del gringo, no sé,

dubitó Villagrán, hombre escrupuloso.

¡Mono de mierda! vociferó el Comandante. ¿Está con nosotros...? ¿O en contra nuestra?

¿Yo? replicó desconcentrado- ¡Estoy con ustedes!...

No dejen de pensar en la cantidad de dinero que existe de por medio. Cualquier fallo y otro será el dueño de la riqueza. ¿Quieren no preocuparse nunca más en sus vidas? ¡Entonces, esfuércense al máximo! ¡Un error y todo se viene al suelo! ¡Una filtración, otro chisme doméstico y se acabó! reiteró Guerrero.

Los hombres imaginaron la opulencia en la que podían vivir en el futuro y cada uno mentalizó en su propia forma, lo que sería poseer una fortuna inmensa.

Al dejar la oficina del comandante, los tres oficiales caminaban absortos en sus pensamientos y sin hablar. Se dirigieron a sus respectivos autos, despidiéndose con un mohín de manos.

Villagrán se imaginaba en un auto deportivo rojo y brillante, acompañado por una beldad de aliento fragante, recorriendo las calles de Niza, Milán o Roma; llevando una flamante cirugía estética de la nariz y ropa de marca. En su mente, admiró la que sería su casa y la vio blanca, de dos plantas, con grandes ventanales y un hermoso jardín anterior, para dejar el patio trasero, reservado a una piscina con azulejos españoles y mesas con parasoles de varios colores.

Mera se observó a sí mismo, en una gran hacienda con

muchos caballos de raza y cientos de reses, cerdos y aves. El controlaría todo montando un corcel blanco de largas crines. Vestiría sombrero tejano y botas de moderno cowboy. Para ese momento, habría cambiado a su mujer y estaría acompañado por dos bellas muchachas, que compartirían con él una gran cama de tres plazas, en la que colocaría exclusivamente sábanas de seda.

Sánchez, mientras manejaba, daba vueltas a una idea que lo acompañaba desde siempre. Tener un gran cabaret, con la mejores putas del país. Un sitio para gente elegante, que solo consumiría licores finos y fumaría habanos legítimos de olor dulzón. Las chicas, caminarían en prendas íntimas, por una larga pasarela, a la que descenderían por un tubo, como el que utilizan los bomberos. Allí darían espectáculos ininterrumpidos, desnudándose al son de música provocativa. Sería un show, con muchas lentejuelas y plumas, al estilo de Las Vegas; pero también sería diferente, porque el incluiría actos de lesbianismo, que sabía apasionaban a los hombres y que en Ecuador, no presentaban en ninguna parte. Para la seguridad, contrataría dos enormes negros de músculos impresionantes, que no dejarían que ningún borracho forme escándalos, ni manosee a las muchachas más allá de un límite tolerable. En la puerta una marquesina muy grande, con el nombre del local en luces intermitentes: Las Noches de Sánchez.



CAPÍTULO
6

Rodrigo Vela, estaba por salir al cine del pueblo. Vestía ropa de civil, la barba recién afeitada y un fuerte olor a colonia floral. Los zapatos le relucían, pese a saber, que en la tierra lodosa de Shell o en el polvo de sus días secos, no se podía mantener el calzado lustroso. Era increíble, llovía y a las pocas horas había polvo. Otra vez llovía y el lodo. Un cuento de nunca acabar.

Buscó las llaves del viejo jeep Nissan Patrol modelo 66, en su mesa de noche, guardó la billetera en el bolsillo posterior del pantalón y un preservativo, por si acaso sucediera algo interesante. Las muchachas locales, eran fanáticas de dejarse embarazar de los oficiales, por que a su modo de ver, aquella era la única forma de salir de esa cárcel verde y húmeda.

Ellas soñaban, con los centros comerciales de Quito, el bulevar de Guayaquil, o el paseo a orillas del río en Cuenca. Esas eran ciudades, a su criterio, y no ese infiernillo tropical donde las mujeres se comían unas a otras, por la envidia y los cuentos. Por supuesto desconocían que la ciudad grande, tenía problemas mayores y que allí no estarían exentas de los mismos

males que en Shell, pero amplificados y multiplicados.

Por ello el preservativo, era indispensable. El sida no se conocía todavía y cualquier enfermedad venérea, se curaba con simple penicilina.

Rodrigo, pensó que estaba listo para salir, cuando el mismo sonido de botas, se coló por el resquicio de la entrada.

El cuarto de Owens, se abrió.

Luego el golpe de la puerta cerrándose.

Las botas se alejaron.

Vela, pisó el umbral de salida de su cuarto y creyó oír un sollozo.

No prestó atención.

Buscó de entre sus llaves, la que cerraba la chapa de la habitación.

Otra vez el sollozo, ahora fuerte.

¡No lo encontraré nunca! ¡No! ¡Ya no podré encontrarlo nunca! gimoteaba en inglés.

Era Owens, no había duda.

¿Qué le pasaba?

Vela, se animó a tocar.

No quiero comer dijo, pretendiendo que era el conscripto con el rancho, que llegaba a esa hora.

-¡Soy Rodrigo Vela! ¿Señor Owens? ¡Soy su vecino!...
¿Qué le pasa?...

- No me siento bien, conversaremos en otro momento.

-¡Creí escucharle llorar! ¿Le duele algo?

¡Si!... ¡El alma! se animó en una especie de visceral confesión que le salió de algún lugar recóndito.

¿Cómo dijo? insistió el capitán, pensando haber escuchado mal.

- ¡Vamos, ande, pase!

Parecía que la silla de ruedas estuvo junto a la puerta, porque ésta se abrió de inmediato, con un clic del seguro que había saltado.

Allí estaba el viejo, con grandes lágrimas rodándole por las mejillas y anidándose en la barba. Al ver a Vela, se enjugó las saladas gotas, con la parte baja de la manga de la camisa de franela que vestía. Una chaqueta abrigada estaba tirada en el suelo, junto a una bufanda de lana.

- ¡Venga, siéntese!

- ¡Gracias!
- ¿Un trago?
- ¡Me vendría bien!
- ¿Qué toma? Tengo ron y aguardiente...
- Ron, por favor
- ¿Con coca cola?
- Sí...
- No tengo hielo; pero la gaseosa está helada.
- Está bien así

Owens, se movió en la silla y pronto tuvo las dos bebidas listas.

El gringo bebía aguardiente.

No tengo Jack Danniels aclaró. ¡Ese es el trago que me gusta! ¿Sabe?... Soy del sur de Kentucky, cerca de Tennessee. Allí somos amantes del Whisky, Bourbon le dicen ustedes.

¡Yo tomo cualquier cosa! contestó Vela.

¡Ese ron no es cualquier cosa! ¡Es un Bacardí, legítimo de reserva especial! Un obsequio del comandante.

- Era solamente un decir. El asunto, es que no tengo preferencia por algún tipo de licor...

- Bueno, vamos al grano... ¿Rodrigo?

- Sí, Rodrigo. Usted es Richard ¿verdad?

- Sí, aunque ya nadie me llama por mi nombre... Viejo, Gringo y los más comedidos, señor Owens. Es bueno escuchar Richard otra vez. Le decía, que fuéramos al grano. Yo le había hecho la promesa de que le contaría mi historia. Bien, hoy es el momento. Se la voy a contar...

- Adelante, por favor, soy todo oídos...

Ya le he dicho donde nací. Desde muy joven, amaba viajar y que mejor forma de hacerlo, que en el ferrocarril. A los 18 años ya era ayudante del maquinista. Era un trabajo duro, en ese entonces, todavía se echaban paladas de carbón. Se podía bajar quince libras en un viaje. Se llegaba deshidratado y con los brazos incapaces de levantar un alfiler. Conocí toda Norteamérica, de California a la Florida y de Nueva York a Texas...

Una vez, en Arizona, un buen amigo llamado Courtney, me habló de un tesoro escondido. Él tenía el mapa. Yo había ahorrado un dinero. Compramos lo necesario para la expedición y... ¡Eureka! ¡Hallamos lo que buscábamos! Lástima, eran viejos billetes, fuera de circulación que carecían de valor real, salvo como souvenirs. En el baúl, estaba también una leontina de oro, que al venderla per-

mitió que recuperáramos parte de la inversión. De todas formas perdimos bastante dinero.

Esa búsqueda hubiera desmotivado a cualquiera; pero no a nosotros. Decidimos hacernos cazadores de tesoros y anduvimos de aquí para allá, haciendo caso de leyendas, de charlas de los viejos habitantes de los pueblos, especialmente del oeste. No logramos ningún éxito. Estábamos en plena guerra mundial y, precisamente en 1944, mi compañero Courtney, fue reclutado. Murió en el pacífico sur, en 1945, cerca de terminar el conflicto. Yo tuve suerte, no me llevaron. Al finalizar la contienda, tenía 25 años. Desde que mi amigo se fue, hice de todo. Fui mago ambulante, vendedor, obrero en una fábrica. Ninguna de esas cosas pudo llenarme. Durante ese tiempo, tuve oportunidad de vivir seis meses en casa de una familia de Vermont, radicada en Nuevo México. Él era profesor de historia y tenía cientos de libros en una biblioteca, bien organizada, Taylor, era su apellido y su mujer se acostaba conmigo cuando él no estaba. Era una mujer madura, pero muy hábil para el amor ¡Ah! ¡Aquellos tiempos!...

Con los Taylor, serví de fontanero, jardinero, mucamo; pero lo importante es que le fui encontrando gusto a la lectura y entre esa cantidad abrumadora de libros, hallé uno especial: El Tesoro de los Incas, de un catedrático español llamado José de Herbas y Olabarria. Era un trabajo muy documentado y científico, con datos precisos sobre el destino de todo el oro que el general Rumiñahui escondió de los conquistadores. ¿Usted conoce la historia aquella?

Sí, pero es una fábula escolar, la narran para impregnar de magia, el aprendizaje de la historia.

¡Pues está muy equivocado Rodrigo!- se apuró en responder el gringo, para luego levantar su vaso de aguardiente y secarlo hasta el fondo-. ¡Beba, amigo ande! ¡Casi no ha tocado su vaso!

Estaba, fascinado por la reseña. Bien... ¡Salud!

- ¡Salud!

Owens sirvió otra ronda de licor

- ¡Me muero de gana, de un cigarrillo! exclamó el viejo.

- Yo se los traigo, tengo unos cuantos en mi habitación. Yo fumo poco y sólo cuando tomo un trago o estoy muy preocupado.

- Yo también.

Vela se levantó, aprovechó para orinar en su baño, se enjuagó las manos, el rostro y retornó.

Owens, se había dormido, en la silla. La cabeza, en una extraña posición inclinada, reposaba sobre su propio hombro izquierdo.

Roncaba de modo entrecortado.

El militar le colocó una almohada, lo cubrió, con la misma manta de las piernas, tomó el vaso de ron que estaba servido y salió cerrando la puerta. Se sentó en las gradas exteriores y fue ingiriendo a sorbos lentos la bebida. Encendió un cigarrillo y lo absorbió profundo. Botó el humo por la nariz y se arrepintió de no haber aprovechado, para mirar de nuevo, la alpaca dorada que Owens tenía en su cajón.

El auto de Mera, pasó por el lugar y el mayor, comentó con su mujer.

- ¡Estos que viven solos!... Terminan en lo mismo, dedicados a la bebida.



CAPÍTULO
7

Nuevamente los hangares, se llenaron de movimientos presurosos. Las naves ponían sus rotores en acción. La soldadesca con aperos para el frío. Los oficiales al mando de la operación daban órdenes de última hora.

Los pilotos chequeaban mapas y por radio recibían los reportes del tiempo en los límites entre la jungla y la zona andina, a la que volarían.

En Shell, el cielo estaba medianamente despejado, al fondo del manto azul se podían apreciar unos nubarrones densos, que auguraban un chaparrón para la tarde.

Una camioneta de la unidad, se apostó al pie de uno de los helicópteros y el gringo descendió de ella en brazos de un sargento, malhumorado como de costumbre.

El norteamericano se dirigía casi siempre a Villagrán que hablaba inglés correcto.

El viejo Owens gesticulaba, como intentando describir algo gráficamente. El ruido de los motores, se llevaba sus

palabras.

La actividad se desarrollaba más temprano que ayer, el tiempo impredecible les había enseñado, que debían aprovechar al máximo, los cortos espacios de cielo abierto que permitían las operaciones desde el aire.

Los comandos ya estaban en sus lugares y al final, subieron al viejo de barba blanca. Doblaron su silla de ruedas plegable y también la introdujeron en el interior de uno de los pájaros de acero, que batían el aire con sus aspas, como una gigantesca licuadora.

Sánchez y Mera, iban en la cabina de una de las aeronaves. Se habían colocado los grandes auriculares de vuelo y movían los labios, de seguro hablando con el piloto, o conversando entre sí.

Villagrán, utilizó el helicóptero del gringo.

Los Puma, se fueron elevando y giraron, orientando su nariz hacia las montañas. El rotor de cola los puso en curso y partieron.

En instantes, fueron un punto en el cielo.

Guerrero, desde el patio de la Brigada, frente a su oficina, miraba lo que estaba ocurriendo y se disponía a esperar que al final del día le trajesen buenas nuevas.

Cuando todo retornó a la calma y los motores se volvieron un susurro y después nada, el Coronel subió las escaleras hacia su oficina.

Abrió una de sus gaseosas de lata y revisó la prensa del día. Lo mismo de siempre, muertes, accidentes, asaltos. La única diferencia, de los diarios de esos tiempos, era que no se hablaba de paros ni huelgas, perfectamente controlados por la dictadura.

Una vez cerrado el periódico, llamó por teléfono al número de costumbre.

Sonia contestó con voz aburrida.

- Ah, hola. Eres tú.

- Si mi amor ¿Me has extrañado?

- Mmmm... Sí.

- En unos minutos saldré de la oficina y quiero que me esperes.

- Está bien. De paso, traes algo de comer.

- ¿Qué te gustaría?

- Un pollo horneado

- ¿Y dónde voy a conseguir un pollo, antes de las nueve de la mañana?.

- ¡Entonces, no me preguntes qué quiero! ¡Trae lo que te dé la gana!

- Amor, no te enojés... Yo encontraré algo rico que llevarte ¿está bien?

- Sí, sí. Lo que quieras.

Sonia Trejo, había trabajado haciendo un número de *strep tease*, en el *nigth club* El Candil, que quedaba en la carretera de Shell hacia el Puyo. Hace dos años, cuando Guerrero llegó al destacamento, fue a tomar unas copas con otros oficiales.

Sonia inició su acto. De entrada, dirigió atenciones especiales al militar. Había visto las tres estrellas doradas en las palas del uniforme y supo de inmediato, que aquel hombre, era un buen partido.

Se dejó colocar algunos billetes en los ligeros y bajó del escenario, cuando ya estaba totalmente desnuda, se sentó a horcajadas en sus piernas y se frotó simulando sexo.

Guerrero, estaba borracho y decidió, que aquella era la hembra que quería servirse esa noche.

La invitó a compartir la mesa y le sirvió un vodka.

¡Con toronja, por favor! pidió con voz fingida, que pretendía sonar más sensual.

¡Camarero! ¡Jugo de toronja para la dama! ordenó el militar, chasqueando los dedos.

- ¡Gracias guapo!

- Soy el Coronel Guerrero, pero tú puedes decirme Pablo.

-Soy Sonia y estoy a tus órdenes.

Gracias... ¿Pero qué hace una mujer tan linda como tú, en un lugar como éste?, preguntó con esa frase tonta que todas las putas habían escuchado mil veces.

- Esperando que alguien gallardo y buen mozo, como tú, me saque de aquí.

Je, je rió comprometido el oficial.

- Estoy jugando, no te pongas tenso. ¿Qué te parece si vamos a lo que has venido?

¡Vamos! contestó de inmediato el oficial ¡A propósito, cuánto me vas a cobrar!.

- Para ti... ¡Nada!

Sonia agarró al visitante de la camisa y lo llevó a su habitación, al final del pasillo posterior.

El cuarto era de madera pintada en colores chillones y el amoblado elemental; además de la cama, una mesa donde reposaban un cuenco de hierro enlozado, una jofaina con agua, un papel higiénico y un jabón a medio consumir.

En una pared lateral, existía un tubo en el que estaban colgados, unos cuantos vestidos escotados y en el piso, tres pares de zapatos, de tacones muy altos.

Recortes de revistas, decoraban el ambiente, pegados por doquier. Eran los galanes de moda, que actuaban en telenovelas que se veían en la ciudad y que algún día, cuando la televisión llegase al oriente, también serían la fascinación de la audiencia selvática. Jorge Rivero y Andrés García, mostraban su musculatura, desprovistos de camisas. Algunos besos pintados con lápiz labial, posaban en las fotografías, denotando el entusiasmo de la muchacha, por aquellos distantes e imposibles hombretones.

Guerrero, se desnudó enseñando sus miserias. Su barriga fofa le colgaba, casi ocultándole el miembro por completo. Las piernas lampiñas, estaban llenas de celulitis y tenía las uñas de los pies largas como garras. El calzoncillo, parecía el de un pordiosero, lleno de pequeños orificios y el fondillo manchado de amarillo.

Sonia fingió, como lo había hecho en diez años de putería con sus clientes.

¡Vaya! ¡Pero qué hombre! exclamó.

¡Trato de conservarme! baboseó Guerrero, sumiendo el estómago e inflando el pecho.

- ¡Te voy a comer papito!...

La noche fue larga y Sonia logró la mejor actuación de su

vida. De tratarse de una estrella de cine, se habría hecho acreedora a un Oscar.

Al amanecer, el pedido que Sonia había hecho bromeando, fue realidad.

No puedo permitir, que continúes en este lupanar dijo el Coronel al oído de la desnudista-. Busca un pequeño departamento en el Puyo, que yo lo pago.

¡Gracias! Ella le abrazó dando saltos cual si fuese una novia adolescente.

Al poco tiempo llegó desde Quito, la esposa del Coronel, pero él mantuvo el nido de amor en el cercano poblado. Casi no había día en que Guerrero, no realizara una visita a su Sonia como la trataba con aires de propiedad excepto los fines de semana que pertenecían a Ruth, su mujer, y a los niños.

La mujer no sabía que Pablo Guerrero tuviera una amante, pero sospechaba, porque cada vez que lo llamaba a la oficina, él no estaba.

Salió al puyo a realizar unas diligencias decía Mariana, la bobalicona secretaria.

Esa mañana, no pudo encontrar el pollo que Sonia deseaba, pero le llevó jamón enlatado y una botella de vodka, que sabía, era la debilidad de su concubina.

Al llegar, estacionó el carro, en una calle posterior, como precaución permanente y dio la vuelta a la manzana,

para entrar al departamento de su amada.

El jamón fue desdeñado por Sonia, pero no se resistía al vodka finlandés que traía el ejército para sus oficiales y que se los vendía a precios de regalo.

Desde que Guerrero mantenía a la ex prostituta, ella ostentaba una vida de comodidad, con mucama y muebles finos, pero era presa del aburrimiento. Él, celoso, la controlaba y prohibía que saliera sola. Ella por miedo a perder lo que tenía, acataba con poca gana, lo que el Coronel disponía. Su única diversión era libar. Se había vuelto alcohólica y necesitaba beber al menos una botella al día.

Guerrero estaba tan tensionado por la búsqueda y la ineptitud de sus tres oficiales más íntimos, que decidió acompañar a Sonia con su vodka.

Un vaso y otro. Y otro...

Pronto acabaron el licor, enviando a la sirvienta por otra botella, así no fuera de la misma marca.

Sonia, ya no soportaba a Guerrero, pero era preferible tomar con él que beber sola.

Hicieron el amor, sin mayor empeño y se quedaron dormidos. Cuando Pablo Guerrero, despertó, el cuarto estaba completamente a oscuras.

Saltó de la cama y se vistió encontrando su ropa a tuestas. Se puso el pantalón y salió sin despertar a su amiguita,

que estaba desparramada sobre el lecho, completamente ebria.

Se le había hecho demasiado tarde y no tenía excusa, para justificarse en casa.

En veinte minutos, estuvo en Shell otra vez. Mera, Sánchez y Villagrán, que habían retornado de la misión, le habían buscado afanosamente.

Ruth, en su auto, seguía recorriendo todo el campamento de extremo a extremo, en pos del esposo desaparecido.

Cuando el comandante entraba al recinto militar, se encontró frente a frente con el auto de su mujer, que paró en seco.

Ella bajó, para reclamarle airada.

- ¿Dónde diablos te has metido infeliz?

- Discúlpame mi reina. Estuve en el Puyo y el alcalde de la ciudad, me invitó unos tragos. Soy mal bebedor, tú lo sabes, y me quedé dormido. El anfitrión no quiso despertarme, para que me repusiera, pero se le fue la mano. ¡No podía rechazar la invitación de Rafael Trujillo! ¡Es uno de los mejores colaboradores del régimen!

Ruth, le conminó con los ojos, a que le dijera la verdad; pero él se mantuvo a rajatabla. Ella terminó cediendo y prefirió creer en la explicación.

Estaban estacionados los dos autos en el acceso de la Brigada y en un jeep llegaron sus oficiales.

- Señor, lo estuvimos buscando...

- ¡Sin darse vueltas! ¿Tuvieron resultados o no?.
No mi Coronel, no encontramos nada.

- Lo sabía... Me ratifico, son unos ineptos; pero de eso hablaremos mañana, debo irme.

Los tres se cuadraron al mismo tiempo y el coronel se despidió moviendo apenas la mano y sin decir más palabras.

Al llegar a casa bebió mucha agua. Tenía una resaca insoportable. Comió apenas e invitó a Ruth, para que se acostaran pronto.

Ella se sentó en el borde de la cama, para sacarse el maquillaje y Pablo Guerrero comenzó a desvestirse.

De pronto Ruth, lanzó un alarido y un florero del velador, fue a parar a la cabeza del coronel, estallando.

Al vestirse en la oscuridad, se había colocado un calzón de Sonia, que tenía una gran rosa al frente, como decoración.

El mismo se lo había comprado.

Antes de caer desmayado por el impacto recibido, alcanzó a mirar la singular braga, que no le lucía tan mal.



CAPÍTULO
8

Rodrigo Vela, llegó a su pieza un poco tarde después del trabajo y Owens, estaba tomando el fresco en su silla.

Parecía esperarlo.

¿Creo que dejamos algo pendiente? dijo mirando al militar.

- Si, usted estaba muy cansado y el sueño le venció.

- Así es, tuve un día agotador, al igual que hoy.

- ¿Si quiere, lo dejamos para mañana?

- Hoy no me dormiré, descuide.

- Le parece si nos quedamos aquí, la noche está agradable y corre brisa.

- Tiene razón.

- ¿Por qué no saca una silla?

Lo haré. En un momento estoy con usted ¡No se vaya a dormir! bromeó Rodrigo. El gringo intentó sonreír.

Vela volvió de inmediato con la silla. La acomodó frente al aparato ortopédico de Richard, para que pudieran verse la cara.

El viejo, comenzó a hablar, tratando de recordar el lugar preciso en el que se había detenido su narración.

Le decía, que pude leer un libro de Herbas el investigador español, en casa de los Taylor. Bueno... quedé hipnotizado. El tesoro de los Incas, era más grande de lo que un hombre había soñado jamás. ¿Se lo imagina?

- Sinceramente, no.

- Yo le daré una idea. Solo al desmontar de ornamentos el Templo del Sol, en el Cuzco, se extrajeron ¡200 cargas de oro! ¡Fueron 700 planchas de una anchura de entre 25 y treinta centímetros! ¡Todo para pagar el rescate pactado por los españoles para soltar a su prisionero Atahualpa, el último rey del Tahuantinsuyo!

- Las historias de los Incas, no las he vuelto a leer, desde que estuve en la escuela primaria y mis únicos recuerdos sobre el tema, son sobre la oferta de un cuarto lleno de riquezas...

Eso era una pequeña parte del oro que poseía el

imperio Inca. Le refrescaré la memoria, contándole los acontecimientos... Los conquistadores españoles habían dejado Panamá, escuchando las leyendas que hablaban de un reino de grandes riquezas, que estaba al sur. Francisco Pizarro emprendió la aventura, con el ánimo de apropiarse de todas las enormes cantidades de oro, que le habían contado, estaban allí... ¡Esperándole!.

Pizarro se adentró en el Perú, justamente en la época en que el Tahuantinsuyo, el enorme territorio incásico, se encontraba en una guerra fratricida, para definir en qué manos quedaba el poder total de esa vasta heredad...

Huáscar, fue vencido por su hermano Atahualpa, hijo natural de Huayna Capac, que había muerto cuatro años antes. Las tribus de Quito, apoyaban al segundo, mientras que los cuzqueños y las congregaciones del sur, eran leales al legítimo soberano, Huáscar.

Corría el año de 1532 y el vencedor de la guerra entre hermanos, consolidaba su poder, arrasando a las etnias y pueblos, que no estuvieran de acuerdo, con su mandato...

Pizarro logró tomar contacto con el emperador en Cajamarca, lugar al que el monarca iba para realizar un ritual de ayuno y descansar en las termas del lugar, conocido como los Baños del Inca.

El lugar era un hermoso valle de 25 kilómetros de largo, por 15 de ancho, lleno de canales de riego. El pueblo de Cajamarca era pequeño, pero se veía en esa ocasión aumentado, por la multitud, de tiendas, que utilizaban los ejércitos de Atahualpa, que lo acompañaban.

Pizarro, envió como adelantados a Hernando de Soto y su hermano, también llamado Hernando, Hernando Pizarro. Con alrededor de 35 jinetes, se aproximaron al Inca, que los recibió impertérrito. Ellos a través del traductor, al que habían llamado Felipillo, indicaron que su Señor, don Francisco Pizarro, quería entrevistarse con él.

El Inca, que no respondía directamente, lo hizo a través de uno de los suyos, indicando, que en cuanto terminara el ayuno que había iniciado, recibiría al español.

Los ibéricos apenas sumaban 180 hombres, pero tenían la ventaja de las armas de fuego, que los naturales desconocían y la movilidad de sus caballos, que no existían en América.

El cura dominico Vicente Valverde, había leído ante el Señor de los Incas, una aceptación de la soberanía de los Reyes de España, Biblia en mano, la misma que Atahualpa lanza contra el suelo, al no entender su significado. El dios vivo que el monarca conocía, era el sol o Inti, que hacía germinar la tierra; y no un dios silente, contenido en un puñado de papeles.

La experiencia vivida por Valverde, que considera una herejía la actuación de Atahualpa, ayuda a la rápida determinación de Pizarro, de tomar prisionero al supremo señor de esos confines.

Los Incas eran aproximadamente 50.000 y dice la historia que fueron al encuentro con sus futuros captosres,

desarmados. Hay por supuesto quienes afirman, que el ejército indígena llevaba porras, mazas y macanas, escondidas, para un eventual combate.

Lo cierto es que, al disparo del falconete de Gandía. Se inició la batalla. Pizarro, con la espada desenvainada y su capa enrollada en el brazo izquierdo, se fue al ataque.

El Inca iba en andas, transportado por los orejones, nobles del reino, que tenían ese privilegio.

Los caballos y los arcabuces penetraron con facilidad entre la marea de naturales, muchos de los cuales huían despavoridos, al retumbar de la pólvora y el sonar de los cascabeles, que los peninsulares habían colocado en sus armaduras.

Pizarro tomó de los ropajes al soberano y lo lanzó al suelo, cubriéndolo con su propio cuerpo, para evitar que muriera en la refriega. El español, resultó herido en una mano, en el fragor de la lid, pero a la postre, pudo tomar prisionero a Atahualpa.

Es muy interesante... Debo decirle, que es una versión algo diferente de la que nos enseñaron en la escuela, allí nos decían que Atahualpa, con sobra de motivos, atacó a su traicionero hermano Huáscar.

Bueno... La historia tiene mil formas de ser contada. Cada nación, la va moldeando de acuerdo a sus intereses.

- ¡Pero debería haber una sola historia!

- ¡La hay! Pero se debe salir fuera del propio país, para leerla. Aun así, los transcriptores de los hechos originales, siempre imprimen su propio sello. Es justo que los estados, quieran un pasado lleno de triunfos y de glorias, pero es injusto que para lograrlo, oculten la verdad.

Es verdad analizó vela con la mano en la quijada y gesto pensativo. ¿Podría seguir, por favor?.

Decía que el Inca, fue capturado. Atahualpa era hombre perceptivo y sin demora se dio cuenta de que los españoles valoraban el oro por sobre todas las cosas, de forma que les ofreció el rescate del que tanto se ha hablado.

- ¿El cuarto de oro?

Sí. Uno del tamaño, en el que estaba detenido. Alrededor de 5.2 metros de ancho, por 6.7 metros de largo, y la altitud: a donde llegaran los dedos del Inca, con los brazos extendidos y en puntillas. A ese nivel, se trazó una línea roja. Aproximadamente a 2.75 metros del suelo; el soberano debió tener buena estatura. El plazo para llenar la habitación era de 40 días y además debía colmarse un cuarto contiguo, más pequeño ¡De plata! Y por dos ocasiones.

Atahualpa ofreció la recompensa, también como una forma de poner de su lado a los españoles, dándoles suficientes tesoros para calmar su codicia. Yo pienso, que el Inca en un principio, tuvo la idea de utilizar a los

europesos como un arma, para aplacar a quienes fueran aún, seguidores de Huáscar; pero la muerte de éste, ahogado, fue el desencadenante de su propia fatalidad...

Es importante darse cuenta, que los conquistadores, pretendían constituir a Atahualpa en un escudo, una garantía de supervivencia y mantenerlo como un emperador-cautivo. Por eso, si bien no podía salir del recinto de su confinamiento, no estaba encadenado y tenía la oportunidad de rodearse de sus esposas predilectas y de los hombres de confianza de su séquito.

Él conservaba en prisión, su condición de monarca. Los ibérico, estaban conscientes de la divinidad, que su gente le atribuía y por lo tanto, aun recluido, sus palabras eran ley para sus leales.

Atahualpa, pensando que si él moría, Huáscar, sería entronizado, lo mandó a matar. Ese fue su gran error. El juicio que se le seguiría más adelante y que terminaría con su propia muerte, fue precisamente por el crimen de sus dos hermanos, Huáscar y Atoc.

El insidioso Felipillo, quien había tenido que devolver una hermana del Inca, que tomó como manceba, tuvo mucho que ver en la sentencia, al igual que la posición inquisitorial de Valverde.

Atahualpa se convirtió a la fe católica, con el nombre de Juan Francisco, para evitar ser quemado, lo que para sus creencias era inadmisibile. La pena fue conmutada por la de estrangulación, que los conquistadores llamaban del

garrote vil.

El cuerpo del soberano es llevado a Liribamba, donde se lo sepulta con todos los honores, en un lugar secreto, que los blancos y barbados, no pudieran profanar.

Rumiñahui, medio hermano del monarca condenado, pues era hijo de Huaynacapac con una hija de Ati Panzaleo; ordena ocultar los grandes tesoros del incario, mientras él trataba de hacerse con el poder. Incluso manda a eliminar a Quilliscacha, hijo también de su padre y a fabricar una runantilla, un tambor con sus restos, de modo que el tórax y el estómago del cadáver fueran, el parche del instrumento y sus brazos y piernas colgasen a los costados. Esto nos muestra la crueldad, con que se procedía en aquella época y las formas de escarmiento, particularmente macabras, que se llegaban a utilizar.

Rumiñahui, es capturado por casualidad a mediados del 1534 por un soldado de infantería, llamado Miguel de la Chica, con la ayuda de otro apellidado Valle, que lucharon cuerpo a cuerpo, para aprehender al general.

Pese a las torturas a las que fue sometido, Rumiñahui se negó a confesar el destino del oro de los Incas.

Los españoles, que ya contaban con los refuerzos traídos por Almagro, peinaron todos los lugares, en los que pudiera estar esa riqueza infinita, sin resultado alguno.

Comenzaba la leyenda y yo debía probar que era cierta.

- ¿Y era en realidad, lo que se contaba?
- Usted mismo podrá juzgar amigo Vela...
- Prosiga entonces, Richard.

Subyugado, por la atracción magnética de esa lectura, en casa de los Taylor, me informé cuanto pude sobre el tema, a lo largo de los años y mientras emprendía otras empresas, más pequeñas. Leía, leía y leía.

- Eso es evidente, sus conocimientos son impresionantes...

Así, revisé los textos del Inca Garcilaso de la Vega, los de Jijón, e incluso obras menos doctas y algo especulativas. Todas, me permitieron trazar la ruta que debió haber seguido el tesoro y analizar los posibles lugares donde se pudiera haber dado el ocultamiento de las riquezas. Vine a Ecuador y personalmente recorrí las rutas del incario, pero la vastedad de sus territorios, hacían humanamente imposible efectuar un rastreo milimétrico.

Debí escuchar las voces de la tradición oral. Para algunos, el oro estaba en una laguna de los altos Andes. Hice exploraciones sin resultado. Otra opción eran los colosales Llanganates. Sus vericuetos, fronda, cuevas y niebla espesa podían dar albergue a cualquier secreto. Sus quebradas, sus riscos, sus paredes afiladas. Cada espacio, era un escondite potencial. Así lo aseguraba José de Herbas, en El Tesoro de los Incas.

Los indios del Chimborazo, los Salasacas, los mismos Cañaris. Tenían un punto de coincidencia, sus tradiciones, mitos y leyendas, hablaban del gran tesoro y de su morada, allí en lo alto de las montañas, precisamente en los Llanganates. ¿Pura coincidencia? Yo supuse que no.

Se puso a pensar alguna vez, que buscar oro en esos inclementes parajes era una tarea de titanes y con la probabilidad de que, el mentado tesoro ¡ni siquiera existiese!.

Claro, que lo había pensado. Un millón de veces; pero mi instinto aventurero me reclamaba. Era como buscar Shangri. La, o los restos de la Atlántida. No era la primera vez que corría tras de una simple ilusión.

- ¿Y su familia?

- Nunca tuve familia. No me casé. Soy un poco misógino ¿sabe? No me avengo a vivir con una mujer. Los hijos, me hubieran anclado y estuviera muerto en vida.

- ¿No lo está ya?

- ¿Porque soy paralítico?... No señor. ¿Porque no hablo con frecuencia?... Tampoco. ¡Tengo mi propio mundo interior, en él planifico, detallo, preparo!... Tengo en mi cabeza, cien búsquedas que realizar. Mis piernas atrofiadas, son un impedimento reciente, pero no significan imposibilidad. ¡No soy un hombre desvalido y en la miseria! Escribo sobre mis

experiencias, para muchos periódicos del mundo. Eso me permite costear mis viajes y tener algunos fondos, para casos de emergencia. ¡Soy menos inútil que hombres con todas sus facultades, que se dan por vencidos, ante insignificancias!

- No quería ofenderle, fue un comentario que se me vino a...

- Ya nada puede ofenderme interrumpió el viejo de barba. Lo que usted dijo, es la opinión de la mayoría... Piensan que soy un ser detestable, hermético, místico, hosco... ¿Quizás es un escudo, para no dejarme ver? ¿Para voluntariamente ocultarme y no tener trato con nadie?... He sido traicionado muchas veces. Yo era alegre, bullicioso, conversador. ¡Cómo usted!... No podría serlo ahora, es más, no sé por qué le estoy contando parte de mi intimidad... Debe haberme inspirado confianza.

- Richard, yo lo estimo. No veo en usted a un monstruo. Veo a un ser herido, lastimado... ¡Déjeme ser su amigo! Puede no contarme su historia, eso no es importante. Estoy solo también y me consuela saber que hay junto a mi puerta, alguien con quien contar. Yo al igual que usted tengo amarguras que me acompañan... Quedé huérfano de madre cuando tenía dos años. Me entregaron en manos de mi padre, que nunca se casó con la que me trajo al mundo. Se puede decir que no la conocí. Era muy pequeño, para recordarla.

- Él, mi padre, ya tenía una vida hecha y un matrimonio, mi presencia fue un estorbo y prefirió dejarme en manos de una tía que no había tenido hijos. Ella me educó y me permitió tener una familia, aunque su esposo siempre fuera distante y poco conforme conmigo.

- Nunca supe lo que era un regalo de Navidad o un juguete para mí sólo. La única vez que tuve una pelota, la felicidad duró poco, porque fue a dar en un sumidero destapado y no pude recuperarla. Esa noche lloré como jamás lo había hecho.

- No tenía a quién contarle mis problemas, mis necesidades. Las empleadas de casa, eran las que me prestaban oídos. Cuando crecí decidí no volver a llorar, ni ponerme triste. Ahora, siempre tengo una sonrisa a flor de labios, una frase graciosa. Tal vez todo sea maquillaje y muy dentro de mí todavía permanezca aquel niño triste, recordando...

- ¡Vamos Rodrigo! ¡Un atormentado basta! No seamos los dos quienes caigamos en las redes de la nostalgia.

¡Estoy de acuerdo!... ¡Volvamos a los Llanganates! - dijo el militar, recomponiéndose y mostrando de golpe la sonrisa habitual.

Bien... Yo estaba convencido de que seguía la pista correcta. Contraté gente de Ambato, de Pelileo, de Salcedo. Los mejores conocedores de la montaña. Traje de Estados Unidos, el más sofisticado equipo disponible,

carpas, mochilas, cocinas de campaña; cuanto usted se pueda imaginar. Iba dispuesto a pasar meses si era necesario, sin salir de ese lugar. Dispondría de vehículos estratégicamente localizados, para que mis hombres renovaran las provisiones cuando hiciera falta. Mantendría comunicación por radio y contaríamos con ayuda médica para urgencias.

El camino fue arduo, pero llegamos. Ni siquiera los que me acompañaban, creían en mí.

Tres semanas registramos las lagunas del sector, descendimos a los abismos encañonados.

¡Ni un gramo de oro!

Estábamos en una cota bastante baja. Intentaríamos en las cumbres y picos. Se hablaba del Cráter de Cerro Hermoso con sus 4571 de diámetro y el enorme ojo de agua que en él se ha formado; pero yo lo había descartado por obvio y Rumiñahui era un general astuto y visionario.

Debíamos estar preparados porque en las cumbres orientales y por las noches la temperatura podía llegar a -20 grados centígrados.

Al cuarto día del ascenso, establecimos un campamento provisional de altura, para guardarnos de una ventisca que no cesaba. El granizo disparado a gran velocidad por el viento, hería como dardo gélido que inclemente golpeaba el rostro, la cabeza, todo. El frío y la altitud minan tremendamente la resistencia y un paso parecía

un kilómetro. Necesitábamos descansar. Preparamos comida. Los frijoles de lata, allí en medio de la nada, sabían a gloria. Cada bocado se disfrutaba como si fuese el último. Luego unos sorbos de whiskey, calentaban el estómago y lo aliviaban de un dolor punzante que parecía querer perforarlo. Dormimos allí y al amanecer estaba despejado. El sol hacía del rocío pegado a la vegetación agreste, un espejo que devolvía chispas de luz. Me aventuré a caminar solo; unos cuantos metros. Sin darme cuenta resbalé y descendí dando tumbos, por un tiempo indeterminado. Quedé algo aturdido, debo haber perdido el sentido y cuando desperté, fui moviéndome y escalando conforme mi maltrecho estado me lo permitía, para tratar de retornar al campamento. Una niebla cegadora en pocos momentos lo envolvió todo, seguí caminando a tientas, así era en aquel lugar que pasaba de un cielo despejado a uno encapotado o a esa niebla quieta, silenciosa y funesta que cegaba completamente. Varias horas después supe con absoluta claridad que estaba absolutamente perdido. Nada en los alrededores me era familiar. No podía determinar un solo punto de referencia.

Al rodar, mi radio se había desprendido del cinturón y no pude localizarla. Llevaba únicamente una linterna en uno de los bolsillos de la campera de montaña, un pedazo de cuerda y unas gafas de sol que ese momento eran inservibles.

Escuché un ruido, como el de la creciente de un río pedregoso y muy cerca de mí pasó una avalancha de rocas de mediana proporción. Alcé la vista, para ubicar

de dónde había venido el desprendimiento y ¡allí estaba! Una oscuridad oscura; algo así como una cueva que la naturaleza había develado luego del deslizamiento.

Utilicé toda mi fuerza para escalar hacia el sitio. Resbalé en varias ocasiones, pero seguí intentando, hasta que pude afirmarme en un rellano, que se encontraba frente a la negra abertura.

Di dos pasos con temor y estaba en el dintel, de esa boca abierta, como las fauces de un chacal hambriento.

Recordé la linterna...

La encendí.

Un cono de luz tenue bañó las paredes de roca.

¡Piedra, nada más que piedra!

Me adentré, ocho, diez pasos más. La cueva, parecía proseguir dando una curva.

Pisé con precaución.

Mis pasos se sentían como los de un filme en cámara lenta.

Seguí la curvatura del túnel

La salida y su haz de luz, habían dejado de verse.

Un miedo cerval hizo que se me electrice el cuerpo.

Desprendía estática, podía sentirse en la ropa.

Unas gradas, invitaban a un nivel inferior.

¡Esto había sido construido por el hombre o adecuado por él!

¿Me faltaría el aire? pensé. ¿Debía bajar?

Llevaba casi treinta años con mi sueño de los Llanganates incrustado en las neuronas y en la médula. No era el momento de dejarme vencer por un temor infantil a la negritud de la cueva y sus insondables misterios.

El monte, me llamaba a sus entrañas.

¡Bajé!.

Me temblaban las piernas.

Uno...

Dos...

Tres...

Los escalones, parecían no tener fin.
Se podía percibir un aroma de siglos.

Fantasmas del pasado, no dejaban de suspirar a mis

espaldas.

El aire escaseaba.

Los latidos de mi corazón, se aceleraron.

Pum, pum, pum.

Podía escucharlos al igual que mi respiración pesada.

No hubo más escalones, caminé en plano.

La luz de mi linterna, aclaró de modo mínimo el enorme recinto.

- ¡Creí desmayarme!

- ¡No podía ser!

- ¡Oh, Dios mío!

- ¡Esto es...!

Vela se preocupó cuando el gringo, llevó la mano a su pecho. En el rostro tenía una mueca de dolor.

Al contar su historia, pareció vivir de nuevo los acontecimientos de aquel día.

Una agitación sin nombre, se apoderó de su cuerpo de piernas inservibles.

Jadeaba.

El oficial, compartía la emoción llevado por el hilo de la crónica. El suspenso le corroía las venas. Luego, la preocupación, al ver a Owens, presionándose con las palmas el corazón, le hizo saltar como una cimbra de su asiento.

- ¡Richard! ¿Qué le sucede?

Nada... Estoy bien decía manteniendo ese rictus en la cara.

- ¡Vamos, lo llevaré al médico!

¡No! Siempre sucede, cuando me exalto. Descansaré unos minutos y todo va a estar bien.

El norteamericano, dio la impresión de serenarse. Aspiró profundo y fue soltando el aire por la boca, casi emitiendo un silbido.

- ¡Vela!

- ¿Sí?

- Un trago por favor... Allí, en mi cuarto.

Rodrigo, volvió con un vaso a medio llenar de aguardiente puro que perfumó con efluvios de caña todo el aposento. El gringo lo engulló como agua. Daba la impresión de ser un legionario sediento en el Sahara.

¡Ahhhhh! se le escuchó!. Ya estoy mejor!

Eso me alegra mucho respondió Vela, recuperando la calma.

El trago es buen remedio para el corazón, comentó el viejo.

Me parece que debe descansar, sugirió el militar y el gringo sintió como si un hijo se lo hubiera dicho.

Hasta mañana Rodrigo -se despidió sin más comentarios; pero sabiendo que había dejado al capitán, ansioso por escuchar la continuación de la historia.

- Hasta mañana Richard. ¡Cuídese!

Owens le guiñó un ojo y entró a su cuarto, empujando con sus manos las ruedas de la silla.

Vela se retiró también. La curiosidad lo mordía con sus dientes afilados.

¿Qué sucedió en aquella cueva? se fue pensando ¿Qué sucedió?.

Ya en su cuarto, la intriga no lo dejaba dormir. Tal vez algo de ejercicio le ayudaría a conciliar el sueño.

Mientras vestía la sudadera, siguió maquinando.

¿Por qué perdió las piernas? ¿Qué le ocurrió?.



CAPÍTULO
9

Cuando Guerrero se recuperó del proyectil lanzado por su esposa. Las maletas estaban listas.

Dos samsonites, en la puerta, con los uniformes, la ropa civil y útiles de aseo.

Ruth, no daba muestras de dolor, como hubiera sido de esperarse. Su gesto era frío y una luz de determinación brillaba en sus ojos. Tenía los puños cerrados, tanto que se lastimaba con sus propias y largas uñas pintadas de rojo claro.

Guerrero se levantó y volvió a mirar.

¡Horror de horrores! El calzón delator seguía en el mismo lugar, conteniendo sus genitales pequeños. El aplique ornamental en forma de rosa se mecía con el aire del ventilador.

Ruth daba vueltas por la sala, con las manos tomadas en

la parte baja de la espalda. Hablaba sola.

¡Que se ha creído este sátiro! ¡Llegar así al hogar! ¡ Sin respeto ni por su mujer, ni por sus hijos!... ¡Quiero que se vaya inmediatamente de esta casa! ¡No deseo verle la cara un día más! ¡Toda la Brigada, se va a enterar de la clase de cerdo que es este infeliz! ¡Claro, tiene plata para desperdiciar en la calle! ¡Alguna zorra debe ser la que se acuesta con éste perro inmundo! ¡Qué otra va a soportar a un amante tan malo? ¡Tiene que ser una puta!...

Guerrero salió de la habitación, se había cambiado y vestía un pantalón de lino gris, con camisa celeste de mangas cortas.

Iba ensayando qué decir. En realidad, no sería fácil. Ruth tenía un carácter violento y fácilmente llegaba a los excesos. Muchas veces sin tener motivos reales, para celar a su marido, la fogosa y temperamental rubia tinturada, había armado escándalos de antología.

Pablo recordaba con toda claridad, la época en que aún era Capitán y trabajaba en Quito, en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Él vivía en la calle posterior a esa institución, precisamente frente a las canchas de fútbol del lugar.

En días festivos, la familia Guerrero salía al balcón de su departamento y desde allí podían observar las ceremonias de los campeonatos internos de fútbol que se desarrollaban en ese escenario, así como los partidos importantes.

Esa ocasión se jugaba una final. Ruth, discutía con su esposo, por haberlo encontrado conversando con una vecina. Ella había salido del baño, cubierta con una toalla y él para evitar la pelea bajó a la calle a encender un cigarrillo. Ruth, fue al balcón para continuar su andanada de insultos. Levantando las manos y con poses, daba énfasis a sus palabras. Sin poder hacer nada, la toalla que la cubría, cayó al suelo y quedó desnuda, frente a mil personas que asistían al partido.

En la cancha, a nadie le importó el destino del balón y hasta el árbitro boquiabierto, dirigió sus incrédulos ojos al balcón del Capitán Guerrero.

Muchos aplaudían y silbaban. Ruth, no era una mujer fea, aunque sí un poco pasada de peso. Sus grandes y blancos senos se bambolearon por varios segundos y la abundante velloidad de su sexo, proclamaba al mundo su libertad momentánea.

Ella quedó petrificada, al sentir la caída de su única protección y mil ojos entre sus piernas. Tardó en reaccionar. La vergüenza era tal, que no pudo agacharse a recoger el género salvador. Prefirió dar media vuelta y dejar que sus nalgas níveas y macilentas se exhibieran, para luego perderse rauda en el interior de su morada.

Al oficial le resultaba imposible dar un paso por el recinto militar o el vecindario, sin que sintiera que aun sin oírlos los comentarios se referían al incidente. Pasó a ser el objeto de burla y su mujer el símbolo con el que cientos de concriptos se masturbaban.

Guerrero se vio obligado a pedir el traslado a otra unidad.

Si, eso sucedió, sin causa justa. Ahora, la cuestión se veía venir extrema.

¡Mi amor, quiero explicarte! intentó argumentar Guerrero.

¡No me vas a explicar nada, maldito! ¡En este instante, te vas! ¡Y no permitiré que te lleves el auto, sentenció, tomando las llaves que arrojó desde la puerta de servicio a los matorrales del patio trasero- ¡Quiero que todo el campamento te vea! ¡Ojalá que les respondas que esto te sucedió por usar ropa interior de mujer!

- ¡Mi vida, yo soy el comandante! ¡Qué dirán de mí!
¿Con qué autoridad, daré órdenes mañana?

- ¡Eso a mí me importa un rábano! ¡Tú cambiaste el hogar y la familia, por cualquier putita alegre! ¡Vete con ella! ¡Fuera!

Guerrero comprendió que no obtendría nada queriendo dialogar con ella esa noche.

Debía dejar que todo retorne a su cauce y al día siguiente, hablaría, cuando el furor del momento, se hubiera sosegado.

Pablo intentó buscar en medio de la maleza las llaves que su mujer lanzara, pero al verla salir con una sartén en alto, prefirió tomar las maletas y caminar aprisa.

Sabía de lo que era capaz.

La casa, quedaba lejos del pueblo. Dentro del campamento militar, las residencias de los oficiales casados, se hallaban al final de esos predios.

Podía ir a donde cualquiera de sus hombres, pero ¿qué les diría?

Sería mejor para él remontar los dos kilómetros que lo separaba de la población y de allí, contratar un auto que lo lleve al Puyo, a casa de Sonia.

Al avanzar, algunos de los vehículos de sus compañeros de Brigada, pasaron. Cada vez que veía las luces de un carro, se escondía en cualquier lugar en el que no pudiesen atisbarlo. Pasó el casino de oficiales, quiso llamar al conscripto de turno, pero fue imposible. Varios hombres comían a esa hora y no deseaba ser el hazmerreír de un subalterno.

Continuó y cruzó el campo de aviación, que a esa hora, estaba muy oscuro. Era cobarde y tuvo miedo de las historias de espectros y aparecidos, que contaban por doquier.

Se le vinieron a la cabeza los cuentos que Sonia, muy crédula y supersticiosa, le relataba.

El del aviador accidentado que vagaba por las noches, con el uniforme desgarrado, el cráneo ya sin piel y con gusanos saliendo de las cuencas, era uno de los que más temor le generaban, al hallarse en el aeropuerto desierto

y lúgubre.

También el del militar traicionado por su mujer que mató a sus dos hijos pequeños con su pistola de dotación, le produjo escalofríos. Entre las sombras creyó ver una silueta humana, arrastrando con la mano dos criaturas muertas.

Comenzó a caminar más rápido.

Cuando pensó en Eva Garza, queriéndole besar con su rostro cadavérico, no pudo más y empezó a correr, dejando sus maletas atrás.

En su memoria se repetía esa mañana, en la que Eva, no había querido ejecutar su danza y él molesto, le descerrajara un balazo certero en el vientre que se la llevó.

Alguna gente creía que un teniente, que por casualidad salió de Shell, aquel nefasto día, fue el culpable. No. Pablo Guerrero había pagado una buena cantidad a Filomena, la dueña de la pensión, para que propagara el rumor erróneo. Había otros, que sabían a ciencia cierta quién fue el asesino, pero callaron.

Ahora Eva parecía perseguirle, para cobrar una cuenta pendiente.

Guerrero no dejaba de correr.

Sentía pasos tras de sí.

Las pisadas se aproximaban.

Estaban cada vez más cerca.

Una mano pesada y siniestra, le tocó el hombro.

Él creyó morir.

Las pupilas se le dilataron por el terror y miró a la figura, que venía por su alma.

Era Rodrigo Vela, que había salido a trotar con su sudadera roja y amarilla.

¡Buenas noches mi coronel! saludó ¿Haciendo un poco de ejercicio? ¡Que bien, yo igual! Con permiso, sigo con mi rutina ¡Buenas noches!

El Comandante, no pudo pronunciar palabra y se quedó ahí, convertido en una estatua. Cuando recuperó la respiración, se había orinado en los pantalones y un charco amarillo mojaba sus zapatos.

Llegó a hurtadillas a su oficina a la salida del campamento. Al otro lado del portón estaba el pueblo, de donde se oía venir la música potente que hacían sonar en las cantinas.

Una mancha oscura le cubría de la ingle a la rodilla. Dio pasos acelerados y cruzó a un lado del centinela, sin prestar atención a sus palabras de bienvenida.

Subió las escaleras de dos en dos y se dio cuenta de que no tenía la llave. Al cambiarse de pantalón, lo había

dejado todo.

Enseguida, entendió, que tampoco podría ir al Puyo, no llevaba un centavo.

Volvió al lugar del centinela nocturno y preguntó.

- ¿Qué oficial está de guardia?

Mi teniente Rocha, mi coronel, respondió cuadrándose.

- ¿Está en la habitación que le corresponde, cuando se encuentra en turno de vigilancia?

- No señor, está comiendo en el casino y regresa en media hora.

- Cuando lo vea, dígame que queda relevado, que su comandante ocupará por hoy la pieza del oficial de guardia.

- ¡A su orden, mi coronel!

La litera de una plaza era incómoda y sonaba. Los mosquitos daban vueltas esperando una víctima y la encontraron.

Al amanecer, las piernas flácidas de Guerrero, estaban ampolladas y deformes.

Un soldado afuera tocaba la diana para levantar a la tropa y en las grandes ojeras del coronel meón, se reflejaba la penuria pasada.

Sobre una silla, el pantalón inundaba el ambiente, con el



CAPÍTULO
10

fétido olor de la orina.

Sé muy bien que no es de mi incumbencia mi coronel, pero se ve muy mal esta mañana opinó Mera, rascándose la quijada.

Mire Demóstenes, los convoqué anoche, para que hiciéramos un análisis de resultados, de la misión y no para que usted, venga a decirme algo que yo sé de sobra. ¿Acaso me preocupo por su horrible forma de vestir los fines de semana, por sus camisas floreadas y sus pantalones que ofenden la vista...? No ¿verdad? ¡Entonces, deje usted de inquietarse por mí apariencia física y dígame si tenemos alguna esperanza al menos, de poder ubicar el blanco! sermoneó alterado Guerrero.

No, mi Comandante. El gringo nos ha hecho descender en al menos diez lugares diferentes, diciéndonos que ese era el sitio. Nuestros hombres, han escalado, descendido y buscado en, cada metro cuadrado de los posibles enclaves del objetivo; pero los resultados han sido los mismos: ¡nada! explicó Mera, invadido por el olor que le hizo dar un paso atrás.

Y a usted, que le pasa, actúa como si oliera a mierda-recriminó el jefe.

Señor... Algo apesta, precisamente, por su escritorio, expuso el Mayor.

¡Yo no huelo nada! afirmó Guerrero, al haberse acostumbrado por saturación, a tan desagradable

experiencia olfativa ¿Dígame a que huele usted?

- Parece que un zorrillo se hubiera orinado, señor. Guerrero se tocó el pantalón, y con su pulgar y su índice, pellizcó el género. Se llevó los dedos a la nariz y detectó la pestilencia que había olvidado.

¡Je, je! rió nervioso. Lo que pasa es que tuve una pelea con mi mujer. Ustedes saben, un hombre tiene que ser el que da las órdenes en el hogar. Yo no aguanto reclamos ni recriminaciones y le dije, que me iba. Este momento, debe estar sufriendo desconsolada y preguntándose dónde estoy. Era tiempo de darle una lección. Vine a las oficinas de la Brigada y dormí en el cuarto del oficial de guardia, al asentar mi ropa en la silla del aposento, parece que entró un animal y se orinó sobre ella dio detalles el Coronel, justificándose ante los presentes.

¿Y por qué no trajo ropa de su casa mi Comandante? ¡Al menos los uniformes, debió sacar! intervino Sánchez.

Tuve tanta furia, que salí como me ven, sin nada detalló el alto oficial, dentro de su falsa historia- ¡No podía dar pie atrás y regresar por mis cosas! ¡Un hombre, cuando se va, se va!

Ese momento sonó la puerta. Era la secretaria de Guerrero.

Señor, le busca el concripto que reparte la correspondencia en el campamento. Dice que es urgente.

De seguro alguna carta importante que le pidieron que sólo entregara en mis manos comentó mirando a todos, el Coronel. ¡Hágalo pasar!...

El recluta menudo y de grandes orejas, que lo hacían parecer Dwarf, el enano de Blancanieves, entró saludando militarmente, con un uniforme que le quedaba muy grande.

Mi Coronel, en mi recorrido matutino y cerca de la pista de aviación, he encontrado dos maletas, que tienen un membrete que lleva escrito: Coronel Pablo Guerrero, estaban junto a unos matorrales a la vera del camino. Como tenían su nombre, se las he traído y están aquí afuera. ¿Dónde las dejo?.

¿Maletas mías? desentendió a propósito el aludido
¿Habrá sido esta desgraciada de mi mujer, la que dolida por que me fui, ha mandado lanzar mis pertenencias...
¿Dime, son unas Samsonite.

No mi Coronel ¡son unas maletas! replicó orondo el joven de verde.

Déjalas afuera ¡so bruto!, mi secretaria se encargará. De cualquier manera, ¡gracias!

- De nada mi coronel.

Los oficiales reunidos con su jefe, se miraron entre sí, comunicándose mentalmente, el hecho de que no habían creído ni una palabra de lo dicho por Guerrero. Lo de las maletas, no tenía explicación, pero conocían a la esposa

del jefe y sabían que era capaz de todo, incluyendo lanzar la ropa de su marido en cualquier lugar.

- Mi Coronel expresó Villagrán. Ahora que dispone de su ropa, creo que sería prudente que regresáramos después de que usted se cambie, o que salgamos a continuar con la misión y nos veamos al atardecer.

¡Si, estoy de acuerdo! repuso de prisa el coronel, para salir de la embarazosa situación ¡Hagan un nuevo intento y hablaremos al concluir las labores!.

Sánchez, Mera y Villagrán salieron y al bajar las escaleras, comentaron.

¿Creen ustedes que él se salió de su casa? chismeó Sánchez, suavemente.

¡Imposible! Todos conocemos a doña Ruth. Ella de seguro lo lanzó a la calle contestó Mera, hablando bajito.

¿Se dieron cuenta que su carro no está en el parqueo que le corresponde? preguntó Villagrán evidentemente burlón.

Eso quiere decir, que ni el auto le dejaron sacar –intervino Mera, cubriéndose con la mano la boca y casi susurrando, para que otros no escuchasen su comentario.

Salieron de las oficinas y ya en el patio, se dirigieron al carro del Mono Villagrán para ir hacia los hangares.

Ya dentro del automotor, pudieron comentar a gusto.

¡La vieja puta, tiene que haberle armado un escándalo!
-se alegró Sánchez.

¡Militar, debió haber sido ella! jugueteó el Mono,
mostrando las encías y dientes.

¡Bien hecho! ¡Eso y mucho más se merece ese cabrón! -
sentenció Mera, que luego de decirlo entendió que esos
excesos podían ser usados en su contra si algún día se
distanciaba de sus dos colegas que le acompañaban.
Pero estaba dicho y era lo que sentía, de modo que de
alguna manera se sintió aliviado.

Owens estaba en el hangar, hace ya más de una hora,
esperando.

Miraba el reloj desesperadamente y cuando vio llegar el
auto, lo volvió a hacer para que los oficiales se dieran
cuenta de su retraso.

¡Habíamos dicho, a las ocho y treinta! reclamó el gringo.

Tuvimos reunión con mi coronel Guerrero dijo Mera
secamente. Ahora, debemos aprovechar el tiempo que
nos quede. ¡Todos a bordo! ordenó mirando a los hombres
de las fuerzas especiales, que también aguardaban.

¡Un momento! habló con voz potente Owens. Si no han
tenido la gentileza de avisarme de la demora y han sido
incapaces de ofrecerme una disculpa... ¡Yo no voy!

La mano del gringo, giró hacia atrás la rueda derecha de la silla de ruedas y se puso de espaldas a los tres mayores del ejército. Ya con sus dos manos empujando, avanzó veloz en su transporte camino a sus habitaciones.

Villagrán le siguió presuroso, sabiendo que era generalmente con él, con quien hablaba.

- Richard, espere. ¿Adónde va? ¡Sabe que sin usted, la misión es imposible!

- Ya les he proporcionado datos suficientes, pienso, que pueden efectuar la búsqueda sin mí. ¡Buenos días!

- ¡No se comporte como un niño Richard! insistió el Mono.

- Niños ustedes, que carecen de seriedad, para encarar un asunto que me ha costado 30 años de investigaciones y muchas penurias. ¿Puede ver mis piernas?... Son parte del precio que he tenido que pagar. Llámelo, un tributo a la montaña; pero ustedes, creen que soy un demente, les he escuchado comentarlo. Parecen olvidar por momentos, que yo también hablo español, aunque prefiera no utilizarlo.

- No, Richard, está equivocado...

Estoy en lo cierto... Sé lo que opinan y no me importa. Habrá otros muchos interesados, en ser parte

de una expedición a los Llanganates.

Villagrán le permitió que se fuera, conociendo su carácter; pero igual ordenó la salida de las naves, para buscar, por su cuenta.

Owens continuó su camino a pulso.

Cada metro le resultó difícil de remontar, usualmente un miembro de la tropa lo dejaba a las puertas de su dormitorio; pero ahora debía llegar por sus medios y la distancia para un impedido como él era importante.

Se agitaba rápidamente. Parecía que su corazón, no estaba en buenas condiciones. A cada emoción fuerte, las palpitaciones se le aceleraban.

El camino estaba lleno de piedrecillas y baches. Camino poco adecuado para transitarlo en una silla para minusválidos.

Llegó al fin, luego de un largo y agotador esfuerzo. Debió hacer algunos altos para recuperar fuerzas y tomarlas también de la boca de metal de una pequeña botella caminera que llenaba de licor aromático y fuerte.

Ayudándose con los barrotes del respaldar de la cama, logró encaramarse en ella y se acostó. No se sentía bien.

Llamó por el teléfono interno de la Brigada, a la oficina de Rodrigo Vela y le solicitó que fuera cuanto antes.

El capitán estaba seguro de que si Owens, lo había solicitado, sería, porque algo grave sucedía.

Subió a la oficina de Guerrero que ya se encontraba uniformado y se excusó de sus labores, fingiendo un fuerte dolor de cabeza que no cedía desde temprana hora.

El coronel accedió a que se fuera. Había poco que hacer y Vela no era uno de sus favoritos, ni mucho menos.

El capitán de las profusas cejas encendió el motor de su carro y haciendo chirriar los neumáticos, partió veloz a la villa de oficiales.

Owens, tenía mal aspecto.

- ¡No luce bien! articuló escuetamente, a manera de saludo.

- Lo sé. Por eso le he llamado.

- Pienso, que deberíamos ir al médico, antes que cualquier otra cosa.

- No. Quiero terminar de contarle mi historia, tengo un mal presentimiento y no quiero dejar el relato inconcluso.

¡Vamos! ¡Hierba mala, nunca muere! dijo, utilizando el conocido refrán, para cortar el ambiente tenso y ceremonial que suelen utilizar los que creen que

les ronda la muerte.

Agradezco por los buenos ánimos; pero no quiero que perdamos el tiempo...

Había dicho que, quedé pasmado al dirigir mi linterna a las paredes del gran salón de piedra que se abrió ante mí... ¡Pasmado, era poco! ¡Quedé atónito! ¡estupefacto! y me llevé las manos a los ojos refregándolos, para saber si no soñaba, si aquello era real. Incluso pellizqué con fuerza la piel de uno de mis brazos. El dolor me hizo saber, que todo aquello era cierto. Mi búsqueda tenía recompensa.

Pegadas a las paredes de piedra, había estantes de madera, que deben haber medido decenas de metros de largo, por al menos tres metros de alto.

Caminé un largo trecho y la cueva continuaba. El aire tan escaso, me hizo retornar al lugar donde terminaban las gradas; allí se respiraba mejor.

Me acerqué a esos anaqueles de varios niveles y tomé la primera figura que tuve a mi alcance. Era una representación de Inti, el dios sol, del pueblo inca.

La enfoqué con la linterna y destelló, era de oro puro, muy pesada.

Recordé, con aquella delicada pieza entre mis manos, las lecturas acerca de aquel dios que luego fuera absorbido por el más universal Apu-Qun Tiqsi Wira Qutra o

simplemente Viracocha que aunaba el poder sobre los tres elementos que sirvieron de base para la creación del universo: agua, tierra y fuego. Su esposa y hermana, Mama Quilla era representada por la luna, que en la corte celeste del panteón inca, estaba al nivel del sol...

No obstante, lo primordial en ese momento era Inti, ese ídolo dorado que confirmaba como reales todos mis sueños. Allí estaba, ¡perfecto! Había sido tallado con una maestría inigualable, por orfebres artistas que no lo hacían por paga sino por la devoción absoluta que profesaban a aquel que hacía crecer las cosechas y prodigaba el don del maíz, de la papa, la yuca.

Lo apreté contra mi pecho y cerré los ojos extasiado. El metal transmitía un frío helado; mas al contrario, mi cuerpo se calentó por la emoción intensa. Vibraba, tocado por una energía incontable. Quise bailar, gritar. Me frené, consciente de que podía provocar un derrumbe al interior de la caverna frágil. Besé con unción la estatuilla, era lo más próximo a un beso de amor que nunca jamás hubiere depositado en alguien y digo alguien y no algo, porque la imagen era como un ser provisto de vida. Me supo contar en un segundo, de su permanencia de siglos, su quietud que se había sobrepuesto a cientos de calendarios, me habló del imponente y bravío general Ojo de Piedra, aludiendo al gran hombre que en lengua vernácula era Rumiñahui.

Sentí fuertes mareos, no sé si por los niveles bajos de oxígeno o por la impresión y el impacto demoledores de aquel hallazgo.

Me vi de pronto en los periódicos del mundo, retratado en primera página bajo el encabezado: Richard Owens, descubre el Oro de Inti, el Tesoro de Atahualpa.

Después de mis emotivas cavilaciones, aterricé. Había mucho más que ver y tocar.

Aquello era como un gigantesco supermercado en cuyas perchas uno podía comprar la más variada gama de artículos del fino metal, por el cual los españoles, casi habían extinguido a una raza, en el genocidio más cruel y bárbaro de toda la historia. La masacre comenzó con la ejecución de Atahualpa. Aquel brillante material, literalmente había provocado la muerte del sol. Chaupi punchapi tutayaca, había exclamado una mujer del pueblo de los zarzas al enterarse de la muerte del emperador y nunca una frase fue más cierta: Anocheció en la mitad del día. Era el principio del fin del centenario Imperio del Sol y yo tenía su herencia ante mis ojos incrédulos.

¡No lo puedo creer! ¡Descubrió el tesoro! alcanzó a balbucear Vela que hasta ese instante había permanecido mudo, hipnotizado y dibujando en su mente cuanto el viejo americano le narraba.

Todos los estantes, estaban repletos de ídolos, collares, pectorales, brazaletes, figuras de animales y humanos. ¡Casi todo de oro! Había unas cuantas piezas de plata, también exquisitamente trabajadas y muy valiosas, pero la mayoría eran del precioso metal dorado... ¿Sabe cuánto dinero, podía valer ese tesoro?

- Millones, supongo.

- Eso es poco. Dudo, que hubiera una fortuna en el mundo que pudiera comprar, todo lo que allí se encontraba...

Alfileres, para sujetar el vestuario de las mujeres ricas del incario, los llamados tupos. Los había con esmeraldas, grandes como nueces y el metal, se había trabajado con sublime delicadeza. También pude ver puñales, seguramente ceremoniales, también dorados y relucientes, a pesar del tiempo.

Yo no sabía, si aquel era el tesoro de Rumiñahui o una especie de Fort Knox, de los Incas; un depósito de las riquezas del Tahuantinsuyo, destinadas a servir de sustento al emperador, para cualquier emergencia. Lo cierto, es que, nunca ojos humanos, vieron algo semejante. Daba la impresión de que todo el oro del mundo, se había reunido en ese lugar.

Miré la hora y restaba poco para que anocheciera. Lo lógico, hubiera sido protegerme al interior de la cueva o intentar encender un fuego con la madera que abundaba; pero más pudo mi deseo de contar al grupo que me acompañaba, sobre el hallazgo. Tenía un par de horas de luz, que a mi equivocado parecer, resultarían suficientes para encontrar el campamento, que no podía estar muy lejos ¡Tamaño error! Tal vez la efervescencia ante la magnitud del descubrimiento, termina por obnubilar los sentidos.

¡Pero que locura! atinó a comentar Vela.

¡Absolutamente de acuerdo! ¡Una locura! ¡Casi un suicidio! ¡No podía contenerme! ¡Una fuerza más grande que cualquier otra que había sentido me impulsaba a correr y decirles a todos que, el gringo Owens había triunfado! -hizo una pausa, pues por su hablar atropellado se había quedado sin aire, entonces prosiguió algo más tranquilo y con un tono de voz menos fuerte y algo relajado-. Salí y señale el lugar con piedras y varios troncos, que saqué del interior. También deje la capucha de mi chamarra de montaña, sujeta firmemente a una vara bien plantada, haciendo de bandera, que por su color intenso, llamaría la atención.

Conforme me alejaba, giré la cabeza algunas veces, para mirar la abertura entre la nieve y cerciorarme de que era verdad, que había estado allí y de que las señales colocadas eran visibles.

Conté mis pasos e iba gritando los nombres de los que me acompañaban, por si pudieran escucharme.

Caminé y caminé, con una fuerza nueva en mi interior, que no me permitía sentir el cansancio. El oxígeno enrarecido de las alturas, dejó de ser un problema, mis pulmones, se descongestionaron, la emoción me embargaba y dejaba fluir ríos de adrenalina que suplía cualquier deficiencia física.

Más allá, a una hora de mi salida de la gran cueva, el terreno, se puso complicado...

Había fango. Mis botas, se hundían. Los pasos comenzaron a volverse pesados y lentos. El esfuerzo se tornó más grande que el ánimo. Ni una señal del campamento, ni de su gente.

Pronto el sol, se fue hundiendo como bola de fuego en el horizonte.

Un color rosáceo tiñó el cielo; se volvió violeta, más tarde gris aguado, que se iba condensando en una negra acuarela.

Quise regresar; mas estaba seguro de que no lo lograría. No quedaba tiempo. Conocía la noche en la montaña y no había fuerza humana que pudiera doblegarla.

Encontré un farallón de roca, que formaba una especie de retablo pequeño. Me metí en él y me acurruqué como pude. La capucha me hacía tanta falta, tenía las orejas congeladas y al tocármelas, las había dejado de sentir. Se habían transformado en pedazos de cristal escarchado.

Todo fue tinieblas. Oscuridad total.

Trataba de mantener mi mente ágil, lúcida, poniéndome a pensar en cosas bellas que no dejaran que perdiera la esperanza. Recordé a la mujer de Taylor y nuestros amores a escondidas, mis días del ferrocarril, mis viajes y mis búsquedas.

Quizás había ofendido al Dios Sol o al mismísimo Dios

de los cristianos por haberme permitido adorar a Inti unos instantes durante el éxtasis del descubrimiento.

“Exurge, Domine, in ira tua...”, recordé lo dicho por el cura Valverde en Cajamarca.

“Levantáos, Señor, en vuestra cólera”... sería que uno de aquellos dioses se había inquietado por mi presencia...

En algún momento, el cerebro, pareció dejar de funcionar con corrección, tenía el cuerpo completamente entumecido e inmóvil: rígido cual los cubos de un whisky on the rocks.

Me sentí caer en un gran orificio, un abismo sin fin.

Después el vacío... la nada.

Desperté, en el hospital militar de la Brigada de Selva, número 20, en Shell.

Había pasado, mucho tiempo en estado de coma. Cuatro meses. Me dijeron los doctores, que volví por un milagro.

Quienes me acompañaban, me habían estado buscando en la montaña y dieron conmigo, a la madrugada, del día siguiente de mi extravío. Yo había permanecido 16 horas a la intemperie, desde que me alejé de la cueva. Me dieron por muerto.

Vía radio, pidieron auxilio y éste vino a través de un helicóptero del ejército.

Llegué desahuciado y los médicos, esperaban más bien practicarme la autopsia, que resucitarme.

Los hombres que estuvieron conmigo en la expedición, se habían marchado, al perder la esperanza de que alguien les pagase por sus últimos días de trabajo. Para todos, era un cadáver. El equipo de montaña se lo habían llevado, para resarcirse.

Los médicos creyeron, que me conservaría como un vegetal, que jamás recobraría la consciencia.

Esos mismos galenos, en una junta, tomaron la determinación de desconectarme todo el cúmulo de cables y tubos que me mantenían asido al planeta.

Pero mi cuerpo se resistió a ser vencido, aguantó.

Un día sorprendí a todos, abriendo los ojos.

Para mí, sólo había sido un largo sueño.

Intenté levantarme, pero mis piernas no respondieron.

Más tarde me confirmaron, que no volvería a caminar.

Había pasado, de buscador de tesoros y trotamundos, a paralítico.

El frío atroz congeló para la eternidad mis miembros inferiores. Debieron amputarlos; pero los dejaron allí como tristes e inútiles recordatorios de mi odisea.

¿Qué haría un parapléjico en la vida, sin otra profesión

que la de aventurar?...

Maldije a Dios, por conservarme la existencia. Varias veces, me saqué las agujas de los sueros. Quería lanzarme por la ventana, pero no podía caminar hacia ella y estaba internado en la planta baja del hospital. Confinado a vivir, sin remedio.

Cuando, todo parecía carecer de sentido, recordé algo.

Pregunté a la enfermera, sobre el destino de mi ropa. Ella me dijo, que si deseaba me la podía traer. Le rogué que lo hiciera. En un momento volvió. Tomé mi Abrigada chamarra, que me había salvado el pellejo y revisé un bolsillo interior, que tenía un cierre de cremallera... ¡Ahí estaban! ¡Los objetos de oro!... ¡No los había perdido!

Solicite una silla de ruedas y empecé a moverme por doquier. Pedí hablar con el Comandante de la unidad y Guerrero llegó, un día después. Le dije a breves rasgos de un tesoro inmenso. El se interesó. El oro despertó su codicia inicialmente, decayendo después bajo el peso de las evidencias.

¿Podía creerle, a un viejo alucinado y enfermo?

Me catalogó: ¡Demente!

¿Cómo sé que dice la verdad? ¡Pudo haberlo imaginado, mientras permanecía en estado de coma! me dijo, enroscándose el bigote con la mano.

Yo saqué una de las dos piezas que había guardado en la chamarra.

El Coronel se quedó boquiabierto. Le entregué un pequeño ídolo incásico, que debía pesar un cuarto de kilo. ¡Era del mejor oro!: La imagen de Inti.

Me preguntó si podía regresar al lugar, le contesté que lo intentaría.

Se han hecho varios vuelos en helicóptero y no he vuelto a ubicar la entrada de la cueva.

¡Por Dios! ¡Es fantástico! ¡Ni yo mismo lo puedo creer! balbuceó Vela.

Owens abrió su mano y le colocó en la palma, la alpaca de oro que hace días había visto.

Esta es la otra pieza que pude traer conmigo. Es mi amuleto.

¡Es... única! ¡Es... formidable! tartamudeó Vela, con la mano temblándole y los ojos desorbitados, mirando el pequeño animal áureo y fulgurante. Ya la había visto, pero al ignorar su procedencia, no me percaté de su valor. Tengo en mi puño, 500 años contenidos... ¿Pudo haber sido del mismo Atahualpa?

- ¿Por qué no?

- ¿Y el ídolo, que le entregó a Guerrero?

- Nunca me lo devolvió. Trató de convencerme de que era la prueba que requería mostrar a las autoridades de Quito, para que autorizaran los vuelos y los contingentes de hombres. Yo pienso que no comunicó a sus superiores el descubrimiento. Por eso, mantiene el engaño de que son simulacros y así justifica los movimientos y la logística implementada en la operación. Tengo la impresión de que el coronel, es de esos que no comparten. Eso me motivó a llamarle. Quiero que usted, como oficial, logre contactar al Comandante General del Ejército si es necesario y pregunte, si el alto mando, está al tanto de las maniobras de Guerrero. Guardé la alpaca que probará la veracidad de mi historia. Cuídese de los tres lambiscones que rodean al Coronel. Ellos son sus cómplices. ¿Rodrigo...? Me precio de conocer a las personas, por su mirada, sus gestos y lógico, por sus actos. Sánchez y Mera, en especial, son buitres. Esperan carroña para devorarla. De la mesa en la que cene el coronel, comerán sus migajas; pero no tardarán en traicionarle. Villagrán, parece ser menos letal y peligroso, aun así, se ha juntado con lobos y está aprendiendo a aullar. Témale, también puede morder.

Hoy mismo, me he negado a estar presente en las labores de búsqueda. Ellos ya conocen el sitio aproximado. El problema radica en que la montaña cambia, a cada instante, nunca es dos veces la misma montaña.

Eso me suena a parafraseo de la cita de Heráclito el Oscuro, que decía que, "no se puede pasar dos veces el

mismo río, porque aguas corren tras las aguas”.

Es verdad y se aplica incluso en la relación de las personas. En cada encuentro, un hombre, al que pretendemos conocer, ya será otro hombre, moldeado por el tiempo y las circunstancias. Las ideas de ayer, no son las ideas de hoy. La montaña es como el hombre... varía y a cada golpe de vista, nos ofrece un panorama diferente. La roca es inestable y un deslave puede sepultar la cueva, otros cinco siglos. Se podría pasar sobre ella, sin que nos demos cuenta. Por eso estoy confiado. No la podrán encontrar.

Yo me pregunto: Si los cambios de apariencia, son tan dramáticos en los Llanganates: ¿Logrará usted volver al sitio del faraónico tesoro?

Los faraones no tuvieron un tesoro semejante -replicó el gringo tajante-. Respecto a la pregunta, la respuesta es que, no lo sé. La casualidad y la suerte me llevaron allí y ellas mismas decidirán si debo regresar.

¿Y la idea de no ve otra vez la magnífica caverna, lo atormenta?

Debo confesar que sí. He llorado por ello, aunque al pasar de los días, me he ido conformando. El premio del hallazgo de un tesoro, no es su valor, es el hecho de hallarlo. En este caso, contemplar, lo que pude contemplar, es recompensa suficiente. He sido afortunado y en mi interior habita la certeza de haber palpado con mis dedos una leyenda.

- Yo le envidio Richard.
- Dígame Rodrigo: ¿Qué haría un parálítico, con miles de millones de dólares, en el ocaso de su vida?

- No sea derrotista, tiene todavía mucho por vivir. A los 55 años, un hombre es joven.

- No lo es, quien ha vivido a mi ritmo. Cada uno de los meses de mi existencia, equivale a dos. ¿Ve? He vivido realmente, más de 20 lustros. He dormido poco, he bebido mucho, he maltratado mi cuerpo en expediciones insólitas, en las que pasé semanas, alimentándome de insectos y vegetación agreste. Siempre he odiado a los médicos y los dentistas, por eso no los visito, salvo en circunstancias insalvables. Todo lo que hice, estuvo marcado por el signo del desorden. Esa irregularidad, a la larga, pasa factura. Yo estoy pagando los intereses de esa deuda.

- No me parece así, pero igual, estoy dispuesto a ayudar en lo que esté a mi alcance, si es necesario, llegaré a mi general Rodríguez Lara, Presidente de la República.

- Dicen que el dictador, es hombre justo.

- Eso dicen y yo espero confirmarlo.

Le estoy muy agradecido, si yo no estoy, no quiero que el patrimonio de los Incas, llegue a manos equivocadas. Guerrero desconoce el valor de la belleza y del arte.

Haría como los conquistadores españoles, mandaría fundir el oro y mediría su valor en dinero, mas no en historia, ni en cultura. Seré honesto al decirle que estuve tentado seriamente a entregar parte de las riquezas, con tal de que me fuera reconocida mi participación como descubridor y me fueran entregadas, porcentualmente, las utilidades que la expedición deparase. Pero algo ocurrió en mi interior y al ver la clase de crápulas con los que me había aventurado a negociar, ahora estoy absolutamente seguro de que ese no es el destino que deseo para tan valioso archivo pre-hispánico, que ya no es mío, pues pertenece a los ecuatorianos, que merecen conocer su glorioso pasado y sentirse orgullosos de su sangre india. Por favor no permita que los vándalos pongan sus garras en él.

- Yo velaré, por que eso no ocurra. Ahora debo irme.

- ¿Rodrigo?

- Sí, Richard...

- Déjeme un trago servido.

- Ahora que usted me lo recuerda. Le tengo un obsequio. Se lo había pedido a un amigo de Quito hace días y acabó de llegarme. Lo tengo en mi habitación. No tardo.

El sonriente capitán volvió casi de inmediato con una botella rectangular con etiqueta negra. Hecho en Tennessee decía el impreso.

Jack Daniel's, directamente desde Lynchburg y desde las destilerías de industria Brown Forman mostró orgulloso Vela.

Owens la tomó entre sus manos entre presuroso y agradecido y leyó pausadamente haciendo énfasis en cada palabra: Jack Daniel's Old Time Old No.7 Brand Quality Tennessee Sour Mash Whiskey. Era el mejor regalo que alguien le hubiera hecho en sus 55 años de existencia.

Vela colocó un largo vaso repleto, sobre la mesa de noche, no sin antes inclinarse junto a la cama de Owens y dejarle en la frente un sentido beso.

El gringo sonrió con dulzura infrecuente y una furtiva lágrima le resbaló por el rabo del ojo.

El capitán Rodrigo Vela y Ortuño, estuvo a punto de hacer lo mismo. Un animal andino de preciado pelaje no le permitió llorar por la excitación. Una réplica de él, trabajada hace cinco centurias por los tatarabuelos de la patria en que había nacido, le quemaba interiormente.

En su mano apretada, viajaba la alpaca ancestral, que traía el mensaje distante de los Incas.



CAPÍTULO
11

De modo, que el resabiado gringo, decidió no participar en la búsqueda. Esto me está dando mala espina. No vaya a ser que acuda a Quito analizó Guerrero, previendo complicaciones. Se rascó la barriga y tomó de golpe un vaso de agua helada. Escrutó a sus hombres y esperó respuestas.

Parece, que ha hecho mucha amistad con el capitán Vela informó Mera. Le han visto persistentemente conversando con él y hoy ha entrado y permanecido largo tiempo en el cuarto de Owens.

¡A mí me había dicho, que tenía dolor de cabeza! recordó Guerrero. Creo que debemos vigilar a esos dos. ¡Sánchez, usted disponga, que cualquier llamada externa que realicen Vela o el gringo desde el campamento, sea impedida por la operadora, bajo cualquier pretexto! ¡Villagrán!... ¡Coloque un guardia permanente en la villa de oficiales, dándole indicaciones, para que su presencia, no sea muy evidente! Ordénele que lleve por escrito, cada movimiento del capitán. El viejo en su silla, no se alejará mucho. ¡Igual, no se confíe! ¡La vigilancia, queda bajo

su responsabilidad, no vaya a fallarme!... Mera, quiero que suspenda las operaciones de ubicación de la cueva, temporalmente. A quienes, participaron en la misión, explíqueles, que el adiestramiento de montaña, buscaba elevar la eficiencia de las Fuerzas Especiales y analizar a los pilotos en condiciones críticas. Qué lamentablemente el señuelo escondido, no lo pudieron ubicar y que eso hará que su evaluación sea baja. Invente algún reporte, haciendo coincidir lo dicho, con él.

Mi coronel, la presencia del americano, puede haber hecho sospechar a unos cuantos. Insista en que es un asesor extranjero, traído para observar y calificar el rendimiento, de las tropas hizo notar Mera.

No lo creo. El gringo, no tiene facha de experto militar, sucio, desaliñado, con una barba descuidada; dista mucho de tener la imagen de un asesor internacional añadió Villagrán. Además, hay muchos que saben de su estadía en el hospital, por varios meses.

Nuestros soldados, son una sarta de ignorantes, el casco les pesa, más que sus sesos. ¿Cree usted, que llegarían a análisis, de esa naturaleza? ¡Diga que lo del hospital, fue un accidente en un entrenamiento de andinismo y punto!

Señor... Vela es muy inteligente y si algo se trae, debemos preocuparnos -advirtió Erasmo Sánchez, midiendo lo que podía suceder, si una denuncia tan grande llegaba a las autoridades de Quito.

Si advertimos cualquier peligro, enviaremos al capitán entrometido, a Lorocachi, Pavaçachi, o alguno de los destacamentos de selva, aislados. En ellos cualquier eventualidad, podría suceder. Las canoas se vuelcan con frecuencia, los ríos son correntosos... ¿No creen ustedes?

Si señor, contestó Sánchez, guardándose algunas dudas.

Por ahora, no son más que elucubraciones... Vale la pena estar preparados... agregó el Comandante dando por terminada la plática ¡Mera!... Saliendo del tema, búsqieme una habitación en la pensión de Filomena, sigo molesto con mi esposa y no le daré el gusto de volver.

¡A sus órdenes! respondió el mayor de cara cuadrada y manos pequeñas.

La reunión terminó y los oficiales, partieron para sus casas luego de ese último día de búsqueda en los Llanganates.

Mientras tanto, Vela, había hecho ya una llamada importante, aprovechando el permiso conseguido para toda la jornada.

Al despedirse del gringo, tomó su auto y salió por uno de los portones alternos del campamento. Recorrió los kilómetros que le separaban del Puyo y buscó las oficinas de la Empresa Nacional de Teléfonos. Desde allí podía hablar con tranquilidad.

Jorge Montalbán un oficial de inteligencia, muy amigo

suyo, frecuentaba los círculos más altos del poder militar en la capital. Él sabía todo lo que ocurría en cualquier cuartel, a lo largo de la nación. Cada información, cada novedad, pasaba por sus manos y si alguien conocía si Guerrero actuaba con la autorización de la Comandancia General, era precisamente él.

Montalbán fue edecán del General Rodríguez, al inicio de su mandato, apenas depuesto el Doctor Velasco Ibarra. Trabó amistad con el dictador y eso le valió, que se aupara a puestos de mayor exigencia y jerarquía.

Era ya coronel, recién ascendido; pero tenía la apariencia de un teniente, por su físico bien cuidado, la ausencia de canas y su amor por las motocicletas y los autos veloces. Si se lo miraba a mediana distancia, podía ser confundido con el actor mexicano Jorge Rivero, de quien Sonia la amante de Guerrero, tenía el cuarto lleno de recortes, en su época de prostituta.

Montalbán, nació en Cuenca, la ciudad austral de los cuatro ríos y gente de acento cantarín. A temprana edad viajó a Quito y entró al colegio militar, logrando la primera antigüedad de su promoción.

Era un mujeriego empedernido y tenía fama de hombre poco gastador, por lo que aseguraba que las mujeres debían pagarle y no él a ellas. Cuando más joven, se le conocieron romances varios, siempre con mujeres mayores, una de ellas Raquel, una rubia desgastada con dientes de oro, que le enseñó los secretos del amor, antes de cumplir los 17. Esa mujer aparecía con intermitencia en su vida, y lo seguía buscando, olvidándose que los

calendarios le habían caído en la piel, ya reseca y sin vida.

Montalbán estaba casado, desde hace 19 años, con Jazmín, una trigueña alta y delgada, cuya obsesión era el dinero y el acaparar posesiones. Era una de esas señoras, que ni siquiera hacían el amor con su marido, pendientes únicamente de cuánto ganaba y el porcentaje que le correspondía, por ser la compañera de por vida del oficial.

Jazmín, de nariz respingona y cara de perrito pequinés, vivía para comparar su situación económica con la de sus hermanos, preciándose siempre de ser la que mejor estaba en la familia. Por su parte, Jorge Montalbán, tenía con ella una casa, pero no un hogar y prefería inventar viajes inexistentes, para quedarse con Mariángela, la otra mujer de su vida, con quien sostenía, maratónicas sesiones de sexo, que lo ayudaban a mantener su ego en forma.

Mariángela, era una humilde muchacha, que había parido una hija, de un error juvenil y que tenía fama de inventar historias, para suplir su carencia de aventuras reales.

Rodrigo Vela, conoció al entonces teniente coronel Montalbán, por casualidad, en la ciudad costanera de Machala, en una invitación de un amigo común, Paulino Galárraga y desde que vio a Mariángela, notó su enfermiza obsesión por narrar cosas que nunca le habían pasado. Aquella ocasión, comentaba a todos los

asistentes a la reunión, que fue campeona nacional de motonáutica, promovida por su padre que era dueño de un gran barco. Montalbán que ya conocía de su debilidad y mitomanía, se ponía en ascuas, frente a cada evento ficticio que su amiga contaba, pero la amaba así y debía soportar sus defectos, que al llegar a casa, le reprochaba en el afán de que no mintiera más. Ella prometía cambiar, pero no lo lograba y reincidía, con nuevos cuentos y situaciones cada vez más exageradas.

En la fiesta de Galárraga, Montalbán se retiró un momento, para estar solo cerca de la piscina y respirar en calma luego de las tensiones que le provocaba, escuchar a Mariángela. Allí estaba Rodrigo Vela, que había reñido con su novia de ocasión y bebía una copa para olvidar el mal rato.

Conversaron largamente y al ser ambos militares de profesión, congeniaron pronto y cimentaron una estupenda relación, que se mantenía con visitas alternadas de uno y otro, ya para echarse una cana al aire, ya para entablar diálogos hasta el alba, cosa que ambos apreciaban y disfrutaban.

Hoy era el momento de acudir al llamado del amigo y Montalbán, no se había negado. Realizaría las investigaciones del caso y pronto, daría una respuesta.

La conversación con Vela le pareció algo fantástica. No era cosa de todos los días, oír sobre grandes tesoros encerrados en las montañas, leyendas sobre Rumiñahui y los Incas y un gringo en silla de ruedas, que conocía el lugar donde toneladas de oro aguardaban.

Si algo semejante se hubiera tratado en los altos mandos, él ya lo sabría. Pese a ello, iniciaría las averiguaciones.

Vela realizó la llamada y volvió sin demora. Pasó por la habitación de Owens y le comentó sobre la comunicación mantenida con el coronel Montalbán. El gringo, se sintió un poco más tranquilo, pero de antemano sabía la respuesta que daría el oficial de inteligencia: Guerrero no había recibido autorización superior, para los rastreos y seguramente, tampoco habría dicho nada sobre el descubrimiento impresionante del norteamericano.

El viejo, parecía estar débil y sin mayores ánimos para hablar, por lo que le dejó descansar, saliendo hacia el casino a comer algo. No había probado bocado en el día.

Llegó al recinto cercano y luego de dar cuenta de un buen filete con papas, se quedó dialogando con Javier Delgado y Eliécer Dávila, que reían por los últimos incidentes ocurridos.

La mujer de Guerrero, le había lanzado fuera de la casa por encontrarle vistiendo una prenda íntima de mujer, decorada con una gran flor superpuesta.

El comandante había dormido, en el cuarto del oficial del guardia y al no tener ropa limpia, esa mañana vestía la misma que llevaba el día anterior, despidiendo de ella un olor nauseabundo.

Vela recordó que la noche pasada, mientras trotaba,

encontró a Guerrero, que dio un salto cuando él le saludó tocándole la espalda.

Iba absorto expresó. Debió ser por el problema en su casa.

El coronel se había convertido en la comidilla del casino de oficiales y todo era estruendo y una risotada general, pensando en la cara que habría puesto el jefe del destacamento, cuando le vieron luciendo tan peculiar atavío.

Cada vez, se sumaban más oficiales, que llegaban por la noche, para jugar en la mesa de billar o echarse una partida de naipe.

¿Guerrero, no será maricón? preguntó el siempre oportuno Dávila. Pronto será su cumpleaños y estoy pensando regalarle un hermoso sujetador con flores que haga juego con el calzón que ya tiene se desternilló, palmeando la mesa en la que estaban reunidos.

Yo le llevaré un paquete de toallas sanitarias añadió Delgado.

Y una faja intervino Santillán, uno de los recién llegados, que iba acompañado por el largo y bonachón Andrade.

El grupo disfrutaba a costilla del marido desterrado y dejaba aflorar sus sentimientos hacia quien no consideraban un buen jefe y por el que habían acumulado desde hace tiempo, resentimientos profundos, por su carácter autocrático y poco cortés, que le servía para mandar en las filas militares, pero no casa adentro.

Cuando la puerta del casino se abrió otra vez, todos guardaron silencio. De golpe la euforia se acalló y la figura poco grata de Guerrero, apareció.

- ¡Buenas noches, señores! No se inmuten por mí, he venido a comer algo, sigan con su charla, se los escuchaba muy entretenidos.

- ¡Buenas noches mi coronel! respondieron los presentes y luego, el silencio continuó.

- ¡Vamos, adelante!... Pude distinguir su voz, Dávila, parecía contar algo gracioso, yo también quiero compartirlo.

- No era nada mi Coronel... un chascarrillo que escuché en el pueblo.

- ¡Cuéntelo! Sé que tiene habilidad para hacerlo.

Dávila rebuscó en su memoria y halló algo para sacarse del aprieto...

Ocurrió que, en un destacamento militar muy aislado, cierto día el teniente pregunta al sargento: En este paraje desolado ¿qué hacen los soldados, cuando tienen deseos sexuales?. El sargento muy ufano, respondió: Utilizan la burra, mi teniente. El oficial pensó que eso era asqueroso y dudó que todos los hombres lo hicieran. Al día siguiente, hizo la misma pregunta a un cabo y este contestó: Nuestros hombres, cuando quieren sexo,

utilizan la burra. Y así varios días a soldados distintos. El joven teniente quedó muy preocupado y asqueado. Los días pasaron y el oficial estaba desesperado, al no haber probado mujer en más de un mes, de modo, que analizó: Sí todos lo hacen ¿por qué yo no? Caminó al lugar en el que estaba la burra, se acomodó en la parte posterior de ella y bajándose la bragueta, comenzó a utilizar al animal. En eso estaba, cuando fue sorprendido por los soldados: ¡Mi teniente es un enfermo! ¡Que asco! gritaban los hombres. Al verse sorprendido el joven militar inquirió: ¡Pero si todos me han dicho que utilizan la burra! El sargento le dijo, mirándolo raro: Sí, mi teniente, todos utilizan la burra; ¡pero para que los traslade a la cima del cerro al otro lado del río, lugar en el que están las putas!.

La anécdota no era muy graciosa, pero todos rieron a coro. Guerrero, ni siquiera sonrió.

- No le veo la gracia dijo agriamente.

Disculpe mi coronel, pero ese era el relato por el que los muchachos reían explicó Dávila, pasándose una gran bola de saliva por la garganta, que le causo un ardor que le duraría aún, horas después.

¡Vaya, bromas tontas! comentó para si mismo el coronel, caminando hacia una silla en una mesa distante. Los demás oficiales, poco a poco fueron dejando el casino con excusas diversas.

Vela fue de los primeros en irse, con un breve. Hasta luego, buenas noches dirigido a todos.

Cuando cruzaba la calle, le pareció ver a un hombre que no descuidaba sus pasos, pero que al dirigir sus ojos hacia él, de inmediato miró hacia otra parte.



CAPÍTULO
12

Una calma sospechosa flotaba en el ambiente. Los helicópteros, permanecieron mudos y en el hangar, un escaso movimiento generado por el despacho de los vuelos de rutina a Taisha, Montalvo o Tiputini, contrastaba con la multitud apurada, que podía verse en días anteriores.

Owens, permanecía en su cuarto y no había salido, ni siquiera para respirar en el corredor que daba a la calle.

Las actividades de oficina, parecían normales, con secretarias pintándose las uñas, sargentos presurosos, llevando reportes y los superiores entretenidos, en los diarios o en un partido de voleibol, deporte clásico de la milicia, que practicaban en una modalidad ecuatoriana de 3 personas por equipo.

Habían adecuado una cancha precisamente, frente al comando, justo en el lugar en que a primera y última hora del día se pasaba lista.

A eso de las once de la mañana y casi de modo cotidiano,

se elevaba la red y se formaban escuadras, que competían por apuestas, que llegaban a ser bastante fuertes y atractivas.

En esas partidas, el mago del balón era un cabo de artillería, apodado, el negro Cobeña.

Los contrincantes, litigaban para tener al negro de su lado, al ser carta de triunfo segura. Era Guerrero quien determinaba, a la postre, que Cobeña, jugara en el equipo por el que había apostado.

Había, claro, otros buenos jugadores como Chalá, Ortube o Cangá, altos y fornidos negros, que mateaban la pelota con una facilidad impresionante o por el contrario, con mucha habilidad la ubicaban suavemente, en un rincón al que los contrarios no pudiesen llegar.

Los triunfadores de una contienda de aquellas, obtenían favores especiales del comandante, cuando le habían permitido ganar buen dinero. Un sábado franco o llevarse los vehículos que conducían, para disfrutarlos el fin de semana, eran recompensas muy buscadas y que motivaban a esos gladiadores, que ponían la vida en la cancha.

Voladas magistrales, desafiando las leyes de la gravedad, saltos extraordinarios y colocaciones de puntería matemática, concitaban la atención de los oficiales, en esa hora boba, en la que tenían poco o nada que hacer.

La vida militar, y en especial en los acantonamientos de

selva, estaba limitada, a impartir o recibir órdenes, algo de entrenamiento físico y el voleibol. Todo aquello como parte de la preparación, para una guerra improbable.

Los conscriptos de vez en cuando efectuaban labores sociales, limpiando los parterres y bordillos del pueblo o construyendo algún muro de contención, en lugares, en los que los ríos hacían sentir su amenaza.

Los pilotos, eran los más exigidos en sus labores, llevando vituallas a poblaciones alejadas o movilizandolos enfermos refundidos en el vientre de la selva.

Vela al igual que la mayoría, tuvo poco trabajo que hacer y cerca del mediodía salió a observar un partido que se anunciaba, como de los mejores de los últimos tiempos.

Recién llegado de Guayaquil, se encontraba el sargento Subía, miembro de las Fuerzas Especiales, musculoso y ágil. Venía precedido de la fama, de ser mejor jugador que el negro Cobeña.

Éste, era su primer partido en Shell, pero gente que militó en los mismos cuarteles que él, comentaba, que no existía otro igual.

Hoy le verían debutar, jugando con Ortube y Cangá.

La plantilla retadora, la integraban Cobeña, Chalá y Rosero.

El Coronel Guerrero, confiaba en el negro.

¡Apuesto, una caja de Buchanan's a favor equipo del negro! gritó, buscando con la mirada al valiente que cubriera la apuesta.

¡Yo asumo el desafío! contestó el mayor Dávila arriesgándose, al no saber a ciencia cierta, de las condiciones de Subía.

Queda apostado sentenció el comandante, pensándose ganador.

Se inició el encuentro. Desde el principio, Subía mostró su nivel de experticia, con movimientos y saltos gatunos. Cobeña, no se quedaba atrás. Los puntos se peleaban con esfuerzo y ninguno cedía terreno. Los acompañantes de los dos astros, cumplían su labor con determinación, dando soporte, poniendo y salvando bolas difíciles. Cada equipo tenía sus partidarios y las acciones iban parejas, hasta que en el tercer set un remate de Subía pegó justo en la línea. El marcador estaba igualado a 13 puntos y esa anotación era definitiva. El árbitro miró a Guerrero y proclamó ¡Bola afuera!

Dávila airado, reclamó al juez por la evidente equivocación, pero este no cambió de criterio.

Se produjo un griterío, en el que Mera intervino:

Deja de llorar Dávila, aprende a perder cómo los varones!

El aludido, avanzó cegado y de un sonoro puñetazo durmió al mayor, que lo había provocado.

El golpe dio inicio a una batalla campal, de la que solo se escapó Guerrero, por el temor y respeto que en la milicia se tiene al superior.

Parecía existir un plan para la pelea, porque en su mayoría, los sargentos buscaban a los sargentos para golpearse; así mismo los cabos, los tenientes. Aún en el fragor de la lid, imperaban las jerarquías.

Vela, fue agredido por Sánchez, estando de espaldas, por lo que pese a la diferencia de rango, reaccionó lanzándole a su ofensor, patadas y puños que lo tumbaron, con una ceja rota y la nariz sangrante.

Villagrán, no había participado en un principio, pero terminó boxeando con Delgado, en una contienda pareja, sin mayores estragos.

Entre las huestes de los dos equipos que disputaban el partido, el asunto fue más serio, porque parecía que la habilidad para el deporte, iba unida a la capacidad para repartir mamporros a diestra y siniestra.

Cobeña, con impacto de cabeza, dejó fuera de combate a Ortube, que antes había lastimado a Chalá. Subía, con el rostro lleno de cortes e inflamaciones, golpeaba a quien se le pusiera al frente. Cangá, debió haber sido luchador de Catch as Can, por las llaves que se le vio colocar a sus momentáneos enemigos.

Pablo Guerrero, se vio obligado a sacar su pistola y disparar al aire, para que termine el combate.

En el piso quedaban varios contusos y heridos de todo tipo, que pausadamente se iban incorporando.

¡Esto no puede ser! bramó el Comandante. ¡Pasaré un informe por escrito a la oficina de personal en Quito y ello va a aparecer en la hoja de vida de los que iniciaron este acto sin nombre! ¡Dávila, queda arrestado y cumplirá una semana en el calabozo! ¡Vela, a usted se le confinará el mismo tiempo a su pieza, con raciones básicas de alimentos! ¡Delgado ira castigado a Curaray! ¡Subía, bajo la supervisión del suboficial Mejía, pasará 10 veces la pista de entrenamiento y perderá dos francos de fin de semana!

¡Señor y los otros que también participaron! se atrevió Dávila a increpar.

¿Está contradiciendo mis órdenes, pedazo de mamarracho? ¡Cumplirá 10 días en el calabozo y le aumentaré 5 más por cada ocasión que me responda!

El oficial sancionado calló y agachó la cabeza, mordiéndose los labios por la injusticia.

Vela, encontró su castigo benevolente, pareciéndole que por el placer de haber sometido a una golpiza a Sánchez, valía la pena.

En ese espacio de encierro, se dedicaría a leer y a descansar. Su único sufrimiento sería la comida. La ración básica era pobre y él estaba acostumbrado a comer abundantemente.

De aquel evento pugilístico, quedaba una enseñanza importante para Rodrigo Vela. Se pudo establecer con claridad, que dentro de la Brigada existían dos bandos perfectamente diferenciados: Los perros de Guerrero, incondicionales a él mientras mandase, totalmente dispuestos a hacerle el juego que él proponga. Los otros, un pequeño grupo de oficiales, que eran diametralmente diferentes: ellos sí militares íntegros, que no se someterían con servilismo, ni encubrirían a su jefe para ganarse su estima. Con estos últimos podía contar Vela y al salir de su detención, los contactaría para ponerles al tanto de lo que estaba ocurriendo.

Sendos policías militares, condujeron a los castigados a sus lugares de confinamiento.

Delgado y Dávila compartirían el calabozo, hasta primera hora de la mañana subsiguiente, en que una avioneta saliera para la zona de Curaray, región que parecía quedar en el fin del mundo, por sus limitaciones y su olvido.

En ese lugar, se giraba 360 grados y no se observaba otra cosa que enorme vegetación, tan tupida que al internarse en ella, escasamente se divisaba la luz y por ello se mantenía en una penumbra continua.

Guerrero, solía enviar allí a los hombres que hubieran cometido una falta grave. Nombrar Curaray, de alguna forma, era hablar de una colonia penal de incomunicados, como lo fuera Galápagos hace años; donde se veía llegar el avión o la embarcación, únicos nexos con el exterior,

como se ve llegar un ángel salvador.

El concepto de estar libre y estar preso al mismo tiempo, era para Guerrero el atractivo que lo hacía utilizar tan poco grato destino, para purgar a los que no estaban con él.

Delgado, tenía comprado el viaje hace rato y lo sabía.

Un mes antes de la pelea del voleibol, Javier Delgado estuvo en el Puyo comprando alimentos para sus canes de raza a los que criaba con esmero y a los que daba el mejor trato, con comida especial, cepillados diarios y baños de espuma. Al salir de la tienda tropezó con Sonia que descuidada caminaba contoneando sus caderas amplias. El golpe le hizo caer las fundas que llevaba.

¡Tenga más cuidado, señora! le había dicho, sin mayor delicadeza.

¡Ve aprendiendo a respetarme, que soy la mujer de tu jefe! respondió ella, con petulancia.

¡Que yo sepa, la mujer de mi comandante, se llama Ruth y no es una prostituta baja como usted! ¡Apártese de mi camino! ¡Zorra!

¡Hijo de puta! ¡Maldito milico, te jodiste! ¡No sabes con quién te has metido! ¡Vas a tener que pagármelas, desgraciado!

Sonia, apenas producido el incidente, llamó a Guerrero; pero él no tenía excusa para arrestar a Delgado, aunque

ganas le sobrasen. Debió tragarse la ofensa y dejarla aletargada, hasta que tuviera una oportunidad de atrapar al ladino oficial. La golpiza producida en el partido, le vino como anillo al dedo y el vengativo coronel, pasó cuentas de una vez por todas.

No hacía falta que largas permanencias en Curaray fueran ordenadas de forma oficial. El clima era el encargado de determinar, la duración de las estadías. Si un avión viajaba una semana, difícilmente lo volvía a hacer en tres meses, menos todavía si el comandante, que autorizaba las operaciones al lugar, no incluía ese destacamento en los planes de vuelo.

Delgado tenía la esperanza de que aquella fatídica mañana en la que comenzaría su verde e inhóspito encierro en la cárcel de fronda, la nave no despegase, alertada por radio del mal clima en el sector; sin embargo estaba despejado y partió.

Rodrigo Vela, arrestado en la pieza, no podría ni siquiera conversar con Owens, ni tendría noticias de Jorge Montalbán, al habersele prohibido cualquier comunicación telefónica.

Al policía militar que lo acompañó, le solicitó el favor de que le comprara todos los periódicos a diario y cuanta revista pudiera conseguir en el pueblo.

Tratándose de un capitán, el policía no se negó y ofreció llevarle sus encargos con puntualidad a mitad de cada mañana, hora en que llegaban los periódicos a Shell.

Con material de lectura, pensó que las horas pasarían rápido y que pronto estaría en su oficina otra vez. Se equivocaba completamente.

Primero, hurgó las páginas de El Comercio, que terminó de revisar con detenimiento. Al concluir, se dio una ducha tratando de permanecer en ella el mayor tiempo posible. Creyó que algo de gimnasia le vendría bien e hizo lagartijas y sapitos, que le aburrieron de inmediato.

Caminó el cuarto de extremo a extremo, diez, veinte treinta veces. Se echó en la cama y se puso a examinar el cielo raso de yeso con ornamentos de flores. Decidió contar cuántos paneles había, cuántos tablones de madera conformaban las paredes, cuántas líneas de persiana cubrían su ventana.

Aprendió el número de baldosas del baño. Se pegó con insistencia al vidrio que miraba en diagonal al casino y aplastó su nariz tratando de pasar a través de él.

La comida de la noche llegó austera, como era de esperarse. Un pan blanco, un plato de sopa y un vaso de agua potable, porque la de los baños no podía beberse.

Retuvo lo que más pudo al conscripto que llevaba los alimentos, proponiéndole varios temas de conversación; pero el muchacho tenía que continuar con su trabajo, aparte de que no era bueno para la charla.

La radio sonaba ruidosa y poco clara, a tal punto que llegaba a molestar.

Es verdad que Rodrigo no era amante de las salidas frecuentes y en ocasiones no dejaba su habitación en todo el día, en especial algún domingo, en que no tenía nada que hacer o padecía de resaca; sin embargo, ahora era diferente. Si se le hubiera antojado salir en esas circunstancias, lo podía hacer; en cambio esa sensación de obligatoriedad del encierro ordenado por Guerrero, añadía otras connotaciones al cuarto prisión que comenzaban a desesperarle.

A las diez de la noche hubiera dado lo que tenía por respirar el aire húmedo de la calle, por beberse una cerveza helada o comer una chuleta jugosa.

¡Owens, tan cerca y no poder hablarle! se dijo.

Ese momento se le ocurrió la idea de golpear la pared, que daba al cuarto de su amigo.

“Toc, toc, toc” hizo sonar tres veces con los nudillos.
“Toc, toc, toc” otra vez.

Al tercer intento recibió respuesta similar.

¡Richard, puede oírme! dijo Vela, pegándose a las juntas de la madera.

- ¡Si, Rodrigo! ¡Que sucede! ¡Por qué no viene a mi habitación!

- ¡No puedo! ¡Estoy arrestado!

- ¡Arrestado!... ¿Y eso por qué?
- ¡Golpeé a otro oficial de más alta jerarquía!

- ¡Muchacho! ¿Para qué se mete en líos?

- ¡Primero fui atacado a traición!

- ¡Yo no soy militar, pero conozco que en ese mundo de uniformados, lo peor que se puede hacer es faltarle a un superior!

- ¡Ya no hay remedio, está hecho!

- Es verdad...

- ¡Richard, me estoy volviendo loco, aquí encerrado! ¡Y así... a gritos, no podemos conversar! ¡Siento que ya me arde la garganta!

- ¡No veo como podríamos solucionarlo, Rodrigo!

- ¡Tengo un martillo y voy a desprender una de las tablas que forman la pared, así al menos, podremos vernos la cara!

- ¡No cree que si lo descubren, eso le traiga problemas!

- ¡Por aquí solo vienen, el policía militar que me entrega los periódicos y un recluta con la comida! ¡Ya conozco las horas de su llegada!

- ¡Manos a la obra entonces!

Resultó sencillo retirar el tablón y luego enderezar los clavos, para volverlo a colocar si fuera necesario.

La abertura, tenía algo más de 20 centímetros de alto, por un metro de largo.

Rodrigo, se dio cuenta después, que ubicando el ropero a un costado, ese espacio se cubría completamente. Así podía abrir y cerrar su ventana al cuarto del gringo, cuando quisiera. Por el boquete, podría recibir licor, comida, intercambiar libros y revistas. El universo de su encierro cambiaba, aunque después de cada conversación terminase dolorido por las incómodas posiciones que debería asumir para que pidieran verse cara a cara. La inmovilidad parcial del extranjero aportaba para que no pudieran ubicarse con soltura a charlar, lo que se notaba en especial, cuando lo hacían por largos períodos.



CAPÍTULO
13

En el casino había movimiento hasta altas horas de la noche. Se practicaba una limpieza exhaustiva, se acomodaban mesas, se disponían blancos manteles. Todo tenía que estar a punto, para la tarde del día siguiente en que se debía realizar el sonado Té de las Señoras de los Oficiales de la B.S.20 Pastaza, ofrecido por la esposa del Comandante de la unidad, la señora Ruth Figueroa de Guerrero.

No había mujer de militar en el campamento que no comentase sobre el evento.

Las damas, se untarían con las mejores cremas esa noche, para amanecer con cutis lozano. En la reunión vestirían sus mejores trajes y destilarían aromas franceses, que los sueldos de sus esposos, apenas alcanzaban a pagar. Cualquier sacrificio se justificaba, si de impresionar a las otras mujeres, se trataba.

Los “Té de Señoras” realizados mensualmente, que comenzaron siendo una simple oportunidad para jugar canasta en cualquier domicilio, se fueron convirtiendo en una competencia, en la que cada cual debía ofrecer mejores manjares que la anterior y licores más exóticos. La exhibición de vestuario no se quedaba atrás de las que acostumbraban las estrellas en los estrenos de Hollywood, con la diferencia de que aquellas, se televisaban y tenían asistencias multitudinarias, mientras que en plena jungla, no habría otro observador que ellas mismas.

Era implacable el poder de exterminio de las lenguas, de las convocadas y resultaba mejor curarse en salud,

asistiendo elegante, que someterse a las encarnizadas críticas del peligroso conciliábulo.

Para la ocasión, la expectativa era mayor, porque le correspondía a Ruth de Guerrero el convite.

Si las reuniones ofrecidas, por las mujeres de oficiales de menor jerarquía, fueron impresionantes ¿cómo sería la de la primera dama del campamento? se preguntaban todas.

Estas citas del chisme y el ataque, eran recientes e ideadas por la mujer de Mera. Ella se ofreció a comenzar la ronda y puso en compromiso a las demás, que debieron irse sucediendo mensualmente, conforme el orden dictado por un sorteo.

En casa de Ruth, desde temprano se inició el ajetreo. Las empleadas propias y las contratadas para la ocasión, iban y venían de la cocina, decorando los manjares. La dueña de casa, entraba y probaba, algo de aquí, algo de allá, añadía un toque de perejil a los entremeses, coronaba con aceitunas los bocadillos y veía que las galletitas con rodajas de huevo duro y caviar, estuvieran adecuadas con orden en las grandes charolas.

Revisó las bebidas y no faltaba, el Curvoisier, el Grand Marnier, el Curaçao, ni las botellas de Piña Colada.

El plato principal, sería una Ternera Cordón Bleu, acompañada por una guarnición de vegetales saltados. Habría también tournedos bañados con bechamel al curry y champiñones. Con ello, lo de “té”, quedaba solo

en nombre, convirtiéndose en una cita gastronómica de alto nivel, que hacía caso omiso a la cita bíblica, que conmina a, no dar perlas a los cerdos.

A la hora prevista, las preparaciones fueron transportadas al casino y repartidas en los lugares correspondientes. Los meseros, vestían smoking de chaqueta blanca y pantalón negro, con corbatín de moño oscuro.

Mazos de naipes reposaban en cada mesa y fichas de colores para anotar los tantos o representar valores en las apuestas. A eso de las 6 de la tarde, el maestro de la guitarra, Enrique Cerda Caladucha, ejecutaría su instrumento, para deleite de las asistentes.

Cerda Calapucha, era un aborigen de la etnia Huaorani, que había sido cristianizado por misioneros, que lo educaron desde pequeño y lo enviaron a estudiar en los Estados Unidos, en donde además del idioma, aprendió el arte de la música, que lo había consagrado como intérprete de De Falla, Albeniz y Segovia. Ya no hablaba su lengua vernácula y de hecho era el mayor detractor de sus ancestros; pero la sociedad blanca lo había adoptado como uno de los suyos y él se sentía realizado, actuando para auditorios tan selectos como aquel que estaba por escucharle.

Los relojes marcaban las tres y treinta minutos. Los autos, en su mayoría Morris Marina que el ejército importara para sus hombres, fueron estacionándose al pie del casino y de sus interiores descendían apoteósicas damas, con maquillaje recargado, cuyos olores se repartían por el espacio, como dedos invisibles, propagándose hasta

el mismo río Pastaza, desde donde se podía percibir el Chanel No. 5 o la última extravagancia olfativa de Givenchy.

Ruth de Guerrero, ya se encontraba en la puerta, saludando con grandes besos en la mejilla, a cada una de las recién llegadas.

- ¡Hola Fanny querida! ¡Te ves regia! ¡Que bello vestido, te luce de maravilla! decía con poca convicción y ese tono forzado e hipócrita, que la caracterizaba.

- ¡Gracias Ruth! ¡Tú luces estupenda! ¡Que bella falda! ¿Es de Ungaro?

No, es mía -bromeó la anfitriona mostrando los dientes en su tradicional sonrisa congelada.

Las damas continuaban su arribo.

¡Vilma preciosa! ¡Con esa ropa, aparentas 15 años menos! ¡Estás hecha un figurín! elogiaba vanamente la señora de Guerrero.

- ¡Tu también amor, luces mucho más joven de lo que en verdad eres! ¡Ese color de cabello es tan natural! ¡Te cubre las canas! ¡Pareces una adolescente!

Los meseros, empezaban a moverse con sus bandejas llenas de copas elegantes.

¡Elisa! ¡Bienvenida, pasa adelante! ¡Te has adelgazado! ¡El negro te hace ver en línea! rebuscaba Ruth, para no

repetir su perorata inicial.

- ¡Tú igual, amiga del alma, estás menos gordita, que la última vez!

En realidad, esas mujeres obligatoriamente se veían todos los días en un recinto tan pequeño, pero era parte del protocolo, repetirse cómo lucían, aunque las preguntas y respuestas, fueran muchas veces un enfrentamiento verbal encubierto, con palabras edulcoradas y falsas.

A las cuatro de la tarde, todas las concurrentes, se encontraban en su lugar repartidas en mesas, que obedecían al rango de los esposos. Las mujeres de tenientes y capitanes, las más jóvenes y menos contaminadas por la cursilería y la ostentación, entablaban diálogos menos densos. La música de moda salía a flote, las tiendas de Quito, los comentarios jocosos y el chisme casi indispensable, para la mentalidad y forma de vida de aquel núcleo.

En las mesas de las cónyuges de mayores, tenientes coroneles y el único coronel, se podía percibir un ambiente formolizado y espeso, donde cada ademán se efectuaba con rigidez y estudiada rimbombancia.

Se estimaba de buen gusto tomar uno o dos bocadillos y luego decir no, aunque tuvieran el deseo de acceder a otro.

Las tazas apenas se sujetaban, con pulgar e índice, dejando estirado el dedo meñique, como veían en las películas acerca de las cortes inglesas.

Hubieran deseado que los meseros, se llamasen Perkins o Fergusson para fingir, que eran nobles atendidas por sus mayordomos.

Ruth se daba tiempo para sentarse cortos lapsos en las mesas de los oficiales subalternos y platicaba, algunas frases con esas mujercitas que no eran de su nivel.

¿Chicas, se están divirtiendo?... ¿Sí? ¡Cuánto me alegro! ¡Sírvanse los entremeses, que yo misma los he preparado! ¡Están deliciosos!... ¡Prueben el caviar, es legítimo de esturión! ¡Ya saben, lo mejor para mis amigas!

Cuando Ruth Guerrero dejaba las mesas, se comentaba del coronel y su calzón de flores. Se mencionaba abiertamente a su amante, con nombre y apellido y las maletas encontradas cerca del aeropuerto. Decían que Guerrero había tomado un cuarto en la pensión; pero que era solamente para despistar, porque en realidad dormía en el Puyo, en la casa de esa aprovechada a la que Delgado, había llamado por su nombre adecuado: ¡Zorra!.

Otro de los objetivos, de los dardos de esa cofradía de la virulencia, la acritud y la maledicencia era Mirtha, esposa de un capitán de artillería recién llegado, Mauricio Santoral. Se trataba de una bellísima venezolana cuyo arribo al campamento provocó miradas de deseo de los hombres y por supuesto, la envidia de las mujeres, que no podían compararse con la deslumbrante figura y los atributos perfectos, del rostro de aquella rubia monumental, que desconociendo los niveles de inquina de sus pares, se paseaba tranquila en bicicleta, vistiendo

shorts mínimos que dejaban a la vista sus torneadas piernas, bronceadas y largas.

¡Es una puta! decían. ¡Trata de provocar a nuestros maridos! ¡Qué indecencia! ¡Has visto los pantaloncitos mínimos que lleva! ¡Poco le falta para pasearse en trusa y con las tetas al aire!

Ese día la llanera había viajado a Quito con su esposo, de modo que no asistiría y podrían hablar cuanto quisieran de ella, además de que no se sentirían apocadas ante la diferencia desproporcionada de esa diosa terrena y de ellas, vanas mortales sin mayores atractivos.

Todo se mantuvo en calma, hasta la presentación del guitarrista. Hubo muchos aplausos y después los discursos de rigor.

Ruth, debía agradecer la presencia de todas:

Distinguidas señoras de oficiales de la B.S. No. 20 Pastaza. Es muy placentero para mí, dirigir estas cortas palabras, como muestra de mi agradecimiento sincero y profundo, por haber podido contar con todas ustedes, en esta celebración del té mensual, que se ha vuelto una práctica irrenunciable de nosotras las mujeres de este campamento. Actos como éste, sirven para unificarnos y profundizar los lazos de camaradería y afecto, que ya nos unen. Quiero, aprovechando la oportunidad, hacerles extensivo el saludo del Comandante de la Brigada, mi esposo; que sabe que la institución militar, supervive y trasciende por el apoyo que las esposas damos a nuestros maridos. Ese apoyo, redundante en que las decisiones importantes que ellos toman, sean pensadas, en el

ambiente de paz, de sus hogares. El ejército, es el bastión inexpugnable de la nacionalidad, por sus hombres y nosotras somos y seremos, quienes permitimos, que esos hombres sirvan de manera valiosa, a la patria... ¡Gracias!

La sala rompió en aplausos, más fuertes que los recibidos por el artista. El batir de manos acallaba los comentarios sobre la mentirosa alocución, a sabiendas de la situación de pareja de la oradora.

¡Mira a la vieja bruja! ¡Habla de la paz del hogar y le pega al esposo! -comentaba alguien poco afecto a la que acababa de intervenir.

¡Es que el viejo asqueroso, vive con una puta! respondió otra, sin justificar el falso discurso.

Se acostumbraba, que luego de las palabras de quien había ofrecido el agasajo, interviniera alguna de las señoras, agradeciendo el acto.

La mujer de Sánchez, había preparado por escrito, la réplica para la ocasión.

Cuando hubo terminado de aplaudir a su amiga, Iselda se levantó de su asiento, con el ánimo de aproximarse al micrófono. Avanzó unos metros, sin embargo, la esposa de Delgado llegó primero al atril y tomó en sus manos el artefacto, para amplificar su voz.

Iselda de Sánchez, se quedó con su papel abierto y la saliva en la boca.

Sé que no estaba programado que yo interviniese; pero como esposa de un oficial, al igual que ustedes, creo tener el derecho de hablar, aprovechando la invitación de Ruth de Guerrero expresó Elisa aplomándose en el proscenio. Mi esposo, así como dos importantes y talentosos oficiales más, se encuentran injustamente detenidos por órdenes del coronel Pablo Guerrero. Ellos fueron provocados por ciertos cobardes, que apoyándose en el rango, pretendieron consumir el infame ataque sin recibir respuesta. ¡Nuestros maridos, antes que militares, son hombres de honor a los que no se puede ofender, sin esperar la contestación apropiada! Vengo a expresar formalmente mi protesta y a decir: que llegaré ante las autoridades más altas, para que se haga justicia. No digo que mi esposo, no tenga que cumplir una sanción. Si se extralimitó, debe hacerlo. Lo que exijo es que si hay un castigo, este sea para todos los involucrados.

Nolfra de Mera e Iselda de Sánchez, trataron de arrancar el micrófono a Elisa. Ella no lo permitió e impuso su juventud y su fortaleza a empujones, para seguir hablando.

La mujer de Mera, se acercó donde uno de los policías militares que custodiaba a la señora de Guerrero y le pidió que actuase, que estaban ofendiendo al comandante y a su esposa. El hombre se acercó acatando el pedido, pero la misma Ruth le puso una mano en el pecho.

- ¡Déjela hablar! ordenó.

Se hizo un silencio sepulcral, con el que la mujer de Sánchez y la de Mera, quedaron desconcertadas.

¡Ruth! -exclamó Elisa, invocando a la anfitriona-. En tus manos está el lograr la liberación de los detenidos o exigir que cuantos se involucraron en la pelea, paguen por igual. Quiero ser honesta. Yo he sido una de las principales detractoras de tus actitudes y de tú carácter. Cada encuentro nuestro, ha sido una ocasión para satirizarnos, sin, aparentemente, darnos cuenta. Deseo dejar eso en el pasado. Sé que eres mujer de principios, pese a ser parte de este mundillo que apesta y que todas hemos ayudado a construir. Habla con el coronel y pídele que sea honesto consigo mismo. Agradezco la invitación y me retiro a casa, donde esperaré sin salir, hasta la vuelta de mi esposo.

Elisa se fue caminando hacia la puerta, con el negro maquillaje de las pestañas, convertido en lágrimas que le rodaban por las mejillas sonrosadas.

Ruth comenzó a aplaudir, lento, primero dando palmadas sueltas y separadas. Cuando Milena de Villagrán se unió al aplauso, todas las presentes hicieron sonar sus palmas también, acelerando el ritmo, hasta llegar a la ovación. Iselda y Nolfia, también terminaron por unirse.

¡Este té, se ha terminado y se inicia el mitin de las mujeres a la defensa de sus maridos, vamos a pie al comando dijo con convicción absoluta Ruth de Guerrero!

Así, con sus trajes elegantes, caminaron por el lodo ya que esa tarde había llovido. Nunca antes se vio en Shell, una manifestación, como esa, ni se volvería a ver en al menos cuarenta años.

La muchedumbre de señoras, iban entonando cánticos, a

toda voz ¡Libertad! ¡libertad! ¡libertad!: ¡detenidos!. Esas mujeres acostumbradas a no mover un dedo, ni a ser parte de nada; por primera vez tenían la oportunidad de ser seres con criterio. Al marchar, se fueron encontrando con las esposas de los soldados, cabos, sargentos y suboficiales, invitándoles a que se unieran. Muchos niños se sumaron también al grupo que avanzaba. Un espíritu de lucha, que no habían sentido, se apoderó de todas.

¡Seguían gritando! Varias, se sacaron los zapatos costosos y caminaron descalzas en el lodo, arruinando sus pedicures; pero no importaba, las mujeres eran personas y no objetos, tenían el derecho y la obligación de disentir. Pensaban por sí mismas y lo estaban demostrando. Al llegar a las oficinas, estaban presentes más de 100 personas agolpadas a las puertas de la Brigada. A ellas se añadió la gente del pueblo, que todo lo sabía y entendió sin retardo el motivo del cortejo.

¡Libertad! ¡libertad! libertad! - coreaban, con los puños levantados.

Guerrero, estaba recostado en su sillón, bebiendo coca cola de lata, su favorita. Al percatarse de la multitud que agitaba vehementemente sus brazos y lanzaba consignas, salió al balcón, dispuesto a acallar cualquier revuelta. Por un instante creyó que eran los empleados del hospital, exigiendo mejoras salariales. Recogió su pistola que estaba colgada en su funda, del asta de un perchero, para disparar al aire si hacía falta. Conocía del poder de disuasión de las armas y para esas instancias estaba preparado pues había permanecido 25 años en el ejército.

Se asomó gritando:

- ¡Qué mierda pasa, aquí, hijos de...!

Enmudeció a media frase, al ver a Ruth dirigiendo esas huestes enfervorizadas.

Ella alzó el tono y señalando con el dedo a Guerrero, habló.

- ¡Cobarde! ¡Toda la Brigada te sabe como un pésimo esposo, como un mal amante, como un jefe prepotente y dictador! ¡Ahora te están concediendo la oportunidad de probar, que no eres un mal ser humano! ¡Demuestra que tienes alma, entrañas y algo de vergüenza en el rostro! ¡Deja libres a los hombres que has castigado o castiga a todos a quienes deberías! ¡Basta de preferencias! ¡Hoy, las mujeres de oficiales y de miembros de tropa, estamos aquí, para requerirte! ¡Se hombre de verdad, por una sola vez!

La turba volvió a gritar, esta vez el nombre de su coronela.

- ¡Ruth! ¡Ruth! ¡Ruth! ¡Ruth!

Guerrero, de modo que pudiera ser escuchado por las de abajo, dijo a todo pulmón, entretanto llamaba con el dedo a un subalterno.

¡Que suelten a esos desgraciados o háganlos venir de donde mierda se encuentren!

Retumbó una explosión de júbilo y los vítores, se multiplicaron.

Para Ruth, ese día, la vida había cambiado.

Dávila que salió ese momento del calabozo y Delgado que tuvo la suerte de poder retornar a la mañana siguiente, fueron tratados como héroes, sin acabar de comprender lo que sucedió. Delgado creyó a momentos que terminaría imitando a los simios y a los papagayos de la espesura, eternizado en aquel triste destino.

Unos minutos más tarde, Vela se unió al grupo. Desde su pieza, oyó, el escándalo, pero no pudo enterarse del hecho que lo motivaba, hasta que llegó un guardia a notificarle que podía salir.

En el casino, las botellas, estaban casi intactas y se formó una gran fiesta, en la que no hubo diferencias de jerarquía.

A media noche la música sonaba, llegaron más cajas de licor; pero Guerrero, Sánchez y Mera, no asistieron.

Villagrán el mono, estuvo en el festejo disfrutando, como cualquiera, sabiendo que su actitud, determinaba el pasar al otro bando. Ese del que nunca hubiera querido ni debido salir.



CAPÍTULO
14

Las noticias volaban y desde Quito, llegó una amonestación de la Comandancia General para Guerrero, por haber permitido los desmanes ocurridos en días pasados, por un grupo de mujeres histéricas, que a gritos y bajo amenazas, consiguieron la liberación de tres oficiales, detenidos por conducta impropia y protagonismo en actos bochornosos, que contrariaban el espíritu militar.

Se recomendaba, dentro de las observaciones realizadas por la Comandancia, que el coronel Guerrero tuviera más cuidado, con las actitudes de su esposa, que ya en otras ocasiones, había causado preocupación en el Estado Mayor Conjunto, y que de repetirse, obligarían a que se pusiera al oficial superior, en estado de disponibilidad.

Al parecer el recuerdo del involuntario show de desnudismo protagonizado por Ruth desde su balcón frente a la cancha del Cuerpo de Ingenieros, no se había olvidado. Tal vez sus senos grandes, blancos y de pezones rosados, aún provocaban alguna paja furtiva, en parte de la oficialidad influyente de Quito.

Guerrero, como era de esperar, contestó explicando sus argumentos, pero la carta de amonestación recibida, constaría indeleble en su tortuosa hoja de vida, marcada siempre por los exabruptos de Ruth, a quien pese a todo, amaba y soportaba.

El coronel había pensado que por lo menos, el perdón que había otorgado, serviría para hacer la paz con su mujer y volver a estar con sus hijos que habiendo llegado de unas cortas vacaciones y que no lo visitaban por disposición de su madre.

Ruth, estaba empeñada y no escuchaba razones, además se sentía decidida a averiguar quién era la mujer que tenía amoríos con su esposo, no para decir que le dejase en paz; más bien para cedérselo oficialmente.

Poco tuvo que hacer, para recibir informes de la amancebada. Por cientos le llegaron cartas, esquelas y pasquines, en los que con lujo de detalles, se daba cuenta de las aventuras de Guerrero.

Ruth contaba ya con la dirección de la tal Sonia, y esperaba juntar fuerzas para visitarla y aclarar algunas cosas.

Las misivas recibidas le indicaban que la amante oficial de su marido, era una ramera en ejercicio suspenso de la profesión, que hasta hace poco protagonizaba actos de streep tease, en un cabaret de mala muerte, llamado El Candil.

Que no era bonita, se enteró; pero sí joven y de cuerpo regular.

Desde la marcha de las mujeres, se sentía... respaldada, querida y al caminar por las calles del campamento, aquellas que en otro tiempo le formulaban frases, faltas de sinceridad y besos como los de Judas, ahora, la abrazaban con fuerza y sus palabras ya no estaban vacías.

Ruth, había dejado de vestir y hablar con presunción, pensando que las reuniones de esposas de oficiales, podían ser desde la fecha, eventos de trabajo social y recaudación de fondos para causas colectivas. Lo que no sabía era si ella seguiría siendo parte del núcleo, pues tenía pensado seriamente el divorcio.

Casi no se había visto con las señoras de Sánchez y de Mera, prefiriendo buscar a las más jóvenes y vitales. Mujeres a las que antes odiaba o por lo menos, despreciaba.

Que era una actitud fingida, se comentaba respecto a la nueva manera de ser de Ruth, oportunista y poco sentida. Que tarde o temprano volvería a ser la misma; que no existía ese toque mágico que hacía cambiar a la gente de la noche a la mañana.

Y no era que Ruth se hubiera convertido en una mansa paloma o que descubriera su vocación de santa. Lo que sucedía era que esa mujer, rubia artificial, algo gorda, de 44 años, necesitó de 25 de ellos, para saber que era

una líder nata, una conductora; que su poder radicaba en su capacidad de convocatoria y no en su vanidad o su petulancia.

Estaba segura de que la misma convicción que tenía para manejar a su marido, le serviría, para organizar, conjuntar y orientar a cualquier grupo humano.

Los que la veían pasar con jeans, camisetas sin mangas y zapatos cómodos, no podían creer que fuera la misma que recargaba su maquillaje, hasta parecer una copia burda de un actor de teatro Kabuki.

En su recorrido por la Brigada, Ruth saludaba con todos y se asemejaba a los políticos en campaña, comprometiendo votos para elecciones.

Guerrero, que tenía ojos a lo largo y ancho del campamento, se preocupaba por el cambio brusco de su mujer y presagiaba lo peor, adelantándose a lo que en efecto vendría.

Vela aunque libre, seguía vigilado y sus reuniones con Owens eran observadas de cerca, llegándose a instalar un micrófono oculto, para captar cuanta conversación se produjera en la habitación del gringo.

Justo ese día por la mañana, le habían hecho salir forzosamente del cuarto, fingiendo un problema en las cañerías de agua. Varios hombres vestidos con mandiles de trabajo, se presentaron y dieron explicaciones técnicas, que Richard aceptó, dado su total desconocimiento de

fontanería.

Cuando el artilugio estuvo instalado, llevaron al gringo de regreso a su cuarto. Él no pudo notar nada, pues el tamaño del aparato, era tan pequeño que pasaba inadvertido. Por eso Owens, continuó con su ritmo normal, ajeno a la confabulación que Guerrero había preparado.

En la noche se vieron los primeros resultados. Como a las ocho, Rodrigo Vela golpeaba la puerta de su amigo y éste, le abría, saludándole afectuoso. Vela había llevado unas cervezas y aunque Owens no era afecto a ellas, las bebió, animado por la conversación, que siempre era fluida y se desenvolvía en cualquier tópico, que se trajera a colación. Además el Jack Daniel's fue bebido en su momento, con la misma afición con que un crío termina una funda de chocolates en navidad. La charla fue prolongada y se habló de asuntos de poca trascendencia; pero tarde o temprano se conversaría de lo que el Comandante de la Brigada, esperaba oír.

- Dígame Rodrigo ¿Ha podido averiguar algo sobre si la operación de búsqueda cuenta con la aprobación de las altas autoridades militares?

-Tengo un buen amigo, como creo haberle dicho, que aún no me ha dado respuestas, pero sé que estará indagando a consciencia y pronto, tendré novedades. Él da por hecho, que las cosas se estén haciendo sin aprobación de nadie. Yo pienso también, que todo es entre Guerrero y sus secuaces. Hasta que no nos

enteremos con objetividad de lo que sucede, usted amigo Richard, debe abstenerse de participar en cualquier recorrido que pretendan imponerle. Diga que se siente mal, que está enfermo y no vaya a ninguna parte, ni proporcione más detalles.

Pensar, que ellos creen saberlo todo dijo tristemente el gringo.

- ¿Creen saberlo?

- Así es. ¡Creen!

- ¿Hay algo, que yo tampoco sepa?

- Sí, lo hay.

- ¿Y de qué se trata?

- Es algo muy importante. Pensaba mantener el secreto con usted también. Ya no puedo. Lo considero mi amigo y un amigo merece saber toda la verdad.

- ¿Cuál verdad?

- Se la contaré al detalle.

- ¡Me desconcierta!... ¡Ahora, de una buena vez, quisiera oírlo todo!

- No se preocupe, le narraré hasta el más mínimo evento; pero vamos afuera, hace algo de calor y la cerveza en lugar de refrescarme, me ha hecho sudar.

- Por supuesto, a esta hora corre brisa y estaremos frescos allá.

En el departamento de transmisiones y con Sánchez operando los equipos, la conversación se dejó de escuchar en el momento más importante.

¿Qué pasa? preguntó Guerrero, a quien habían llamado, justo cuando Vela, iniciaba su importante charla con el extranjero. Habían grabado íntegramente la plática; pero el Coronel la pudo escuchar, casi por completo, en directo, y en tiempo real, al no haberse demorado en llegar.

- Mi Coronel, salieron de la pieza del gringo, seguramente al corredor y allí no contamos con micrófonos.

¡Pelmazos! ¿Cuándo podrán hacer algo, por completo y bien? ¡Cómo no se les ocurrió poner esos aparatos en cada rincón de la villa de oficiales! -rugió mirando a Mera y al operador.

Mi Coronel, usted ordenó que se pusiera un solo receptor en el cuarto de Owens y eso es lo que hicimos explicó Sánchez.

- ¡Hijos de una grandísima puta! ¿Qué no tienen iniciativa? ¿Les falta el sentido común? ¿O es que el cerebro de ustedes, era Villagrán?... ¡Ahora que hemos decidido excluirlo de la operación, estamos jodidos!... ¡Ustedes carecen de la capacidad de pensar! ¿Tengo que llamar a otras personas para reemplazarlos?

Señor, con todo respeto, otros no aceptarían hacer, lo que nosotros estamos haciendo opinó Mera, tratando de esconder su molestia, por el modo en que eran tratados.

Guerrero alzó la mano e hizo tronar el cuadrado rostro del mayor con una explosiva bofetada.

Mera no esperaba esa reacción del comandante, al que no había visto llegar a la violencia física.

¡Señor, esto no lo puedo tolerar...! intentó terminar el ofendido, con tono subido y extrañamente envalentonado. La ofensa fue tanta, que momentáneamente olvidó la sumisión con la que actuaba a diario. El rostro le ardía y más aún, la sangre.

¿Qué no lo puede tolerar?... ¡Cerdo maldito! ¡Está metido en esta mierda hasta el cuello! bramó Guerrero, sujetándole de la camisa. ¿Acaso se está arrepintiendo, como Villagrán? ¡Él no durará mucho! ¡Yo sé por qué se lo digo!

Mera intentó soltarse bruscamente del apretón de su jefe, cuando sintió el frío metal de su Browning de 9mm, en la mejilla izquierda. Empezó a sudar frío e intentó disculparse. Sánchez, permanecía pegado como una araña al equipo de transmisiones, con la boca abierta, sin atinar a decir una frase coherente.

Podría matarle aquí mismo y diría después, que usted, en un acto de sublevación, intentó agredirme. Sánchez

sería mi testigo. Habría legítima defensa... ¿Sánchez, usted testificaría a mi favor...? ¿Verdad?

Cuatro segundos se quedaron flotando antes de la respuesta.

- Si... Si señor, lo haría.

- Bien, eso pensé que diría. Entonces Mera ¿quiere arriesgarse?

- ¡Jamás, mi coronel! Usted sabe que soy fiel-escupió miedoso después de ese espacio breve que le había permitido recapacitar y volver a ser el adulador hipócrita de siempre.

Eso está mejor dijo Guerrero, guardando su arma.

En sus ojos, mientras, brillaba esa titilación de la insania.

Esa misma chispa ardió seis meses atrás, al exigir la danza de Eva la de las piernas largas de garza.

Los hombres presentes, detectaron la obnubilación inusual y advirtieron que pisaban al borde del abismo. A Pablo Guerrero, el abandono de su mujer y la fiebre del oro, parecían estarle orillando a la locura.

Allí cerca, Vela y Owens, seguían en su conversación. Esta vez el gringo se había descargado de todas sus confidencias, tenía el alma aliviada. El capitán, no lo podía creer. ¿Sería posible, lo que había escuchado?... ¡Era inaudito!

Rodrigo Vela, creía conocer la historia de los Llanganates, al detalle y mejor que nadie, como amigo que era, del viejo. Más, la confesión escuchada, le enseñaba que era tan ignorante como cualquiera. Le dolía, sí, que su amigo no hubiera sido más franco; sin embargo le justificaba y entendía sus razones.

El gringo le había pedido que jurase. Un juramento era una cosa seria.

¡Juro por Dios! -dijo solemne Vela.

- ¡Júreme, más bien por su honor! pidió el parálítico. No meta a dios en estas cosas. Estará tan ocupado, que no tendrá tiempo para asuntos nimios de mortales. Me basta que su honra, garantice el silencio.

- ¡Por mi honra entonces! ¡Lo escuchado esta noche, morirá conmigo!

El pacto, se había sellado y la suerte quiso que Guerrero, no pudiera enterarse de él a través del micrófono instalado.

Acaso la providencia estaba de acuerdo, con que lo dicho esa noche en el corredor de la villa de oficiales, no pudiera saberlo nadie más; ni ahora, ni nunca.



CAPÍTULO
15

Un vehículo, con placas oficiales, se aparcó frente al acceso a las oficinas de la Brigada. Estaba lleno de lodo, como consecuencia del camino. Había ramaje en las portezuelas y el parabrisas, no dejaba percibir quien era el ocupante, por la suciedad acumulada, en la larga y tortuosa ruta, que llevaba hacia Ambato.

Al abrirse la puerta, los centinelas curiosos y extrañados, miraron al hombre que ocupaba el automotor. Se miraba en el retrovisor, al parecer comprobando su apariencia. Peinó su cabello con la mano y dio unas cuantas palmadas a su ropa, para sacudirla de la tierra y polvo recogidos en el viaje. El militar se engastó unas gafas oscuras, que extrajo de un bolsillo de su camisa y descendió, estudiando cada uno de sus movimientos.

El oficial, cuyas estrellas indicaban que se trataba de un coronel, descendió y desprendiéndose de la gorra, se enjugó el sudor escaso de la frente, con el dorso de la mano.

Llamaba la atención que no vistiera traje verde. Sus pantalones eran, los grises oscuros tradicionales, con línea roja, del uniforme de ciudad; pero los llevaba con camisa gris clara, de manga corta, como lo utilizaban los oficiales de regiones costaneras. En la gorra brillaban los laureles dorados y el escudo refulgía con los rayos que chocaban en el metal.

Era un hombre alto, alrededor de un metro ochenta. Tenía el rostro bronceado y el cabello negro. La nariz era aguileña y sus hombros muy anchos. Los antebrazos lucían fuertes y a primera vista, no parecía un oficial de alta graduación.

Entró a las oficinas con paso sonoro. Los zapatos de charol emitían un sonido como el de un chillido de ratón, al pisar el suelo de baldosa.

Los guardias y secretarias que le vieron entrar, saludaron de inmediato al mirar las charreteras con tres estrellas. A sus espaldas, cuchicheaban especulando sobre ¿quién podía ser?

Caminaba con tanto aplomo, mostrando un gesto casi hostil; que nadie se atrevió a preguntarle: ¿A quién buscaba? Cuando subió las gradas, como si conociera el lugar, se supo de inmediato que iba hacia donde estaba Guerrero.

Al ascender los escalones mantenía el cuerpo erguido perfectamente y regresó, por tan solo un segundo la cabeza, para devolver la mirada a una secretaria, que

boquiabierta, contemplaba su paso. Se sabía atractivo y hacía lo posible por seguirlo siendo a pesar de los años, que parecían pasarle de lado, sin tocar.

Luego del requiebro breve, siguió su marcha.

La puerta de Guerrero estaba abierta y el comandante ajeno al arribo del recién llegado, reposaba sus botas sobre el escritorio. Tenía la camisa del uniforme abierta, mostrando una mugrosa camiseta blanca interior manchada por, lo que parecía ser, la comida del almuerzo. Una joya de oro, aparatosa y pesada, reposaba sobre el pecho, pendiendo de una cadena, igualmente ostentosa.

Al mirar al fornido hombre, que estaba parado bajo el dintel, bajó los pies de inmediato y se apresuró en cerrar la camisa.

Sospechó que aquella no era una visita de cortesía; que ese hombre, no era portador de buenas noticias. Aun así, intentó ser amistoso y se acercó con la mano extendida, mostrando su expresión más agradable y servil. La sonrisa tatuada, le hacía parecer una hiena de dientes amarillos, con globos de saliva esquinados en la comisura de los labios.

Se sumió la barriga, envidiando el cuerpo del coronel que tenía enfrente, sin embargo los rollos del abdomen sobresalían por encima de la pretina del pantalón de camuflaje.

El extraño, no contestó el apretón que intentaba Guerrero

con la mano, dejándola estirada. Se limitó a realizar el saludo militar, que le fue devuelto nerviosamente.

¡Soy el coronel Jorge Montalbán! se presentó escuetamente el recién llegado.

Yo soy el Coronel Pablo Guerrero, Comandante de la Brigada de Selva número 20, Pastaza respondió tratando de que el tono de su voz, resultase histriónico y más grave.

- Sé quién es usted Guerrero. No deseo pasar el tiempo, por lo que le diré acerca del motivo de mi visita.

- Por favor, hágalo, pues me extraña no haber sido notificado del arribo de un alto oficial.

- He venido, por orden directa de mi General Gallegos, Comandante General del Ejército, para realizar una investigación sobre supuestas maniobras militares, que no han sido autorizadas ni conocidas en Quito.

- ¡Eh...! No creo que pueda encontrar absolutamente nada, que no sea trabajo de rutina. Menos todavía actos que se encuentren reñidos con mis atribuciones como jefe de la Brigada.

- ¡Eso lo veremos!

- ¿Acaso, me está acusando?

- No. De ninguna manera quiero adelantar criterios.

Una vez efectuadas mis investigaciones, emitiré un informe que le haré conocer oportunamente. Por el momento ordene que me preparen una habitación en la villa de oficiales. El viaje fue intempestivo y largo. Deseo cambiarme de ropa y ducharme.

- Como usted quiera Montalbán. Luego podrá averiguar cuánto le parezca.

- Lo haré en efecto.

El silencio que quedaba flotando entre frases, agudizaba lo tenso de la situación, por ello Guerrero prefirió apurar la partida del extraño, que acababa de arribar.

¡Carreño! gritó desde la puerta, llamando al mensajero, un concripto vizco al que sus padres, de buena situación económica, habían dejado que fuera recluta, para que se hiciera hombre en los cuarteles.

El requerido, llegó rápidamente y se cuadró.

- ¡Sí, mi comandante!

- Lleve al coronel Montalbán a la villa y haga que le proporcionen la mejor habitación.

- ¡A su orden, mi coronel!

Gracias repuso con sequedad el visitante, que salió sin más palabras y descendió por la escalera con pasos atléticos.

Al llegar al rellano, Vela subía llevando en sus manos unos papeles que debía entregar.

El capitán se sorprendió al encontrar a su amigo ya en Shell, sin haberle dicho una palabra.

Se dieron un gran abrazo e intercambiaron saludos efusivos.

Montalbán, tomó del brazo a Vela y le hizo bajar junto con él, el tramo que restaba de peldaños. Salieron de la edificación y caminaron hacia el lodoso vehículo en el que había realizado el trayecto, conversando en voz baja.

Te lo dije, este tipo no ha informado absolutamente nada a Quito. Ha estado realizando la búsqueda por cuenta propia, utilizando recursos del ejército. Quiero reunir pruebas suficientes, para remitirlas a mis superiores. Esto va a costarle la baja deshonrosa de nuestras filas comentó Montalbán, poniendo su mano en el hombro de Rodrigo, en tanto avanzaban.

Era lo que sospechábamos. La codicia llevó a Guerrero a intentar recuperar el supuesto oro, para él solo.

- ¿Supuesto oro?

- Bueno... Yo no lo he visto. La única constancia es la narración de Richard Owens.

- Pero me habías dicho, que se contaba con dos

artículos legítimos de oro, traídos de los Llanganates.
Uno se lo entregó a Guerrero ¿y el otro?
- Aquí en mi bolsillo. Nunca me desprendo de él.

Vela introdujo su mano y sacó un paño negro. Miró a todas partes y lo abrió brevemente, dejando su dorado contenido, brillar por un momento.

¡Vaya! Es muy bello - dijo Jorge Montalbán ¿Crees, que eso sea prueba suficiente?

- No me obligues a opinar, preferiría que te formaras tu propio juicio conversando con el gringo.

- ¡Bien!... Te veré en la noche. Cenaremos juntos y tendremos oportunidad de charlar lo suficiente.

- ¡Perfecto! Hablaré con el cocinero del casino, es mi amigo, y le pediré que prepare algo especial... ¿Un lomo a la pimienta?

- Jugoso, no muy cocido.

- ¡Nos veremos!

- ¡Hasta pronto!

Desde la ventana Guerrero miró la despedida cordial de los oficiales y su cerebro comenzó a funcionar aceleradamente, sabía que comenzaba una carrera contra el reloj. Cualquier solución, tendría que ejecutarse de inmediato o sería tarde.

Pensó en el envenenamiento con arsénico o cianuro; pero resultaba extremadamente comprometedor, siendo él mismo quien estaba por ser investigado por Montalbán.

Otra posibilidad era planificar un accidente de carretera.

En terreno lodoso los accidentes se daban con frecuencia; mas el inconveniente radicaba en que no siempre una colisión o un volcamiento, terminaban fatalmente. Si llegaban a salir con vida, las cosas se complicarían aún más.

Finalmente, quedaba una opción: Aparentar que el gringo Owens, en un arrebato de locura, había disparado contra Vela y Montalbán. ¿Sería factible? Guerrero pensó que sí. Lo primero, era proveer de un arma al extranjero, para que tuviera la oportunidad de usarla o simular fácilmente, que la había utilizado.

Definitivamente creyó que esa era la mejor opción y se decidió a ejecutarla. Personalmente visitaría al gringo ese mismo día llevándole una hermosa pistola, como insignificante obsequio al amigo, que tan esforzadamente había colaborado en la búsqueda de su propio hallazgo.

Después, resultaría fácil mezclar licor y disparos de lado y lado, que acabarían con los tres involucrados en la reyerta.

Pensar en quién sería el hombre adecuado para efectuar

el trabajo, resultó algo más complicado. Mera carecía de agallas para tirar del gatillo y Sánchez no tenía la habilidad para hacerlo sin dejar huellas. Esta era tarea para un profesional, uno de esos hombres de sangre fría, que no tenían escrúpulos ni complejos de culpa a la hora de disparar.

Repasó mentalmente su base de datos. Comenzó por los oficiales, descartando de plano a sus dos adláteres. Ninguno se ajustaba al perfil.

De entre la tropa, posiblemente saldría un candidato.

Los soldados eran en su mayoría, gente de escasos recursos, que buscaban en el ejército una forma de supervivencia, los cabos, sargentos y todos aquellos que no habían tenido la suerte de alcanzar las aulas del costoso Colegio Militar Eloy Alfaro, debían conformarse con salarios bajos y un trato diferenciado, que se reflejaba en todos los campos. A ellos les estaba vedado utilizar el club de oficiales, la villa, los parqueos especiales, en fin. Eran militares de segundo orden, que se habían resignado a servir a la patria, desde ese sitio olvidado y mirado con menosprecio.

La tropa, de uniformes sencillos y sin charreteras ni condecoraciones; era la esencia del pueblo llano. Los mecánicos, los artesanos, los panaderos de la Brigada, eran también parte de esas huestes casi innominadas, a la hora de ensalzar las virtudes de la milicia.

Guerrero, al analizar a esa gente a profundidad,

llegó a una conclusión que lo desencantó. Allí no encontraría a su hombre. Eran gente honesta y de principios, salvo que...

¡El negro Cobeña! dijo con júbilo el coronel ¿Cómo no había pensado en él? Es cumplidor, me debe algunos favores y no me negaría nada, si personalmente se lo pido. Ese negro es persona de temple, no tiene miedo al diablo y es capaz de rastrillar y disparar su pistola en un santiamén, a la menor provocación. Yo mismo le salve de perder su rango, aquella vez en que corrió a tiros a un cabo que intentaba seducir a su mujer. ¡Sí...! ¡Él lo haría!

Guerrero, absorto en sus cavilaciones, se había quedado en la ventana, perdido en un espacio sin tiempo. Cuando halló la respuesta a su necesidad; llamó a gritos a su secretaria y dispuso que trajeran al negro Augusto Cobeña.

Pasaron la voz y Cobeña llegó al trote, agitado y con la frente sudorosa, para atender a su comandante.

Guerrero lo dejó en posición de "firme" y le fue dando la vuelta, trazando con sus pasos un círculo imaginario.

El Coronel, se detuvo a mirar la estructura escapular del negro y su cuello fuerte como el de un corcel alazán.

Si intentan atacarlo, para impedir que consuma su misión, no podrán hacerlo analizó interiormente Pablo Guerrero. Este tipo parece indestructible, su cara impone respeto, es un gorila poderoso que no se detendrá hasta eliminar a los entrometidos.

Cobeña inmóvil, se dejaba observar sin pestañear. Negro, ¿cuántas veces te he ayudado? preguntó el superior.

- Muchas, mi coronel respondió.
- Eres fiel a tu comandante ¿verdad?
- Sí, mi coronel.
- ¿Te crees capaz de cumplir una delicada misión que pretendo encomendarte?
- La que usted ordene... ¡Señor!
- Lo que te voy a decir, es un asunto que debe quedar entre tú y yo. Quiero que lo hablemos tranquilamente. Siéntate.

El negro, arrastró una silla y se acomodó.

- Ahora dígame, para que soy bueno, mi coronel.
- Primero, déjame servirte una gaseosa, veo que sigues cubierto de sudor.
- Corrí cuando supe que me llamaba.

Cobeña, sentía mariposas en el estómago. Sabía que cuando un jefe se mostraba exageradamente amable, era para pedir algo, que normalmente, no se podía hacer.

El hombre acaricia la mula, tan solo para cargarla recordó Augusto Cobeña, de entre los refranes de su abuela.

Guerrero, se despatarró en su sillón y comenzó a explicar lo que quería:

Negro, de Quito han enviado a un oficial con un puesto importante, para que investigue supuestas irregularidades en mi gestión en Shell. Tú sabes... En este cargo uno se va ganando enemigos, se generan envidias.

- Eso lo sé muy bien, mi coronel.

- Creo que a todos nos ha sucedido. Por eso quiero sacar de circulación a esos que pretenden acabarme.

- ¿Usted dice matarlos?

- Es demasiado dura; pero esa es la palabra.

- ¿Y cuando tiene que ser?

- De ser posible, inmediatamente.

- ¿Así, sin planificación?... ¡Las cosas pueden salir mal!

- Vas a ver que será fácil. Tengo un plan, que no fallará, negro.

- ¿Yo que ganaré, matándolos?

- Te pagaré lo que pidas.
- No requiero más de lo que ya tengo.

- Entonces, ¿cuál es tu precio?

- Quiero ser oficial. Toda mi vida quise usar el uniforme de un teniente, con sus dos estrellas plateadas y dar órdenes. Que cuando yo pase, los hombres se cuadren saludándome y me digan -¡Buenas tardes, mi teniente Cobeña!

- Me gustaría mucho poder complacerte; pero eso no está en mis manos. Para ser oficial, se debe egresar del Colegio Militar o ser un profesional universitario y luego de un curso intensivo, pasar a formar parte del ejército, con despachos de teniente.

- Sí es así, no lo ayudaré. Lo único que podría interesarme, es lo que le he dicho.

El negro se puso de pie y se dispuso a salir, diciendo:

- ¡Con permiso, me retiro mi coronel!

Guerrero le detuvo y quiso por un momento amenazarle y vociferar que cumpliera su mandato; mas se dio cuenta de que no podría obligar al hombretón de ébano.

- Espera Cobeña, yo puedo encontrar una solución y cumplir tu pedido. ¿Qué te parece, si vas como jefe a un destacamento del interior? Allí colocaré solamente

soldados rasos, para que tú seas el superior, el hombre de mayor jerarquía y hagas tu voluntad.

- Pero no podría usar el uniforme de teniente.

- No lo creo, no obstante en la práctica sería lo mismo, ¡serías todo un comandante!

- Suena interesante. ¿A dónde iría?

- A Pavacachi. ¿Te parece?

- Nada más debe decirme, dónde quiere los huecos de las balas. Yo las pongo en ese lugar.

- Muy bien. Así me gusta...

Guerrero puso al tanto a Cobeña de todos los antecedentes, dándole detalles precisos.

Afuera de las oficinas, un gran barullo se había formado por el choque entre dos enormes camiones que transportaban vituallas hacia las bodegas. Mirtha de Santoral, la venezolana, había pasado en su bicicleta por el lugar, mostrando esos muslos que enloquecían y los dos choferes por mirarla no se percataron de la presencia del otro y se embistieron, dejando un reguero de hierros retorcidos.

El comandante no se dio por enterado del bullicio y prefirió continuar, pues aquello era más importante que cualquier otra cosa en el planeta, en este momento.

- He planificado que la operación sea a más tardar mañana en la noche. Hoy me encargaré de obsequiarle un arma a Owens, llevaré dos o tres oficiales, para tenerlos como testigos, si fuera del caso. Tengo la seguridad de que tarde o temprano Montalbán, Vela y el gringo, se reunirán con unos tragos de por medio. Ese es el momento.

No entiendo bien el plan mi coronel repuso Augusto intrigado.

- Siéntate otra vez negro bruto.

- ¡Negro sí, bruto no! -aclaró el hombretón.

- Está bien, como tú quieras, te voy a explicar pormenorizadamente lo que vamos a hacer.

Una hora estuvo Augusto Cobeña en la oficina de Pablo Guerrero.

El negro salió caminando como un zombi. Iba alelado, pensando en lo buena que iba a ser su vida de ahora en adelante. Era simple cuestión de soltar tres balas por la boca humeante de su pistola y listo.

Ya lo había hecho antes. No iban a ser sus primeros muertos. La memoria le llevó al Cristo del Consuelo, barrio bajo donde había pasado su infancia, allá en el puerto, en la cálida y trepidante Guayaquil, donde la vida costaba poco y se jugaba en cualquier esquina.

En esa barriada, desde pequeño se debía caminar con los ojos bien abiertos y los pies listos para correr o los puños prestos para enfrentarse a lo que sea. Él, aprendió a usar los puños.

Fue creciendo, en su casa de caña, donde comer era un milagro cotidiano, que se agradecía a los cielos. No fue sencillo para su padre, un vendedor de dulces de coco, mantener a once hijos; ni para su madre lavar la ropa de tantos y hacer malabares con los pocos comestibles con que su despensa atribulada y constreñida contaba. Una vez al día se servía una sopa o algo de arroz con plátano verde frito.

Cobeña debió ayudar. Lavaba autos, vendía diarios. No alcanzaba. Se unió a una de las pandillas del lugar y aprendió que robando se tenía dinero fácil. No tardó en caer más al fondo, respirando pegamento, fumando marihuana y bebiendo aguardiente barato que le perforaba los intestinos.

Un día, hurtó un revolver. Estaba cargado.

Salió a las fechorías de siempre, envalentonado con su nuevo compañero de metal. En ese barrio de negros, a los negros se asaltaba. Escogió mal. Un enorme mastodonte de dos metros, respondió con bravura al embate del joven delincuente. El primer golpe recibido, le hizo rodar por el piso como pelota de trapo. No lo pensó dos veces, sacó a relucir su reciente adquisición. En los callejones estrechos y anegados, sonó el estampido seco del disparo. El mastodonte se retorció en el suelo, con un

surtidor de sangre brotándole del cuello. Allí en medio de las vecinas que miraban detrás de las cortinas para no involucrarse, se bautizó en el crimen el negro Cobeña. Marcó una muesca en la cacha del arma. -Mi primer alma despachada a los infiernos- había dicho. Comenzó a esconderse, le buscaban. Se fue para Babahoyo, la cercana ciudad de los inmensos arrozales. Mató también y continuó huyendo. La muerte se le hizo costumbre y tenía quince años. Una tarde, mientras vivía en el cerro de Taina, más allá de Santa Ana, donde pensó que jamás le encontrarían: le hallaron. Pero no para detenerle. Venían a contarle que su padre fue asesinado en la puerta de su casa, por un joven asaltante que nervioso descargó el plomo de una 38, sobre el cuerpo del negro de blancas patillas. Se fue rápido al más allá, con el mismo paso acelerado y rítmico con que vendía sus dulces.

Augusto Cobeña, se desmoronó por el dolor. Otro igual a él, le había quitado lo que más quería.

Juró que no mataría otra vez.

Al cumplir los dieciocho años, se presentó de voluntario en la conscripción. Le gustaba el porte que confería a los reclutas, el verde uniforme y la suerte que los militares tenían con las mujeres.

La vida de los cuarteles no le disgustó, disfrutaba al saberse honesto. Luego, se hizo soldado de línea y se quedó, definitivamente en el ejército.

Camas limpias, comida regular y la posibilidad de

caminar sin esconderse, irguiendo la cabeza, le fueron enraizando en la profesión de las armas. Tenía buena puntería con los fusiles y las pistolas, al igual que con el balón de voleibol. Era bueno para el deporte, que más gustaba en la milicia y le sacó partido, llegando a apostar su sueldo íntegro de un mes y ganando lo doble, gracias a su agilidad y potencia.

Se alegraba de haber jurado no matar, pero estaba a punto de romper su juramento.

Sería comandante, no le importaba que fuera en un recóndito confín de la frontera oriental y en un destacamento de apenas unos pocos soldados. Su sueño se iba a cumplir. Hombres que se cuadrarían reverentes a su paso y putas de las que él dispondría primero, cuando llegasen en los aviones para atender a la soldadesca acantonada en esos lejanos lugares.

Quien sabe, algún día quizás, podría encontrar a una como Eva de cuyo baile tanto se hablaba y que todavía vagaba en forma de fantasma tentando a los arriesgados que salían a buscarla en la lluvia, en la que sus pies descalzos dejaban huellas.

Una Eva para un Adán negro: Augusto Cobeña se imaginó, con una hoja de parra cubriéndole las partes nobles y enormes. Allí en el paraíso de la selva, en su comando, con el respeto de su tropa, alcanzaría la notoriedad e importancia que jamás había tenido, una vez puesto un pie fuera de las canchas de voleibol, único lugar en el que se sentía rey.

Guerrero, personalmente fue al almacén de suministros bélicos para escoger el obsequio, que llevaría a Owens. Se decidió por una pequeña Taurus de calibre 22. Era menos sospechosa que una gran Browning o un revólver Smith. Ideal para un regalo. Compró también una caja de balas. Afuera caía la lluvia.

Llevó el arma cargada y se hizo acompañar de Mera y Sánchez, que no sabían de su plan.

¿Por qué va a obsequiar al gringo una pistola? preguntó desorientado Mera.

¡Quiero una tregua con Owens! replicó Guerrero, con tranquilidad.

Sánchez se encogió de hombros. Rarezas de su jefe, que no alcanzaba a comprender o quizás astucia, pues cuando el enemigo no quería cooperar era mejor unírsele para obtener los resultados apetecidos.

Cuando llegaron a la habitación del norteamericano, llovía a cántaros. Los enormes goterones golpeaban los techos como piedras. El suelo comenzaba a volverse lodo. Desplegaron un enorme paraguas negro y fueron pisando los charcos hasta el corredor. En el suelo, unas huellas de pies pequeños y descalzos, se veían claramente.

Guerrero se estremeció; mas no lo hizo notar.

Se adelantó a la puerta y golpeó fuerte, por repetidas ocasiones.

No obtuvo respuesta.

Insistió con mayor vehemencia.

¡Nada!

Puso su mano en el pomo de la puerta. Estaba sin seguro.

Giró la cerradura en forma de esfera y el pestillo se retiró con la torsión.

El cuarto estaba a oscuras, con las persianas cerradas totalmente.

La luz entró a medias por la puerta entreabierta.

Guerrero activó el interruptor y encendió la iluminación artificial.

Owens, le miraba desde su silla con los ojos vidriosos y petrificados. Exhibía una mueca desgarradora de dolor en su boca congelada. Su brazo izquierdo inmóvil colgaba a un costado de la silla. La mano derecha, reposaba en el regazo. Los dedos crispados de esa mano indicaban que, posiblemente, fueron llevados al corazón ante el dolor provocado, pero la Parca se adelantó al ademán y lo dejó trunco.

Sánchez y Mera, quisieron reanimarlo. Estaba ya rígido, sus músculos se habían vuelto de madera dura.

Guerrero, recordó las huellas y pensó:

- ¿Acaso Eva Garza, vino para acompañarlo en los caminos de la muerte? ¡No! ¡Ella no había sido amante del gringo, menos le había dedicado su baile, ni él tampoco la había buscado en la lluvia!

Prefirió sacarse esos pensamientos sin sentido de la cabeza y llamó al hospital para que transporten de inmediato el cuerpo hacia la pequeña morgue.

Una sirena rompió la monotonía de la espléndida fronda.

La ambulancia se retiró de inmediato con los despojos fúnebres.

Una Taurus calibre 22 que ya no tendría dueño quedó allí olvidada en la mesa de noche.

El cielo gris oscuro, continuaba llorando y las gotas al caer, disparaban salvas susurrantes, despidiendo al gringo.



CAPÍTULO
16

Montalbán no perdía el tiempo, se había reunido con Delgado, con Dávila, con Andrade, con Santillán y había hecho llamar a Mera y Sánchez, que ese momento estaban en la autopsia de Richard Owens.

El coronel de Inteligencia, imaginó que su amigo Rodrigo Vela, también estaría allá, cerca del hombre con él que se había unido entrañablemente y que ahora ya no podría contar su narración, sobre el tesoro de los Incas.

Jorge Montalbán hizo decenas de preguntas y a cada interrogatorio comprobaba que, en efecto los viajes de los helicópteros y las salidas de comandos de Fuerzas Especiales hacia los Llanganates, se hicieron reiteradamente y en varios días.

Lo recabado de los oficiales cuestionados, más lo dicho por Rodrigo, bastaba para su informe; pero quería dejar las cosas totalmente claras y permitiría que Guerrero, Mera, Sánchez y Villagrán se defendieran.

Precisamente, estaba por hablar con ese al que llamaban el mono.

Demetrio Villagrán llegó ensopado y el agua le corría por el rostro. Llevaba un poncho de campaña impermeable; mas el agua se había colado por la capucha y era tan fuerte el chubasco, que no había protección válida ante él.

El oficial interrogador, enseguida comprendió porqué habían motejado al mono, como tal.

Le pidió que se pusiera cómodo. Tras intercambiar saludos y sin tardanza comenzó a preguntar.

- ¿Es verdad, qué en días pasados se realizaron maniobras y movimientos de personal que no estaban expresamente autorizadas y en las cuales usted participó como uno de sus Oficiales en Jefe?

- Mi coronel, se que piensa hacerme muchas preguntas como esa y yo deseo ahorrarle tiempo. ¡Soy culpable! Sabía que estábamos rompiendo las normas y preceptos militares. Pero la ambición no nos dejó ver más allá de nuestras narices. Buscábamos un tesoro fabuloso, que permitiría que nosotros, nuestros hijos, nuestros nietos y diez generaciones más, vivieran una vida de opulencia y Fausto inimaginables. En un principio no creímos en la historia que nos narró mi coronel Guerrero; pero al mostrarnos un ídolo de oro, que a todas luces era del período incásico, nuestras defensas se vinieron al suelo y cedimos ante la posibilidad de ser inmensamente ricos. Después tuve la oportunidad de conversar con el propio Owens, que me contó la historia. A él, ese descubrimiento

le costó, primero las piernas y ahora la vida. Sin su presencia, muy difícilmente podremos llegar a la famosa cueva de la que usted ya debe, perfectamente saber.

Sí, conozco la historia afirmó Montalbán. ¿Cree usted mayor Villagrán, que sea cierta?

Si arriesgué una carrera impoluta, una hoja de vida excepcional y un futuro promisorio, es porque así lo pensaba. Estoy seguro de que ese tesoro está allí, en los Llanganates.

Gracias mayor. Este testimonio voluntario, ayudará mucho para que su sanción sea benevolente. Me han contado que en estas últimas jornadas, usted se ha separado completamente de Guerrero y que las retaliaciones han empezado.

Es verdad mi coronel. El comandante ha dejado de tomarme en cuenta para cualquier actividad y sé de buena fuente, que piensa confinarme a un destacamento perdido en los extremos de la selva.

Eso no ocurrirá Villagrán. Le ayudaré, si está a mi alcance hacerlo. Usted parece ser uno de esos hombres rectos, que por un momento se dejó tentar por los cantos de sirena. Debo decirle que cuando hay arrepentimiento sincero, siempre habrá forma de redención.

- Le agradezco mucho mi Coronel ¡Ah...! Si desea saber dónde guarda Guerrero el ídolo, se lo puedo decir.

- Por favor
- En la gaveta derecha inferior de su escritorio. Está en una caja metálica de color plomizo.

- Nuevamente gracias

Al terminar la conversación con el mono, Vela llegó a la oficina asignada a su amigo Jorge Montalbán. Saludó en la puerta con Villagrán y entró compungido.

¡El corazón! dijo con los ojos nubosos.

Es una lástima, no haberlo conocido. Me hubiera gustado escuchar de su propia boca, la historia del tesoro repuso Montalbán.

¡Era una hermosa historia! aseveró Vela.

- Dime ¿a que hora murió?

- Temprano. Cuando lo encontraron, el rígor mortis lo había endurecido como piedra.

- ¿Lo querías mucho?

- Sí. Y él a mí

- Para que te hiciera depositario de la prueba que daba fe de su presencia en la cueva, debió estimarte demasiado.

- Así lo creo. A veces fue como un padre, para mí.

- Lo siento mucho Rodrigo consoló con sincera adhesión, Montalbán. Tal vez te agrade escuchar que conozco, donde guarda Pablo Guerrero, la otra figura de oro. ¡En su propio escritorio! ¡No la ha llevado a otra ciudad, ni la ha vendido como pensé!

- ¡Vaya! Es estupendo. ¿Qué mejor prueba, que esa?

Por supuesto. Ahora cuando hable con él, he de conminarle a que me deje revisar los cajones de ese mueble para ver que cara pone o que excusa inventa.

- No quisiera perderme esa oportunidad por nada del mundo.

- No tienes por qué hacerlo. Puedes entrar conmigo.

- ¡Guerrero se opondrá!

- No podrá hacerlo. He venido con facultades especiales y en mí está pedir, que el único hombre graduado en leyes de la brigada, se encuentre presente. ¿O porque estás en la milicia has dejado de considerarte abogado?

- No es eso... ¡Tú sabes! ¡Guerrero es mi superior!

- No lo será por mucho tiempo. Yo mismo le pediré que firme su solicitud de disponibilidad o me verá obligado a llevarlo a Consejo de Guerra y las consecuencias serán más graves.

La charla fue interrumpida por la llegada de Mera y Sánchez. Jorge Montalbán decidió hacerles entrar juntos.

Se despidió de Rodrigo e hizo pasar a los declarantes.

Los dos se veían muy inquietos y se miraban las caras. Sánchez, movía la pierna apoyándola en la punta del pie, haciéndola subir y bajar rápidamente.

Mera se metía los dedos en la nariz y con las mucosidades hacía bolitas con el pulgar y el índice, amasándolas.

El Coronel, hizo su primera interrogante:

- ¿Qué tipo de actividades desarrollaban en los Llanganates?... ¿Mayor Mera?

Bueno, cumplíamos tareas de entrenamiento de montaña e impartíamos conceptos de logística y táctica militar in situ, mi coronel - contestó el cuestionado.

¿Qué dice usted Mayor Sánchez? volvió a inquirir Montalbán.

Lo dicho por el Mayor Mera, es la verdad. Recibimos órdenes de mi coronel Guerrero y nosotros íbamos con la consigna de dar la mejor capacitación a los comandos.

Interesante respuesta razonó el Coronel. Pero pueden contestarme ¿qué diablos hacían soldados de selva, en quienes el estado gasta millones de dólares, para que sean expertos en las vicisitudes de la jungla, metidos en

la montaña? espetó Montalbán, gritando.

Queríamos darles una instrucción integral -intervino Sánchez.

- ¡Para eso tenemos comandos de montaña! ¿O con sus respuestas quieren verme la cara de estúpido?

No, mi coronel aflojó Mera. La verdad, es que sólo cumplíamos disposiciones y somos militares obedientes.

- Si ustedes, me ayudan con declaraciones firmadas, seré benigno. Si por el contrario, intentan tomarme el pelo, conocerán mi ira. ¿Entendido?

Sí, mi Coronel respondieron a dúo y comenzaron uno a uno a contar la verdad.

Cuando salieron de la oficina de Montalbán, ya la noche se había apoderado del cielo y las oficinas lucían desoladas. Únicamente los centinelas de turno hacían sus rondas. Guerrero, también se había ido.



CAPÍTULO
17

El cabo de Artillería, Augusto Cobeña, acompañaba al comandante, manejando el vehículo.

- Negro, todos los planes han cambiado. Debemos hallar una solución esta noche, que para mañana será tarde.

- Yo sé bien que hacer. Cuando estén dormidos, voy a su cuarto, envuelvo la pistola en la almohada, para que la detonación no se escuche y los mato. Luego llevamos los cuerpos y los echamos en la espesura. Los animales harán el resto. En dos o tres días, no quedarán huellas. Aquí en el oriente, en el corazón de la selva, los depredadores y animales carroñeros abundan. Conozco una multitud de lugares donde podríamos arrojar los cadáveres.

- ¿Y quieres que en pocas horas estén una docena de investigadores de Quito, buscando al coronel ese? ¿Y sabes quién será el principal sospechoso?... ¡Yo, por supuesto! Otra cosa era simular que se había producido un enfrentamiento entre borrachos; que había ocurrido una gresca y que el gringo disparó, recibiendo él también un balazo de Montalbán.

- Pero ya no se pudo y el tiempo se le agota mi coronel Guerrero.

- ¡Estoy pensando Negro, estoy pensando! Tú deberías también hacerlo. Por el momento, maneja con dirección al Puyo, quiero que me dejes en casa de una amiga y que de madrugada, a eso de las cinco, me recojas. El alba ayuda a discernir. Espero tener una salida para esa hora y si no la tengo la improvisaré a cualquier costo.

El automotor se fue devorando las curvas y el fango, para llegar a la ciudad vecina, en donde Sonia esperaba cada noche desde que Guerrero, dejara la casa de su esposa.

Bajó del vehículo como de costumbre, a la vuelta de los aposentos de la retirada prostituta y caminó para ingresar al departamento.

Tenía cara de preocupación, porque estaba plenamente seguro de que Montalbán, en las horas que se avecinaban, conseguiría su baja de las filas del ejército o en el mejor de los casos la disponibilidad inmediata de su cargo, lo que en el lenguaje de la milicia, significaba, quedar cesante por seis meses, hasta la terminación definitiva de sus licencias y privilegios castrenses.

Ese día había olvidado comprar algo de beber para Sonia y pasó por una licorera de la misma cuadra. Pidió una botella de Stolichnaya pero olvidaba que solo podía conseguirla en los almacenes del ejército. Se limitó a un vodka cualquiera y una lata de jugo de toronja.

Iba ascendiendo, cuando de refilón miró un auto aparcado cerca de la puerta. Esa marca de vehículo le era en extremo conocida y la conductora, más todavía.

Con un pie adentro de la casa, no supo si salir y echar a correr o subir y esconderse.

Se pegó de espaldas por un momento a la pared lateral del callejón de acceso y respiró profundo. Tenía la esperanza de que Ruth, hubiese llegado al Puyo por alguna compra que no pudo realizar en Shell y que se hubiera estacionado en la proximidad del departamento de Sonia, por una casualidad. Su perspectiva fue vana. Claramente pudo escuchar su voz gritona, fuerte e inconfundible. Iba acompañada de alguien. Trató de identificar la otra voz, hasta que la ubicó. Era Milena de Villagrán, su tono era chillón y esa agudeza, permitió el reconocimiento.

Guerrero estaba helado.

De repente sus pies funcionaron y presuroso subió los peldaños de a tres en tres, trastabillando en uno de los saltos, lo que casi le cuesta quedar tendido en las gradas.

Al acercarse a la puerta de Sonia, fue sacando las llaves, pero la desesperación no le permitió atinar con la correcta. Golpeó y los segundos se prolongaron una eternidad. Al rato, cuando ya las voces se escuchaban iniciando la grada, Sonia abrió con unas pantuflas de peluche gastado y una bata de cama muy corta, que dejaba al descubierto sus piernas mediocres y usadas.

Guerrero entró presto y cerró la puerta tras de sí, adhiriéndose a ella como una babosa. Al igual que el asqueroso gasterópodo, Pablo derrochaba saliva por el susto.

- ¡Sonia, no abras, qué viene mi mujer!

- ¿Ruth?

- ¡Sí, la vi estacionar su carro y está subiendo las escaleras!

- ¡Entonces, vas a tener que atenderla tú, porque yo no hablaré con esa señora!

- ¡Por Dios, Sonia, tienes que ayudarme!

- ¡No señor! ¡A mí no me gustan esos escándalos de mujeres que no han sabido retener a sus maridos y luego intentan reclamarlos! ¡Debes recibirla tú!

Empezaron a llamar a la puerta y Guerrero, casi se orina, otra vez, en los pantalones.

¡No me hagas esto! rogó entre susurros implorantes, pero Sonia ya se iba a encerrar en el cuarto principal, moviendo su culo amplio, colgado y amorfo que; sin embargo a algunos hombres gustaba.

Los golpes se hicieron más fuertes.

Esperaremos, hasta que se nos abra dijo en tono fuerte

Ruth, para que se la oyera del otro lado. ¡Si es necesario, dormiremos en el rellano de la grada; pero esto se aclara hoy mismo!

Sonia, se asomó a la puerta del cuarto y vociferó:

- ¡Señora, aquí está su marido y el mismo la va a atender! ¡En lo que a mí respecta, se lo devuelvo! ¡Este atocinado y puerco milico, ya no me interesa! ¡Es más, estoy harta de él! ¡Lléveselo de una vez!

- ¡Yo tampoco lo quiero! -gritaba desde afuera Ruth. ¡Venía a dejárselo, para siempre!

- ¡No señora, llévese su basura!

Guerrero observaba el enfrentamiento verbal, con estupor.

¡Sonia, tú me quieres, no mientas! suplicó.

¡Nunca te he querido, me interesaba tu dinero y nada más; ahora tengo joyas suficientes y ya no te necesito! ¡Lárgate de aquí! -respondió con absoluta frialdad la que solía bailar desnuda.

El coronel levantaba las manos y con los ojos desmesuradamente abiertos, exigía en silencio una explicación. No la hubo.

Sonia fue caminando al portón principal y corrió el cerrojo. Dio media vuelta y regresó a su dormitorio, sin

mirar a Ruth, encerrándose nuevamente.

Guerrero quedó frente a su esposa, con la boca abierta y tartamudeando, sin llegar a decir una palabra completa.

Ruth, se apenó por el estado deplorable de su marido, que como un infante al que se había dado una reprimenda, empezó a llorar.

Milena de Villagrán quiso consolar al vencido y destrozado coronel, acariciándole el espinoso cabello; mas Ruth, le detuvo.

Déjalo dijo. Se lo merece.

El comandante no dejaba de gemir y sollozar, entre hipos y salivaciones desmedidas.

¡No te vayas a ir sin dejar las llaves del departamento!
- aulló desde dentro Sonia. Pablo Guerrero se hundió la mano en el bolsillo y sacó el manojó de artefactos de metal, lanzándolos contra el piso.

¡Amor! pronunció suavemente el coronel, a su esposa.
¡Algún día podrás perdonarme!

Nunca respondió la del pelo tinturado, tragando un nudo que tenía en la garganta.

A Milena, los ojos también se le humedecieron, pero prefirió callar.

Guerrero agarró la botella de vodka que había comprado,

dejando a un lado la lata de toronja y bajó con pasos pesados los escalones de uno en uno.

Ruth descendió rápido y pasó a su costado, virando la cara.

Las dos mujeres subieron al auto. El motor se encendió y las luces intensas iluminaron la calle convertida en barrizal. Los neumáticos salieron, despidiendo gotas de lodo a todas partes y Guerrero se quedó parado en el portal, viendo como su mujer se alejaba, determinada a no regresar a su lado.

Destapó la botella y se la sirvió a pico, dando tragos largos que le quemaban la boca.

El negro, llegaría a la madrugada. Iban a dar las nueve y su única compañía, sería el vodka, cuya botella no dejaba de alzar, empinando el codo.

Se sentó en la vereda de la casa en la que hasta hoy, había vivido sus horas de lujuria, tocando la carne caliente de Sonia.

Volvió a llover.

Guerrero entró nuevamente al zaguán, tomando seguridades, para que la puerta no se cerrara. Ahora ya no tenía llaves para abrirla otra vez.

Se acomodó en el primer escalón y se embriagó lentamente, recordando tiempos mejores.

- ¡Las desgracias nunca vienen solas! se dijo a si mismo. Mi cargo, mi alto grado militar, mi mujer, mis hijos. Todo está a punto de perderse.

La bebida fue haciendo efecto. Cuando se puso de pie, el peso del cuerpo le vencía y sentía su cabeza girar, en medio de un aletargamiento cómico y dramático a la vez.

Reía y lloraba.

¡Putra maldita! ¡Me alegro de que mostraras tu verdadera cara! ¡Ja, ja, ja! ¡Sabía que las zorras, siempre volvían al estiércol de donde salieron! ¡Ahora otra vez estás en la mierda! ¡Putra! ¡No vales nada!... ¡Pero te quería, desgraciada! ¡Arrastrada! ¡Vas a lamentar mi ausencia! ¿Dónde encontrarás otro tonto que te regale de todo, qué te trate como una reina? ¿Dónde? gimoteaba.

Con pasos vacilantes, subió otra vez para golpear en la puerta de Sonia.

¡Abre, meretriz! ¡Tenemos que hablar! ¡Puerca buscona! ¡Tienes que oírme! gruñía envalentonado por el alcohol.

Sonia, que a esas horas ya dormía, se había despertado con el bullicio que Pablo hacía, gritando y golpeando la puerta.

¡Por los mil demonios! ¡Déjame en paz! contestó. ¡Ya te dije, que no te soporto! ¡Cuándo estoy contigo, me dan ganas de vomitar! ¡Cerdo!

El vodka y la decepción habían convertido a Guerrero, en una bomba de tiempo y explotó.

Tomó impulso y la frágil puerta de entrada al departamento, se abrió al peso de su hombro derecho. El pequeño picaporte, saltó por los aires y el paso quedó franqueado.

Sonia con el estruendo se levantó rauda.

Pablo, bufaba como un cebú. Ella sintió temor al descubrir una llamarada en los ojos de Guerrero que antes no había visto. Quiso esconderse en el cuarto; pero no alcanzó. Un manotazo brutal, le impactó en la nuca haciéndola caer. Luego el hombre se ubicó sobre ella, montando, literalmente en su cuerpo. Tenía las rodillas del coronel enloquecido, a ambos lados de su cintura.

Los golpes comenzaron a descargarse sobre el rostro. Un puñetazo despiadado, le reventó la nariz, como un tomate maduro cayendo de gran altura. La carnaza del apéndice nasal, se había convertido en nada más que un amasijo de sangre y cartílago. Los golpes se repitieron. Una, cinco, veinte veces. Los ojos de Sonia, desaparecieron en medio de dos inflamaciones amoratadas. La boca completamente destrozada, desprendía colgajos húmedos.

Cuando Guerrero la tomó por los cabellos y golpeó su cabeza contra el piso repetidamente, ella ya estaba inconsciente para ver como un líquido rojizo salía de su cráneo, como de una sandía rota.

Sonia no era otra cosa que una muñeca de guiñol, sin

vida, Entonces la soltó y empezó a patear su cuerpo inerte. El sonido de las costillas fracturadas, llegaba al aire cual la voz de un barril de madera estrellándose contra el cemento.

Pablo recién en ese momento percibió la brutalidad del acto y tuvo la certeza de que ella estaba muerta. La miró y cayó de hinojos, levantando las manos al cielo.

Dios!... ¿Por qué? lloriqueó sin pausa.

Se agacho juntó al cuerpo y besó la boca deforme y entreabierta, tratando con la punta de su lengua de limpiar las hileras de sangre que corrían aún.

Hacía seis meses Eva se había ido, ahora Sonia.

De tanto llorar, se quedó dormido sobre el cadáver.

El pito de su propio carro, manejado por el negro, lo despertó. Le había dicho que lo buscara en la puerta misma de la casa. A esa hora nadie le vería.

Ya no estaba lo suficientemente borracho y tuvo consciencia para contemplar su obra macabra.

Bajó corriendo, con los restos coagulados de su hechura, poblándole las manos.

Cerró el portón y subió al auto.

¡Mi Coronel! ¿Qué pasó? ¿Esta herido? se interesó

Cobeña.

Él continuaba plañendo y no contestó.

El negro arrancó el motor y buscó la carretera a Shell. Cuando su jefe dejó de hipar, se animó a preguntar:

 Mi coronel, ¿tiene pensado ya lo que haremos con los que quieren acabarlo?.

¡Perfectamente! replicó con voz de ultratumba y una determinación que no admitía dudas- ¡Ahora, sé que hacer, perfectamente!



CAPÍTULO
18

Vela y Montalbán habían cenado opíparamente la noche pasada y más tarde charlaron, alegrándose con unos pocos ronones con gaseosa negra y limón. Recordaron al viejo Owens y sus aventuras; la leyenda de Eva Garza, cuyo sobrenombre pertenecía al propio Rodrigo y como era lógico, discutieron la situación del campamento en manos de un comandante arbitrario y codicioso, que se había jugado el porvenir, por un tesoro, que ni siquiera tenía la seguridad de encontrar.

Con las declaraciones de la oficialidad de la Brigada, bastaba para condenar a Guerrero. Por ello Jorge Montalbán, apenas iniciada la jornada de labores, se acercaría a las oficinas del coronel a quien iba a deponer y si era necesario, lo arrestaría hasta que tuviera un juicio justo.

Lo que ya estaba decidido e informado al Comandante General, era que Pablo Guerrero, no sería un día más quien dirigiera los destinos de la B.S. No. 20 Pastaza.

La resaca era leve y los dos oficiales, se levantaron temprano en la villa, pues habían acordado desayunar a las siete en punto.

Vela fue más puntual y llamó en la habitación de Montalbán, ya bañado, afeitado y uniformado.

Jorge tardó un poco rasurándose y vistió aprisa, esta vez sí, su uniforme de camuflaje.

Caminaron al casino y solicitaron huevos revueltos, con un pedazo de carne, suficiente café negro y agua mineral para beber.

Evocaron en la espera, la forma en que se conocieron en Machala, en casa de Paulino Galárraga. Vela no había sabido nada de él, desde aquella ocasión y Montalbán le puso al tanto, contándole, que aquel grato amigo de cuerpo voluminoso, había quebrado en sus negocios y que después de haber tenido, una mansión con piscina y cuanta comodidad se le hubiera ocurrido; ahora vivía alejado en una población triste, cultivando una parcela de tierra, que apenas le daba para comer.

¡La vida da vueltas! reflexionó Vela.

Nada es eterno, mi amigo se sumó Jorge.

Los charoles con la orden de comida, llegaron y se cortó la conversación.

El aroma intenso del café, se esparció dulcemente por la mesa. Los huevos, en su punto lucían deliciosos.

Comenzaron a disfrutar de sus platos, en tanto trataban algún tema intrascendente.

Casi estaban al terminar, cuando el coronel Pablo Guerrero batió la puerta principal del casino.

Alrededor de sus cuencas, grandes ojeras hundían los ojos. Tenía la ropa manchada de sangre, al igual que las manos.

Su boca dibujaba pucheros como los de un bebé y unas venas se dibujaban en su cuello, denotando la tensión muscular.

La Browning de dotación pendía de su mano derecha, basculando a cada paso dado.

Con la mirada perdida, Guerrero, se fue acercando a la mesa.

A tres metros levantó el arma.

Ustedes me querían joder; pero yo los voy a joder a ustedes, escupió decidido.

¡Baang! atronó

El balazo apoyado en el eco del local, sonó más fuerte y retumbó en los vidrios del casino, que vibraron.

Había dos subtenientes, también desayunando y que con la llegada de Guerrero, en las condiciones demenciales que eran evidentes en su apariencia; se habían escondido bajo el mesón del bar.

El negro Cobeña, parado en la puerta, tenía el arma aferrada a dos manos y del cañón salía humo todavía.

Era jugador y había escogido el mejor partido.

Cuando vio entrar a su comandante, imaginaba lo que iba a suceder y él no quería complicarse, sin una recompensa de por medio, ni un beneficio cierto.

Hay que estar con los ganadores se había repetido mentalmente, y eligió pertenecer al equipo con más opción al triunfo.

El negro luego de haber estacionado el auto al pie del casino de oficiales y permitir que el comandante bajase, caminó detrás de él. Lo escuchó vociferar. Esperó que levantase la mano con el arma rastrillada. Apuntó su propia pistola y descerrajó un tiro certero que se alojó en la base de la nuca.

Le vio desmoronarse, como un fardo oprobioso e inútil.

El cuerpo de Guerrero, pareció flotar un tiempo sin fin, antes de golpear pesadamente el piso, con el rostro guardando un postrer gesto de sorpresa.

Su carne dio la impresión de rebotar en el suelo, como un juguete de goma.

Entonces: la inmovilidad total, la ausencia, el adiós a la vida.

La Browning rodó por el suelo, dando giros de

peonza agónica; para detenerse a los pies de Vela que anonadado ante la proximidad del artefacto, retrocedió un paso.

Ahora, el cuerpo del oficial yacía boca abajo. Fulminado.

Guerrero, no era más el Comandante de la Brigada.

Montalbán azorado, no lograba salir de su estupor. Los subtenientes que desayunaban, desde bajo la mesa, contemplaban el cuadro.

No podía dejar que los matara fingió Cobeña, con tono justiciero, mirando al capitán y al coronel, que estuvieron a punto de morir.

Varios días más tarde, Augusto, el negro Cobeña, sería condecorado con la medalla al valor y agilitado su ascenso a Sargento Segundo, que se había venido demorando, aunque ya le correspondía.

El propio Montalbán colocó la presea, en un acto público. Los discursos se sucedieron y al héroe, le tocó hablar, antes de trasladarse a su nuevo destino en Arajuno, donde comandaría un pequeño grupo de soldados, en permanente lucha con los Huaorani, a los que erróneamente llamaban Aucas.

Luego de la ceremonia, se sirvió whisky. Toda la brigada aprovechó para felicitar al destacado Cabo, al que dejó de nombrarse por su habilidad para el juego de voleibol y se reconoció desde ese momento, por sus dotes de

valentía y sacrificio.

¡Si así fueran todos los soldados, tendríamos un ejército mejor exclamó Montalbán en su alocución.

Terminado el festejo dedicado al paladín negro, las cosas volvieron a su cauce.

Tantos decesos en algo más de 24 horas, conmocionaron a Shell y Puyo.

Sonia, el gringo Richard Owens y el coronel Pablo Guerrero, muertos por algo que en el pueblo, se comenzó a llamar: La Maldición de los Incas.

El secreto se había regado con la investigación de Montalbán a los oficiales. Soldados escoltas, presentes en las diligencias habían escuchado el tenor de los interrogatorios y difundido lo del tesoro y su ubicación en los Llanganates.

Un furor semejante al del Klondike, durante la fiebre del oro en Alaska, se había desatado por cualquier parte.

La gente vendía lo poco que tenía, para adquirir equipo de montaña, detectores de metales, carpas, enlatados.

No había un habitante de la región que no hablase sobre el tema y la historia fue mutando de boca en boca.

Muchos se adentraban en la inmensa zona de los Llanganates que abarcaba parte de las provincias de

Napo, Pastaza, Tungurahua y Cotopaxi. Allí entre osos de anteojos, venados andinos, capibaras, varias especies de monos, tapires, jaguares, ocelotes, loros y tucanes, buscarían su sueño.

Algunos decían que el gringo Owens, dejó un mapa que lo tenían los militares; otros, que en la estatuilla de oro recuperada del escritorio de Guerrero, estaba grabada sobre el propio metal, una clave para llegar sin equivocaciones al punto exacto del tesoro.

Los propios Comandos, que habían participado en las expediciones organizadas por el difunto coronel Pablo Guerrero, presumían de conocer la entrada a la cueva y por su cuenta, planificaban la búsqueda. Varios de esos hombres, solicitaron su baja inmediata, para dedicarse por entero al redescubrimiento del oro, que si existía en la cantidad especulada, su valor superaría con creces al de la deuda externa de todos los países tercermundistas y pobres, incluido el Ecuador.

De la base del ejército, continuaban despegando helicópteros. Montalbán dirigió personalmente las operaciones, durante un tiempo.

La población de Shell, sin haberlo deseado, se convirtió en el lugar obligatorio de llegada de expedicionarios de todas partes, que venían en pos, primero de información fehaciente y luego, en busca de gente para formar grupos de rastreo en la montaña.

Las casas particulares debieron, obligadas por la

demanda, volverse hoteles y los zaguanes de ellas, se convirtieron en restaurantes con todo tipo de comida y ventas de recuerdos, desde efigies de Owens de material barato hasta mapas con coordenadas que eran una supuesta copia del inexistente original.

Cientos de charlatanes, recorrían ahora las calles vendiendo, guías para buscar el Tesoro de los Incas; manuales para identificar legítimas piezas del periodo aquel; toda suerte de literatura sobre Rumiñahui y Atahualpa; falsas cartas de Owens legando su secreto; fotos del gringo en su silla de ruedas, aparecidas de quién sabe dónde.

Algún timador avezado, se había atrevido a escribir un vulgar pasquín denominado, Biografía no autorizada de Richard Owens: Verdad y Leyenda del Tesoro de Inti. En él, no existía un dato fiel; ni siquiera el lugar de su nacimiento, menos su verdadera historia y su herranza por el planeta, tras las fortunas y tesoros escondidos.

En la biografía se podía leer, que el gringo era un morfinómano, que había soñado, en sus vuelos narcóticos, que encontraba la oquedad en la montaña, con las repisas repletas de miles de manufacturas en oro y plata; sin embargo, se decía que el mapa que señalaba tal lugar, en efecto existía y que posiblemente estaba todavía en la habitación del campamento militar que fuera ocupada por el viejo y que no había sido tocada desde su muerte, que ocurrió, al decir de la publicación, por una sobredosis letal.

Lo fantástico, en las calles se había mezclado

tan homogéneamente con lo real, que ya era imposible separar los dos componentes.

A José Cárdenas, un profesor de la escuela local, una noche entre copas, se le ocurrió, que el viejo Owens, llevaba tatuado en su propia piel el mapa del tesoro.

Un día más tarde, se profanó su tumba y el cuerpo no se recuperó nunca.

Después del infarto que provocara su muerte y sin tener familia que lo reclame, las autoridades militares decidieron enterrar al gringo, allí, en el suelo donde reposaba, en parte, la razón de 30 años de su vida. Si en Ecuador estuvo su sueño dorado, ahí debía descansar.

¡No descansó!

Los que robaron el cadáver, buscaron con detenimiento e intentaron darle significado a las múltiples cicatrices que marcaban su cuerpo atormentado, por mil viajes y andanzas.

El balazo que recibió en Madagascar; dos puñaladas que le asestaran en El Cairo; señales de alambre de púas logradas en tierra Muisca; un corte con hoja de afeitar que le infligiera una prostituta en la Habana de Batista.

Esas huellas, carentes de sentido, salvo para su propietario, hallaron explicación y coherencia, por parte de los profanadores que seguían la tesis del mapa en la piel y con ellas, se trazó una ruta imposible a los

Llanganates.

Siguiéndola un grupo de cazadores de tesoros se perdió por la eternidad en la vastedad de esas tierras inconmensurables. Pese a ello, aquel dibujo inservible, se seguía comerciando por doquier, defendido por adeptos a la idea que pregonaba su certeza absoluta e infalibilidad.

Que únicamente un experto podía leer el mapa del cuerpo de Owens, se comentaba, a la par que aparecían métodos de interpretación por los que se pagaba buen precio.

Con la afluencia de foráneos, Shell multiplicó sus lupanares y cantinas; tornándose el pueblo tranquilo, en uno en el que la gente debía caminar armada y con cuidado.

Los malhechores, inundaban los bares y los proxenetas se lucían en las esquinas con trajes llamativos, cuidando a sus rebaños.

En un corto paseo no era difícil hallar individuos sospechosos, que con rostro de agente secreto y un misterio propio de las novelas de Agatha Christie; ofrecía ídolos de oro de los Llanganates o representaciones del dios Inti, encontradas por supuestos aventureros que recorrieron las montañas de la fortuna, como se llamaba también desde hace algún tiempo a ese grupo de macizos de piedra y vegetación áspera, que como un vigilante inmutable, veía llegar a los hombres hambrientos de

riqueza que no harían otra cosa que molestar su descanso de siglos.

El mismísimo Hércules Poirot, sagaz detective creado por el ingenio de la insigne novelista de suspenso, al mirar las resplandecientes piezas, que se ofrecían en Shell, pretendiendo ser legítimas; hubiera tenido problemas en demostrar que eran falsas, pues las había, tan bien trabajadas y en metal legítimo, que se pagaban pequeñas fortunas por poseerlas. También estaban las copias burdas, para los soñadores de ocasión, que con unos pocos billetes, creían haber hecho el negocio de su vida, para darse cuenta, poco después, de que solamente fueron presas, de su ingenuidad y afán de dinero fácil.

Las tiendas especializadas en artículos para expediciones, proliferaron tanto, que casi cada habitante de Shell era dueño de una. Ya nadie sembraba, ni caña, ni naranjilla. La yuca fue preterida y las orquídeas se marchitaron pronto en los invernaderos olvidados, al no contar con alguien que les prestase cuidados y favores.

La tierra enmudeció, no daba frutos. Parecía esperar que las entrañas del monte se abrieran, entregando a la luz sus vástagos dorados y centenarios, para volver a producir.

La tierra lloraba esperando y el cielo la acompañaba, lloviendo.

Una anciana lugareña, recordaba la época de la búsqueda petrolera, cuando la compañía Shell, que diera nombre a

la localidad, instaló en el mismo sitio, su campamento. La palabra shell o concha en inglés era una metáfora del pueblo. Esa cubierta rígida, aquel exoesqueleto nacarado que guarda las perlas, hoy guardaba esperanzas, sueños y también quimeras. Antes fue la fiebre del oro negro; hoy la del oro legítimo y abundante que esperaba en la caverna oculta de la que tanto se hablaba y por cuya ubicación se jugaban diariamente la vida los incontables aventureros que no cejaban en su intento.

En tiempo de la petrolera, los hombres ganaban mucho y se lo gastaban en licor y putería. Al irse la empresa extranjera, Shell volvió al anonimato y a la calma. Horas de paz, aquellas. Con el tesoro, retornaron la ambición y sus vicios.

Los militares hacían rondas de guardia, intentando frenar los excesos; pero era imposible.

Ya ni las huellas de Eva, se veían en el fango. Quizás caminaba en otro purgatorio diferente, menos plagado de timos y degradación. Es que hasta los fantasmas, parecían huir aterrados y nostálgicos.

Sólo Rodrigo Vela en las noches desocupadas de su habitación en el interior del campamento, mantenía su tortura interior: inmutable, perenne, inamovible.

Había vuelto a tocar su guitarra para evadirse y no dejar que el peso que llevaba lo derrumbe.

Había aceptado, por medio de un juramento que como hombre de honor no rompería-, guardar hasta el fin de

sus días el secreto de su buen amigo el gringo Richard Owens.

Cuantas veces quiso gritarlo a los vientos, decirle a todos lo que sabía. Desembarazarse para siempre de la obligación que lo enmudecía; pero exclusivamente un hombre podía liberarle del compromiso adquirido y ese hombre ya estaba muerto, aunque su cuerpo todavía no hallase reposo.

Veía partir a la gente tras del oro, hambrientos de un hallazgo que los haría ricos como nadie.

Así también veía morir a muchos por esa comentada Maldición del Tesoro de los Incas; pero de todas las maldiciones, quizás la suya era la peor. Debía convivir con una confidencia, que juró solemnemente no revelar y que le corroía por dentro como una enfermedad incurable, como una tumoración que crecía, con cada partida y con cada muerte.

Los rostros desilusionados que tenían la suerte de retornar, también le removían, como un dedo invisible, la herida abierta.

Gentes que lo habían dejado todo, que habían invertido cada centavo, para buscar el oro de Inti.

Una alpaca de oro era el recordatorio permanente de su pacto.

El recuerdo de Rosa Irene ya no era un consuelo, ni el baile

de Eva Garza que le hizo vivir emociones irrepetibles.

El tiempo, único analgésico válido, en algún momento haría su efecto.

Tarde o temprano se dejaría de buscar el tesoro. La decepción y el cansancio tendrían que imponerse. Ese quizás sería su alivio mayor.



CAPÍTULO
19

Quito, enero de 2008.

La fiesta de fin de año llenó el cielo de fuegos pirotécnicos maravillosos, que formaron rosas de luz en la negrura de la gran bóveda.

Transcurrieron 34 fiestas como aquella desde que, en la ahora lejana jungla ecuatorial, los sucesos que marcaron su vida habían acaecido.

Rodrigo Vela, abrazado a sus hijos y a Edith, su mujer, contemplaba el espectáculo con los ojos llenos de ayer. Hace unos pocos días cumplió 70 años y al mirarse en el espejo, se dio cuenta de que estaba viejo.

Fue analizando con detenimiento las imágenes que le devolvía el vidrio bruñido y retornó con la mente a sus años en Shell. De mujeres, amigos e historias increíbles, que narraba a su hijo menor, quien ya adulto y escéptico le escuchaba con poco convencimiento.

Eva y el gringo Owens, le visitaban ¿en sus sueños? y a veces amanecían con él, acompañándole, charlando, escuchando el bordoneo de su guitarra. A momentos parecían tan reales ¿lo eran?, sentados en la sala de la amplia casa, hablando calmados de otros tiempos, allá en la enigmática Pastaza, en medio de la espesura de la selva.

La Garza, gustaba de bailar para Rodrigo, danzas cadenciosas y plásticas, aunque menos provocativas que aquella, que al negársele a un alto oficial, le ganó un

disparo en el vientre.

Edith, cada vez que llovía a cántaros, encontraba huellas de pies descalzos que iban desde el portón principal hasta el salón con muebles clásicos, tapizados en brocado de color concho de vino.

Ahora, el norteamericano llegaba sin su silla de ruedas, que había abandonado para la eternidad en el cuarto número tres de la villa de oficiales de Shell.

Agradecía siempre, por la confidencia guardada. Nadie la supo y estaba seguro, de que nadie la sabría jamás.

A Owens, le gustaba evocar, ese día en que hizo su confesión:

El Tesoro no existía. Nunca existió. Cuando se perdió allá en los Llanganates, encontró la cueva; pero no era más que un refugio para tolerar la ventisca y el frío. Caminó dentro de ella algunos pasos y constató que había sido usada como tumba para algún antiguo habitante de los páramos, al que en su menaje funerario, habían colocado unas vasijas que debieron contener comida y también dos hermosas figuras de oro, una alpaca y un trabajado ídolo que representaba a Inti. De seguro, por las limitaciones del entierro, no fue un gran señor.

Cuando salió de la cueva, con el par de manufacturas doradas, las guardó celosamente en su abrigada ropa de montaña. Después se perdió en el inconmensurable laberinto de las alturas y despertó mucho tiempo después

en el hospital militar de la población oriental. Al notar que había perdido sus piernas, se percató de que la vida de aventura se terminaba y con ella, su principal fuente de ingresos y su única motivación para existir. ¿De qué iba a escribir, para las revistas que solicitaban antes su trabajo? Él era un cronista de búsqueda de tesoros y al no poder buscarlos, no sabía que decir. Junto a sus piernas, se le había ido la vida. Cuando abrió los ojos, después del largo estado de coma y la frialdad de las conclusiones médicas, eso fue lo primero que pensó; pero no se daría por vencido.

Todavía le quedaba por narrar su última y mejor aventura.

Alrededor de las dos figurillas encontradas, tejería el más grande embuste que se hubiera conocido en los últimos años y esa sola leyenda, vuelta realidad por su capacidad narrativa y la determinación que pondría a la hora de contar su verdad, bastarían, para que un pueblo entero buscase la olla de oro al final del arco iris.

Rodrigo Vela, cuando lo supo todo, se sorprendió por la capacidad de Owens para cuidar al más mínimo detalle su mentira, al punto de que él mismo llegara a creer firmemente que era verdad.

Rodrigo, rememoró la ocasión en que escuchó lloriquear al americano y como buen vecino decidió preguntarle, qué pasaba. Le extrañó, por supuesto, que le abriera la puerta tan rápidamente, como si hubiera estado observando y así había sido. La puesta en escena de

su trama, fue impecable y lo convenció absolutamente, dándole inclusive la alpaca que conservaba hasta ese día más de tres décadas después.

El gringo, era demasiado astuto, para dejar cabos sueltos y resultó ser, un excelente actor, que podía llorar si era necesario o emocionarse describiendo la inmensidad del tesoro de los incas. Sabía tanto sobre el tema, que pormenorizaba con absoluta fidelidad los artefactos, que pudieron haber sido parte del gran cargamento de Rumiñahui. Al fin de cuentas, ¿quién iba a dudar de un viejo paralítico que tenía pruebas irrefutables, de un hallazgo en los Andes?

Owens, pensaba que viviría largo tiempo y que al incitar la búsqueda, no perdería su protagonismo. Sabía que de las fuentes militares, lo del oro se filtraría pronto a la población civil. Ese momento ocurriría, lo que en efecto pasó. Se desataría, una verdadera manía colectiva, por encontrar la riqueza de los Llanganates.

El gringo, pudo haber confiado su fabricado secreto, a cualquier individuo. Eso no hubiese resultado. Solo los militares tenían la credibilidad necesaria, para iniciar el reguero de pólvora y luego encender la mecha. Si ellos, buscaban el tesoro, ¿por qué no un civil o cientos de ellos?

Así con el ejército de una nación, de por medio, las revistas seguirían pidiendo, sus artículos y sería fuente de consulta obligatoria, para el que tuviera la intención de encontrar el boquete de acceso a la cueva. Es decir,

continuaría su aventura, reeditándola en cada codicioso o busca fortunas que emprendiera el viaje; en cada reportero de televisión que lo entrevistase, indagando sobre su experiencia; en cada noche de aburrimiento, en que pudiese hallar, como quien no quiere hacerlo, un amigo al que describirle, las maravillas inimaginables de ese reducto enclavado y protegido por la gran montaña.

El momento en el que Owens se sintió enfermo y se dio cuenta de que su corazón se debilitaba, analizó en primer momento la posibilidad, de irse con su engaño, llevárselo a la tumba, dejarlo sembrado en Shell y en el orbe para siempre. Luego decidió que tenía un solo amigo verdadero aún con vida, pues los otros ya se habían marchado al otro lado desde hacía mucho.

Por lo menos él, tenía que enterarse de la verdad, bajo el juramento de no poner al tanto, a ninguna otra persona, acerca de la gran estafa.

Entonces lo hizo. Contó todos los pormenores con precisión, con detenimiento y paciencia a un desencajado Vela, que se resistía a creer que había sido engañado.

Al instante de escuchar la revelación, el entonces capitán, montó en cólera y pretendió ese mismo momento, decírselo a todos. El gringo le serenó, explicándole sus razones, que terminó él por comprender y aceptar.

Aun después de la muerte, no sería tolerable, que me llamen mentiroso había dicho. ¡Y lo harán si se llega a saber la verdad! ¡Por favor Rodrigo, no permita que mi

nombre, que tanto he cuidado, se pisotee! ¡Quiero que me recuerden como un visionario, como un emprendedor, como un aventurero...! ¡Jamás como un simple mentiroso y un embustero!

¿Para qué eran los amigos, si no para ser cómplices y encubridores si era necesario? se preguntó Rodrigo en su lenguaje legal.

No sería fácil ¡por supuesto!, mantener velado un asunto de tanta importancia. De hecho, muchas veces le quemó la lengua por desfogarse, por poder decirle al mundo, que parasen la búsqueda, que el oro no existía, salvo en los libros de leyendas.

Rodrigo Vela se interrogaba así mismo ¿Qué habría pasado, si él hubiera llegado a confesar lo que sabía?

Probablemente, no le hubieran hecho caso.

El pueblo cree lo que quiere creer y a veces necesita de una ilusión, que le permita imaginar que su vida podría ser más grata y mejor.

¿Quién era él para negarle a un poblado entero, el embrujo de un sueño?

Unos meses más tarde de haber empezado la fiebre del tesoro, fue destinado a otra plaza militar para prestar sus servicios.

Ya lejos de Shell, de sus vicisitudes y de los caza fortunas y comerciantes del mito, le fue algo más fácil de cargar su cruz.

Tiempo después conoció a Edith, una bella colegiala algunos años menor y perdidamente se enamoró. Tuvo tres hijos. Varones todos. No amasó fortuna; pero logró vivir con relativa comodidad.

De vez en cuando, gustaba de llamar telefónicamente a unos amigos que aún vivían en el Puyo. Ellos le contaban que muy esporádicamente seguían llegando expediciones que buscaban la cueva.

Shell había dejado de ser el emporio comercial de aquella época. Al apagarse paulatinamente el furor de los Llanganates, los negocios fueron decayendo.

El pueblo volvió a vivir su añeja dependencia de las actividades de la milicia.

La historia de los famosos eventos del pasado se continuaba narrando de padres a hijos y ya nadie sabía con precisión lo que realmente ocurrió y lo que la imaginación popular había añadido.

En Shell, de aquellos tiempos casi no quedaba nadie, a excepción de la ex mujer de Guerrero, Ruth, que se postuló para alcaldesa de Mera, la cabecera cantonal, ganando en dos oportunidades la jefatura del cabildo. No se volvió a casar y mantenía un centro de ayuda para mujeres maltratadas.

Jorge Montalbán, llegó a General de Ejército. Los autos veloces y las motocicletas siguieron siendo su pasión. No

consiguió separarse de su esposa, la que tenía el rostro de un perro pequinés y a quien nunca quiso. Mariángela, su amante, envejeció esperándolo a la sombra de sus promesas e inventando su propio mundo de fantasía.

Mera, murió al poco tiempo de ser deshonrosamente separado del ejército. Estrelló su vehículo con un camión carguero, que lo decapitó.

Sánchez, instaló el burdel lujoso que anhelaba y decía a los cuatro vientos, que le habían hecho un favor echándolo de las filas militares.

Villagrán, pudo continuar la carrera por corto tiempo. La mancha en su expediente, hizo que no le llamaran a la Academia de Guerra. Al salir, instaló una empresa de seguridad privada que lo volvió rico. Su esposa descubrió tardíamente que el cardamomo podía solucionar su problema de halitosis.

El lugar en el que fue asesinada Sonia, se volvió un santuario. El populacho la había convertido en mártir y al lugar llegaban de los rincones más remotos de la provincia, los romeros con flores y peticiones que dejaban en pequeños papeles. Hubo requerimientos formales a la curia para que remitiese personal especializado que convalide los milagros ocurridos. Era posible que aquella mujer pudiera ser, por lo menos una beata.

La iglesia, por supuesto, se negó. No encontró adecuado el que se llevase a una puta a los altares.

El negro Cobeña fue muerto por lanzas de los Huaorani a

las afueras de Arajuno, al pretender a una de sus mujeres. Había pedido a sus hombres que si algo le llegaba a pasar, lo entierren en esa misma locación en la que había conseguido hacer realidad su anhelo más grande. Se le realizaron funerales rindiéndole los honores de un verdadero comandante.

Vela, con poca frecuencia, se reunía con Dávila y Delgado, retirados también del ejército y dueños de su propio negocio, una finca bananera.

EPÍLOGO

El cabello de Rodrigo era blanco y una papada considerable, colgaba bajo su mentón. Las arrugas surcaban su frente y párpados. Utilizaba lentes rectangulares y caminaba lento, pausado.

Leía más y salía menos, no obstante disfrutaba de tomarse unos tragos. Aprendió a fumar a los 60, su familia le había hecho notar que, a esas alturas era una locura hacerse con un vicio que antes no había tenido.

Hay dos etapas para un hombre: una en la que consigue cosas de la vida y otra en la que la vida se las comienza a quitar sentenciaba. El cigarrillo es de los contados bienes que he podido obtener en el segundo período.

Al retirarse de la milicia, hace más de tres lustros con el rango de teniente coronel de justicia, trabajó como abogado de una dependencia estatal. Vivía ahora de su pensión jubilar y escribía cuentos y narraciones para entretenerse.

Era año nuevo.

Con 70 de ellos a cuestas, el jolgorio ya no llamaba la atención.

Los fuegos artificiales salpicaban el cielo con esquiras brillantes y formas inverosímiles. Música potente salía de los altoparlantes de las mil fiestas que se celebraban en la ciudad. Matracas y pitos, ensordecían hasta los pensamientos. La gente con gorros de cartón buscaba a quién abrazar, sin importar que fuera un familiar o un desconocido.

¡Feliz año nuevo! gritaban en coros multitudinarios.

Los petardos, reventaban por doquier, los cohetes explotaban, atronando los espacios abarrotados de personas, que golpeaban entre sí, rebosantes copas de champaña.

Vela, se dejaba abrazar: ido, ausente, pletórico de recuerdos.

En la puerta de su casa, el fantasma del gringo, también levantaba una copa y en español, idioma que nunca le gustó, decía efusivo:

¡Salud!

FIN



El **Lcdo. Oscar Vélez Mora, MSc**, es oriundo de la ciudad de Portoviejo, en 1980, emigró a la ciudad de Guayaquil e ingresó a estudiar a la Facultad de Comunicación Social, de la Universidad de Guayaquil y se gradúa de licenciado en esa unidad académica; también en la misma Facultad se incorporó como Camarógrafo Profesional; en el 2009 y 2011, viaja a la Habana Cuba donde participa en dos cursos en el Instituto Internacional de Periodismo “José Martí” y recibe los títulos de diplomado internacional de Periodismo “José Martí” y recibe los títulos de diplomado internacional “Visión Alternativa de la Radio”; y en el año 2014, logra la investidura como Magister en Diseño Curricular, en el Alma Máter Porteña.

Además, ha sido Asesor de Comunicación Social de la Subsecretaría Regional de Salud del Litoral; también, se desempeñó como Jefe de Relaciones Públicas del Banco del Estado (BEDE) Sucursal Mayor Guayaquil.

Fue vocal del Colegio de Periodistas del Guayas, Secretario y Vicepresidente de la Unión Nacional de Periodistas Núcleo del Guayas, por dos ocasiones.

Delegado por los Docentes de FACSO por votación popular al Órgano Colegiado Académico Superior, (OCAS), Director de la Carrera de Diseño Gráfico de la FACSO y docente de la asignatura Producción de Televisión, en la misma Facultad, actualmente se desempeña como Director del Departamento de Relaciones Públicas de la Universidad de Guayaquil.

El Oro del Inti

El 16 de Noviembre de 1532, tuvo lugar el primer caso documentado de secuestro en el territorio suramericano.

Un grupo de españoles dirigido por Francisco Pizarro, se apoderó por la fuerza del inca Atahualpa, quien aceptó ir a cenar y había llegado al campamento en el alto valle de Cajamarca, en las montañas del Perú, con un lujoso cortejo ceremonial de incas desarmados.

El oro era considerado por las culturas Precolombinas, como el corazón de la tierra. Sin duda hasta nuestros días el oro sigue siendo el impulso, lo que mide el dinamismo de la economía mundial de nuestra civilización.



UNIVERSIDAD DE GUAYAQUIL



VICERRECTORADO DE
INVESTIGACIÓN
GESTIÓN DEL
CONOCIMIENTO
Y POSGRADO

ISBN: 978-9978-59-129-1



9 789978 591291